
882
La última estación
Miguel Hugo Vaca Narvaja (h)
#YoMeQuedoEnCasaLeyendo
UniRío editora
UniRío
editora

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

La última estación

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

La última estación

Miguel Hugo Vaca Narvaja (h)





Universidad Nacional de Río Cuarto
Río Cuarto – Córdoba - Argentina

Vaca Narvaja, Miguel Hugo (h)
La última estación / Vaca Narvaja (h) Miguel Hugo ; con colaboración de Nerina Bertola ; prólogo de Marcelo Scelso; Notas de Hernán Vaca Narvaja ; ilustrado por Magalú ... [et.al.] ; con prólogo de Marcelo Scelso. - 1a ed. - Río Cuarto : UniRío Editora, 2012.
190 p. : il. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-688-009-1

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. 3. Derechos Humanos. I. Bertola, Nerina, colab. II. Vaca Narvaja, Hernán, notas. III. Magalú, ilus. IV. Scelso, Marcelo, prolog. V. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 22/06/2012

La última estación

Ruta Nacional 36 km 601 – (X5804) Río Cuarto – Argentina
Tel: 54 (358) 467 6309 – Fax: 54 (358) 468 0280
editorial@rec.unrc.edu.ar
www.unrc.edu.ar/unrc/editorial.cdc

ISBN 978-987-688-009-1

Primera Edición: *Junio de 2012*

Tirada: *500 ejemplares*

Editor responsable: *Hernán Vaca Narvaja*
Colaboradora: *Nerina Bertola*
Ilustración de portada: *Jimena Mateo*
Diseño de portada e interior: UniRío Editora



Uni. Tres primeras letras de "Universidad". Uso popular muy nuestro; la Uni.
Universidad del latín "universitas" (personas dedicadas al ocio del saber), se contextualiza para nosotros en nuestro anclaje territorial y en la concepción de conocimientos y saberes construidos y compartidos socialmente.
El río. Celeste y Naranja. El agua y la arena de nuestro Río Cuarto en constante confluencia y devenir.
La gota. El acento y el impacto visual: agua en un movimiento de vuelo libre de un "nosotros".
Conocimiento que circula y calma la sed.

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

"Hay un momento en nuestras vidas en el que es preciso tomar una decisión, sea para olvidar de una vez nuestros sueños resignándonos a la mediocridad, sea para arriesgar todo en el sentido de realizarlos"

Frase anotada por Miguel Hugo Vaca Narvaja (h)
en una pequeña hoja de agenda
del 15 de diciembre de 1974

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

A modo de prólogo

Por Marcelo Scelso

Este libro reúne a los hijos en torno a la figura del padre y constituye otra forma de preservar el recuerdo.

Las vidas de estos jóvenes son un ejemplo de cómo el dolor y la muerte pueden superarse y una prueba de que, cualquiera sea su intensidad, la violencia fracasa ante la contundencia de la vida.

Carolina, Hernán y Hugo, junto a su madre, superando la tragedia familiar, han denunciado incansablemente a los culpables, ayudando así a mejorar la sociedad en que viven.

Ahora publican esta pequeña antología que demuestra que además de la pérdida de un abogado, un militante político y un ciudadano ejemplar, debemos lamentar la de alguien que tenía muchas cosas que decir.

Aquí se reúnen cuentos que estaban listos para ser publicados, junto a otros que hubieran necesitado más elaboración. Algunos remiten al mundo violento de los años previos al golpe de estado de 1976. Pero la trama de estas narraciones, sus hilos profundos, son el extrañamiento y el deseo de luchar por un mundo mejor.

Su autor crea un ambiente enrarecido donde lo fantástico se convierte en norma, anticipando novedades que recién se estaban gestando en la literatura hispanoamericana.

"La verdad" analiza descarnadamente las consecuencias de la franqueza: *"El sistema tenía sus verdades y a ellas debía atenerse. Podía pensar en otras, pero no actuar conforme a ellas. Debía atenerse a las verdades dadas, establecidas. Un general era un prohombre, nunca un torturador. Un sacerdote era un virtuoso, nunca un vicioso…Un juez era una garantía…".*

"Noche de ánimas" es un texto impecable cuyo final: *"Busca un cuerpo",* parece anunciar la desaparición de personas en Argentina.

"La oreja" es disparatado, casi surrealista. A partir de un insólito aviso periodístico: *"Oreja hallada el día 22 de Junio en la calle Libertad se devuelve a su dueño. Tratar Libertad 369, 10° piso de 19 a 22"*, mantiene la atención del lector y termina siendo una sátira.

"Aída" subvierte la realidad desde el primer párrafo: *"Al volver a su casa encontró a Aída. No lo sorprendió. Si bien nunca la había visto, le bastó mirar sus ojos para saber que siempre había vivido con ella".*

"Carta de la ausente" es sin duda la pieza más lograda. Escrita con precisión de thriller, prepara para un final que suena como un latigazo en los oídos del lector. Lo sobrenatural aparece como "pasaje", una técnica literaria para comunicar lo real con lo irreal, que Cortázar recién comenzaba a utilizar y que sería a la postre la marca de su estilo literario.

Podemos imaginar cómo el autor, después de cumplir sus obligaciones en los tribunales y la administración pública, habiendo terminado de pasar el último alegato, antes de volver al hogar, se disponía a escribir alguno de estos cuentos.

Hugo Vaca Narvaja (h) narró una historia que no aparece en este libro porque fue escrita con vida, más allá de las palabras: la de un joven abogado que ha luchado por recibirse, por mantener a su familia y será secuestrado, torturado y asesinado unos años después. Alguien que vuelve a su buffet para utilizar los últimos minutos en trascribir una anécdota que ha llevado en mente durante toda la jornada, alguien que siente la necesidad de un cambio y al salir deja anotada en su agenda la frase manuscrita que sirve de epígrafe a este libro:

"Hay un momento en nuestras vidas en el que es preciso tomar una decisión, sea para olvidar de una vez nuestros sueños resignándonos a la mediocridad, sea para arriesgar todo en el sentido de realizarlos".

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

Hoja de Ruta

Llevo casi tres décadas conservando como un preciado tesoro los papeles amarillentos donde mi padre, Miguel Hugo Vaca Narvaja (h), escribió siete cuentos que permanecieron inéditos. Ya no recuerdo quién me los dio o dónde aparecieron. Imagino que fueron rescatados por algún familiar –probablemente mi abuelo Javier Altamira o mi añorado padrino homónimo- del escritorio de su estudio jurídico, o de la mesa de trabajo que tenía en el entrepiso de la casa familiar de Avenida La Cordillera, donde algunas noches subía a estudiar, preparar sus clases o escribir mientras nosotros dormíamos.

Los textos están mecanografiados en diferentes tipos de papel y, por el tamaño de los caracteres, fueron tipeados en distintas máquinas de escribir. Algunos, como *Carta de la Ausente*, están encuadernados en forma casera pero prolija, en hojas oficio dobladas por la mitad y abrochadas al medio, como si se tratara de una pieza única, lista para su lectura; otros, los más largos, están escritos en hojas nume-

radas y mecanografiadas de ambos lados, lo que sugiere que se trata de borradores; dos de los cuentos más breves, en cambio, tienen al pie del texto una numeración agregada a mano con lapicera azul, como si formaran parte de una serie: Aída (217) y Noche de ánimas (281).

Algunos relatos están escritos con tinta negra y otros con tinta roja. Imagino que mi papá, que trabajaba y militaba de día, escribía de noche y a esa hora no podía salir a comprar una cinta nueva para pasar en limpio sus cuentos. En aquella época las cintas venían de dos colores y siempre se terminaba primero la franja de tinta negra sobre la que golpeaban las teclas con mayor asiduidad. El cuento *Cándido* está escrito con distinta tipografía, pero íntegramente en tinta roja. Mi padre tenía una Olivetti Lettera con tipos más chicos en su casa y otra con letras más grandes en el estudio jurídico que compartía con su padre en el centro de la ciudad de Córdoba. Podemos suponer que comenzó a escribir *Cándido* en su casa y lo terminó en el estudio.

Los textos originales no tienen ningún tipo de garabato manuscrito. Probablemente ya habían sido corregidos y pasados en limpio, aunque les faltaba todavía la corrección final. Esta deducción se desprende de comparar la cuidada edición de *Carta de la ausente* con los otros relatos, escritos de los dos lados de la hoja y con algunos tachones a máquina (las típicas XX).

Bajo esa premisa, y con la invalorable ayuda del escritor Marcelo Scelso, me tomé el atrevimiento de hacer algunas correcciones (de forma) a los textos originales, que se presentan por primera vez al público en esta edición. Cada cuento está acompañado además por una exquisita interpretación de talentosos artistas de la ciudad de Río Cuarto, que respondieron con entusiasta generosidad cuando fueron convocados para ilustrarlos.

El orden con que se presentan los cuentos no responde a una cronología ni a un criterio temático. A pesar de

algunos indicios, es prácticamente imposible saber en qué orden fueron escritos, ni siquiera en qué año (aparentemente, mi padre era muy reservado con su producción literaria), aunque suponemos que fue en la última etapa de su corta vida. De la lectura de estos relatos, en cambio, se desprende nítidamente tanto el clima de época como las inquietudes personales que lo llevaron a ofrendar su propia vida en el altar de la utopía revolucionaria. La publicación de sus cuentos, 35 años después, es un homenaje a aquella generación maravillosa -"la generación perdida"- que fue diezmada por el terrorismo de Estado en Argentina.

Además de los cuentos, se incluyen en esta edición otros textos, imprescindibles para comprender su legado: una breve reseña biográfica –escrita no con ánimo historiográfico, sino desde el amor de un hijo-; el alegato pronunciado por mi hermano Miguel Hugo Vaca Narvaja (n), durante el juicio realizado contra los generales Videla, Menéndez y una treintena de represores por el fusilamiento de treinta presos políticos (entre ellos mi padre), y un sentido relato de mi hermana Carolina, motor incansable de la Comisión de Homenaje a las víctimas de la Unidad Penitenciaria Nº 1 de Córdoba (UP1).

Completa el libro un apéndice con la reproducción de distintas notas periodísticas que hacen al contexto político y familiar de Miguel Hugo Vaca Narvaja (h) y, sobre todo, a la lucha de la familia en su incansable búsqueda de justicia. *El justo fallo de la sagrada familia* fue publicado en el diario *La Voz del Interior* en enero de 2011 y cuestiona el canallesco fallo del tribunal que integraron Jaime Díaz Gavier, Carlos Lascano y José María Pérez Villalobos, quienes invirtieron la carga de la prueba para absolver a los tres militares acusados por el cobarde fusilamiento de Miguel Hugo Vaca Narvaja (h), Gustavo Adolfo De Breuil y Arnaldo Higinio Toranzo; *En el nombre del padre* es un reportaje realizado por la periodista Martha Platía, que fue publicado en la revista *Viva* (diario Clarín) en mayo de 2011. Allí

Miguel Hugo explica porqué no pudo zafar de la tradición familiar de estudiar abogacía y cómo terminó integrando la querella que pidió cadena perpetua para los asesinos de nuestro padre; *Sus pequeños héroes* fue publicada en la revista *El Sur* en diciembre de 2010, antes de conocerse la sentencia del histórico juicio en Córdoba, y da cuenta de la parábola familiar que haría que el único sobreviviente de las tres generaciones de Miguel Hugos pidiera justicia por su padre fusilado y su abuelo desaparecido; *Esa Mujer* fue publicada por revista *El Sur* en abril de 2011 y repasa la historia de Susana Yofre de Vaca Narvaja, nuestra abuela y emblema familiar, fallecida el 16 de marzo de ese año, dos meses después de escuchar la sentencia que absolvió a los asesinos de su hijo y sin esperanza de hallar los restos de su esposo desaparecido.

Se publican también las cartas que mi abuelo dejó en el cajón de su escritorio, a modo de testamento, antes de ser secuestrado de su casa de Villa Warcalde por una patota del Comando Libertadores de América, el 10 de marzo de 1976. Esos escritos preanunciaban con conmovedora lucidez la tragedia de una familia que, por su integridad moral y su compromiso político, sería golpeada con saña por el terrorismo de Estado en Argentina.

Por último, en el apartado "Sintonías", se incluyen tres textos escritos por profesores de la Universidad Nacional de Río Cuarto. Dos de ellos –Pablo Whebe y Silvina Berti-fueron convocados para avalar la publicación de este libro a los efectos de cumplir con las formalidades de la editorial universitaria (UniRío Editora). Se decidió incluirlos en el libro porque ambos textos trascienden largamente la exigencia burocrática para contribuir con sólidos y sentidos fundamentos a la decisión institucional de la Universidad Nacional de Río Cuarto de apostar a la preservación de la memoria colectiva como única forma de superar la tragedia familiar, social y política que implicó la instauración del terrorismo de Estado en Argentina.

El texto de Claudio Asaad que cierra este libro es el sentido homenaje de un poeta capaz de compartir el dolor, la nostalgia y la alegría de la historia familiar de un amigo, que es parte de la historia del país y del continente. Es un texto que podría haber sido ubicado indistintamente al principio o al final del libro porque –al igual que la última estación, que vuelve a ser la primera cuando se emprende el viaje de regreso-, pretende clausurar una historia que, a partir de ahora, permanecerá abierta en el tiempo inmemorial de la literatura.

Igual que la utopía.

Hernán Vaca Narvaja

Río Cuarto, Córdoba, febrero de 2012

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

El grito sagrado

Por Hernán Vaca Narvaja

El 12 de agosto de 1976, el preso político Miguel Hugo Vaca Narvaja (h) fue trasladado por el teniente Osvaldo César Quiroga –que dejó estampada su firma en el recibo que exigía el director de la Unidad Penitenciaria Nº 1 de Córdoba (UP1), preocupado porque cada vez que el ejército argentino retiraba presos devolvía cadáveres- y por otros militares, entre los que estaba el capitán Francisco Pablo D´Aloia. No era la primera vez que lo retiraban de la cárcel. Unos meses antes, el "traslado" había sido al campo de concentración La Ribera, de donde volvió con vida porque –según le confesaron los propios militares- ese día ya se había cumplido el cupo de fusilamientos ordenados por el general Luciano Benjamín Menéndez, jefe del Tercer Cuerpo de Ejército y dueño absoluto del destino de los cordobeses.

- Pero no te pongas contento, porque el próximo vas a ser vos, subversivo hijo de puta-, le advirtió, enérgica, una anónima voz militar.

Miguel Hugo había vuelto a la UP1 consternado. Sabía que empezaba la cuenta regresiva y que, a partir de ese momento, sus días estaban contados.

- Negro, esta vez me salvé raspando, pero mi suerte está echada. Quiero pedirte un favor muy especial: necesito que me veles en vida-, le dijo a su amigo Enrique "Negro" Asbert, con quien había compartido la militancia política y convivía desde hacía meses en el pabellón de presos "especiales" del presidio.

Charlaron hasta la madrugada.

Muchos años después, Asbert nos contaría los pormenores de aquella conversación íntima y desgarradora, que repetiría una vez más cuando declarara como testigo en el histórico juicio oral y público que se sustanció en los tribunales federales de Córdoba durante el año 2010, en el que se juzgó a los responsables de los 31 fusilamientos cometidos en la UP1 durante los primeros meses de la dictadura militar. Según contó Asbert, Huguito –como todos llamaban a mi padre- le pidió aquella noche de junio de 1976 que, si lograba sobrevivir, nos dijera que nos amaba entrañablemente, que había pensado siempre en su familia y que había hecho lo imposible para reencontrarse con nosotros. El 12 de agosto de ese año, se cumplieron sus peores presagios.

"Dos guardia cárceles lo vinieron a buscar y lo agarraron de los brazos. De pronto Huguito frenó, se dio vuelta, levantó la mano y nos hizo con sus dedos la "v" de la victoria. Después me miró y pronunció, casi en un susurro, las que serían sus últimas palabras antes de abandonar la celda:

-Decile a mis hijos que me hubiera encantado subir al tren con ellos.

Se refería al tren que nos había llevado, seis meses antes, de Córdoba a Buenos Aires, para desde allí partir, días después, al exilio en México. Se lo había comentado "en secreto" a su hijo, Miguel Hugo (n) –de apenas nueve años- cuando lo visitó por última vez en la cárcel. Sabía que el golpe de Estado era inminente y su mayor desvelo era salvar a su familia de la matanza que se avecinaba.

Cuando repitió la última frase de mi padre, Asbert dejó por fin que las lágrimas contenidas durante tantos años brotaran de su rostro para confundirse con las nuestras en un abrazo interminable que aliviara el nudo de angustia que le apretaba la garganta. Llevaba más de tres décadas atesorando aquella desgarradora conversación, a la espera de que nosotros, los hijos de su amigo, estuviéramos preparados para escucharla.

Mi padre tuvo una conducta conmovedora en la cárcel. A pesar de su juventud –cumplió 35 años en prisión-, era uno de los presos más grandes. Y como tal asumió la responsabilidad –como lo había hecho cuando niño con sus hermanos menores- de predicar con el ejemplo. Nunca se quebró y soportó estoicamente las palizas y el ensañamiento cotidiano de los Mones Ruiz, Alsina, Pérez y demás verdugos de ocasión –la mayoría felizmente condenados a prisión perpetua en 2010-, para quienes el apellido Vaca Narvaja resultaba particularmente irritante por dos motivos: el prestigio político y social del que gozaba su padre Miguel Hugo, que se había negado a condenar públicamente el compromiso político de sus hijos, como le exigía Menéndez; y la militancia revolucionaria de sus hermanos Daniel y Fernando en Montoneros, de cuya rama política (el Partido Peronista Auténtico) Huguito era apoderado en Córdoba.

Otra acusación judicial de Huguito había despertado la ira de los uniformados: el llamado "caso Siriani", en el que se denunciaban brutales torturas de la policía de Cór-

doba a un estudiante de Cruz del Eje. Al parecer Siriani, que tenía avanzados conocimientos de karate, opuso una férrea resistencia a la patota del D2, hasta que un certero culatazo en la cabeza terminó con su vida. El fiscal que llevó adelante aquella investigación fue José María Pérez Villalobos, un nobel funcionario judicial que había militado en el peronismo universitario de La Plata y jurado como titular de la Fiscalía de 9º turno de la ciudad de Córdoba "por la sangre derramada de los mártires de Trelew". Vaca Narvaja y Pérez Villalobos trabajaron mucho para acusar a los culpables. Sus caminos ya se habían cruzado en febrero de 1974, cuando denunciaron al jefe de Policía de Córdoba Antonio Domingo Navarro en las horas previas al golpe institucional que se conocería como el Navarrazo.

El destino pondría a Pérez Villalobos, tres décadas más tarde, ante la posibilidad histórica de hacer justicia condenando a los asesinos de aquel joven abogado con quien había trabajado codo a codo en la investigación del brutal crimen de Siriani y en defensa de la institucionalidad en la provincia. Pero el camarista terminó votando -en consonancia con sus pares Jaime Díaz Gavier y Carlos Lascano- la vergonzosa absolución de los represores Quiroga, D´Aloia y Pino Cano, responsables del fusilamiento de Vaca Narvaja y otros dos presos políticos (De Breuil y Toranzo).

Miguel Hugo resistió como pudo las palizas, el hambre y la tortura psicológica a que eran sometidos los presos políticos en la UP1. No provocaba ni arriesgaba innecesariamente su cuerpo, pero tampoco daba el brazo a torcer. Su orgullo desataba la ira de sus verdugos, impotentes ante su resistencia física y mental.

Huguito acababa de recibir una brutal paliza en el patio de la prisión cuando asesinaron, a escasos metros de donde él estaba, a su compañero Paco Bauducco. El cabo Miguel Ángel Pérez le disparó a quemarropa, previa autorización del teniente Pedro Mones Ruiz, porque el joven riocuar-

tense –debilitado por el “baile” que acababan de darles los militares en el patio de la prisión- no logró ponerse de pie cuando se lo ordenaron.

Miguel Hugo discutió con sus captores hasta el mismo día en que lo fueron a buscar a la cárcel para su último “traslado”:

- *Tu padre era un ladrón-*, le espetó uno de sus verdugos –presumiblemente el entonces capitán Ernesto Barreiro, alias “Nabo”- en los pasillos de la prisión mientras lo llevaba, maniatado y con los ojos vendados, camino a la muerte.

- *Mi padre siempre ha sido un hombre honesto-*, contestó Huguito, altivo y sereno pese a su pasmosa indefensión.

Miguel Hugo Vaca Narvaja, su padre, había sido secuestrado de su casa de Villa Warcalde la madrugada del diez de marzo de 1976 por una patota del Comando Libertadores de América, la versión cordobesa de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) que tenía entre sus jefes al capitán Héctor Pedro Vergés, alias Vargas. El grupo operaba en coordinación con el Tercer Cuerpo de Ejército y contaba con la protección política del gobierno fascista que había llegado al poder tras el derrocamiento del gobernador Ricardo Obregón Cano.

Antes de llevarse a Vaca Narvaja, la patota había pasado por la casa de su hijo para secuestrar a su nuera, Raquel Altamira, y posiblemente también a sus tres hijos menores de edad. En el auto viajaba un entregador, que conocía a la familia y los iba guiando hacia sus domicilios. Quiso el destino que Raquel se mudara el día anterior con sus hijos a la casa de sus padres, ya que los chicos comenzaban el colegio y ella no podía hacer frente sola a los gastos de la casa con su marido preso. Aún antes de que se produjera el golpe de Estado, la familia Vaca Narvaja ya se había convertido en un apetecible bocado para las bandas parapoliciales que asolaban la provincia. Esa madrugada el azar quiso que la patota se fuera con las manos vacías de la casa

familiar de Avenida La Cordillera al 4800. Pero el raid de la muerte recién había comenzado y los cazadores estaban ávidos de sangre. El entregador los condujo entonces hasta la vivienda de Miguel Hugo padre, en Villa Warcalde, en las afueras de la ciudad. Cuando llegaron, Vaca Narvaja dormía junto a su esposa Susana mientras Gonzalo, el menor de sus hijos, renegaba con la tarea de matemáticas del colegio secundario. Tres Falcon verdes estacionaron frente a la casa. Sus ocupantes bajaron y golpearon la puerta con inusitada fuerza.

- *Policía Federal*-, gritaron.

Miguel Hugo exigió una identificación. Recién cuando se la mostraron abrió la puerta. La patota irrumpió como una horda dentro de la casa, removiendo papeles, cajones, muebles. Robaron todo lo que encontraron a mano mientras Susana y Gonzalo eran maniatados y encapuchados.

Miguel Hugo no opuso resistencia. Fue llevado, con las manos atadas con cinta, hasta el baúl de uno de los Falcon que esperaban afuera. Los autos arrancaron a toda velocidad y se perdieron para siempre en la oscuridad.

Nunca más sabríamos nada de Miguel Hugo Vaca Narvaja, un hombre sabio y tierno, que tenía el don de sonreír con la mirada. Su rostro sereno quedó inmortalizado en las pancartas que los organismos de derechos humanos confeccionaron para exigir justicia. Su nombre integra la triste y larga nómina de 30.000 desaparecidos que dejó como macabro saldo la implementación del terrorismo de Estado en Argentina.

El "Navarrazo" fue un golpe policial que derrocó al gobierno popular de Ricardo Obregón Cano, dejando a un gobierno faccioso al frente de la provincia con la venia del todavía presidente Juan Domingo Perón y el beneplácito de su ministro de Bienestar Social, José López Rega.

Huguito era procurador del Tesoro y se había convertido en uno de los hombres de confianza del gobernador, con quien viviría las dramáticas alternativas del golpe destituyente impulsado por el entonces jefe de Policía de la Provincia, Antonio Domingo Navarro. Mientras Obregón Cano y la mayoría de sus funcionarios estaban detenidos –y a punto de ser linchados por los uniformados-, Miguel Hugo denunció a Navarro por sedición. Logró que el juez federal Adolfo Zamboni Ledesma –que no se caracterizaba precisamente por su valentía- lo emplazara a deponer su actitud. Le daba cinco horas de plazo al comisario golpista para liberar al gobernador y sus funcionarios. Cumplido ese plazo, pediría la intervención de la policía federal, la gendarmería nacional y el ejército para restaurar el orden constitucional en la provincia.

Navarro contestó con otra denuncia: acusó a Obregón Cano y 70 funcionarios de su gobierno de "tenencia de armas de guerra" para justificar su detención. Pero la presentación realizada por Vaca Narvaja motivó que Zamboni Ledesma ordenara el traslado del gobernador y sus funcionarios a la órbita de la Policía Federal y, tras tomarles declaración, dispusiera su libertad.

Tiempo después de consumado el golpe y ya con Obregón Cano –y el propio Vaca Narvaja- fuera del gobierno, el juez Zamboni Ledesma dispuso el procesamiento del Teniente Coronel Antonio Domingo Navarro, a quien le imputó los delitos de "sedición, privación calificada de la libertad, usurpación de propiedad y usurpación de autoridad". Para evitar su detención, el gobierno nacional lo envió a España, de donde lo rescataría, ocho meses después, el poderoso "Brujo" José López Rega.

La vuelta al país del comisario golpista fue posible gracias al decreto de indulto que firmó la viuda de Perón el 17 de octubre de 1974, cuando los peronistas conmemoraban el primer Día de la Lealtad sin Perón.

La derecha fascista de Córdoba nunca le perdonaría al joven procurador del Tesoro haber logrado la libertad del gobernador Obregón Cano y el procesamiento del comisario golpista Antonio Domingo Navarro.

Miguel Hugo Vaca Narvaja (h) había nacido el 20 de junio de 1941. Fue el primer varón –y el segundo hijo- del matrimonio entre Miguel Hugo Vaca Narvaja y Susana Yofre. Por tradición familiar, los primogénitos fueron anotados en el Registro Civil con el nombre de sus padres: Susana y Miguel Hugo. Con los años, la familia crecería sin pausa, sumando otros diez hijos: Daniel, Gustavo, Ana María, Agustín, Cecilia, Patricia, Fernando, Isabel, Enrique y Gonzalo.

Como hermano mayor, Miguel Hugo asumió tempranamente que debía predicar con el ejemplo. Desde muy pequeño tuvo un marcado sentido de la responsabilidad y llevaba con orgullo el peso de la tradición familiar, que tenía en su padre a una figura pública destacada de la política nacional: había sido presidente del Banco de Córdoba, ministro de Gobierno de Arturo Zanichelli, ministro de Hacienda del interventor federal Medardo Gallardo Vázquez y ministro del Interior del presidente Arturo Frondizi. Era un hombre respetado, además, por su actividad docente: era titular de la cátedra de Derecho de Familia en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba y daba clases de Historia en el colegio Montserrat.

Huguito fue alumno destacado del Liceo Militar General Paz (de donde sería expulsado, por mala conducta, su hermano Daniel). La foto de su egreso lo muestra vestido pulcramente con el uniforme blanco de la institución. Su mirada trasunta el orgullo del deber cumplido, pese a los rigores de la educación castrense. Al igual que lo haría su hermano Fernando años después, Miguel Hugo egresó con el título de subteniente de reserva del ejército argentino.



Miguel Hugo Vaca Narvaja (p) junto al presidente Arturo Frondizi y el gobernador Arturo Zanichelli.

Tenía 18 años recién cumplidos cuando empezó a trabajar en la Cámara de Senadores de la Provincia de Córdoba. En su carnet personal, expedido el 24 de julio de 1959, dice que se desempeñaba como Oficial 5º en la institución. Al poco tiempo ingresó a trabajar en los Servicios de Radio y Televisión (SRT) de la Universidad Nacional de Córdoba, donde descubriría otra de sus grandes pasiones: el periodismo. Tuvo como jefe al periodista Sergio Villarroel –quien cobraría notoriedad por su cobertura del Cordobazo en 1969-, con quien viajó a la histórica conferencia de cancilleres realizada en el verano de 1962 en Punta del Este, Uruguay, donde se decidió la exclusión de Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA).

Aquel viaje ilustra el apasionamiento con que Miguel Hugo ejercía su trabajo: como era menor de edad (cumpliría 21 años recién en junio de ese año), no lo dejaron pasar la frontera. Regresó de urgencia a Córdoba, le pidió a su padre un poder especial para viajar y volvió a Uruguay a tiempo para cubrir el evento. Se había preparado para ese desafío profesional y conocía en profundidad la crisis que vivía la OEA por el alineamiento político de Cuba con la Unión Soviética. Así lo reflejó en una carta escrita a su cuñado Jorge Martínez Gavier –esposo de Susana, su hermana mayor, por entonces radicados en Estados Unidos-, en la que atribuyó sus críticas a la posición argentina (se abstuvo de votar la exclusión de Cuba junto a Brasil, Bolivia, Chile, Ecuador y México), a que "seguramente han sido informados por la prensa norteamericana, que no se caracteriza precisamente por su objetividad frente al caso Cuba".

En esa carta, Huguito relataba una anécdota que, a su juicio, reflejaba la intención de las agencias internacionales de prensa de apuntalar la posición de los Estados Unidos. "Fue así que las empresas periodísticas norteamericanas, que muestran la información de todo el continente y que indebidamente han sido la fuente de desinformación, ad-

herían entusiastamente a la campaña del supuesto plan argentino-norteamericano para Cuba, que jamás existió. Para que te des una idea de la "veracidad" de esas informaciones, te diré que, sorprendidos por esta noticia, Villarroel y yo –y te advierto que Villarroel no es partidario de Cuba- preguntamos al jefe de United Press International en Punta del Este (que era amigo de Villarroel) por el origen de esa información. Tras algunas evasivas, pudimos sacarle que la información había sido "redactada" en el Departamento de Estado norteamericano", escribió.

Escuchó con asombro el extenso discurso del presidente de Cuba, Fidel Castro: "Fue un discurso largo, de más de tres horas, pero en ningún momento dejé de atenderlo y no puedo mentir: me gustó enormemente su discurso y puedo asegurarte que dijo muchas y reveladísimas verdades", comentó en su carta. "Yo quería decirle que tampoco existe (la democracia representativa) en Argentina, donde sólo tres partidos políticos –que no son otros que el ejército, la marina y la aeronáutica- deciden los destinos del país", agregó. Tras confesar su desilusión con el gobierno de Arturo Frondizi –del que su padre sería ministro del Interior meses más tarde-, admitía que sus reflexiones habían sido escritas sin la "objetividad" que requería su trabajo de periodista: "Esto lo tengo escrito en un cuaderno pues debo pasarlo a máquina, pero no voy a cambiar ni una letra, a pesar de que creo que me he dejado llevar un poco por el apasionamiento", admitía. Ese apasionamiento lo llevaría tiempo después a dejar el periodismo para abocarse a la práctica de la abogacía, la militancia política y la defensa de los derechos humanos.

Miguel Hugo siguió trabajando en radio universidad mientras cursó sus estudios de Derecho en la Universidad Nacional de Córdoba. Llevaba una vida ordenada: trabajo, estudio y alguna que otra salida. Había iniciado un largo noviazgo con Raquel Altamira cuando ella tenía 15 años

y él 19. Paciente, conciliador y familiero, sólo se rebelaba ante la imposición materna de concurrir a misa los domingos. Encontró la excusa perfecta para evitar confrontar con su madre: pidió que le asignaran las guardias periodísticas dominicales en la radio. Apenas se recibió de abogado, en 1965, acató sin chistar la tradición familiar y se casó de riguroso smoking jacket con su novia de toda la vida en la Catedral de Córdoba.

Después de la luna de miel en Bariloche, el matrimonio se fue ajustando a una rutina de mucho trabajo y militancia, reservando los momentos de esparcimiento para los fines de semana o las vacaciones. Con el título de abogado bajo el brazo, Huguito fue reasignado al departamento jurídico de los SRT. Abandonó la práctica del periodismo para dedicarse de lleno a su nueva profesión. Trabajaba a la mañana en el estudio jurídico que compartía con su padre en la calle Santa Rosa 857, en pleno centro de la ciudad de Córdoba; volvía a almorzar a su casa, dormía la siesta y regresaba al estudio. Recién a la noche retornaba al hogar para compartir la cena en familia.

La rutina laboral se extendía hasta los sábados al mediodía, cuando echaba llave al estudio jurídico para compartir el almuerzo con su familia política. Los domingos solía llevarnos al zoológico o a pasar el día con su numerosa familia en la casa paterna de Villa Warcalde, donde disfrutábamos de la pequeña pileta y el enorme predio que mis abuelos habían convertido en el jardín de los sueños.

Hincha –y socio- del Club Atlético Belgrano de Córdoba, Huguito era más bien "patadura" para el fútbol, pero disfrutaba mucho yendo a la cancha. En el "gigante de Alberdi" vimos jugar, siendo muy pequeños, al mitológico delantero José Omar "La Pepona" Reinaldi.

Mi padre se defendía mejor jugando al tenis y disfrutaba mucho de la pesca y el contacto con la naturaleza, afición que lo llevó a adquirir un completo equipo para acam-

par, que incluía una gran carpa estructural con capacidad para seis personas, varios catres, garrafas, sol de noche y demás accesorios. Con la paciencia que lo caracterizaba, se tomaba el tiempo necesario para armarnos a cada uno su caña de pescar y nos acompañaba en la búsqueda de mojarritas, que juntábamos en un tarrito para después fritarlas y compartirlas en familia junto al fuego.

Ya recibido de abogado, Miguel Hugo empezó a dictar clases de Educación Democrática en el colegio Montserrat, dependiente de la UNC. Un alumno de aquella época lo describió como "un tipo muy pintón, con el pelo mojado –supongo que a la gomina-, con un jopo rebelde que le bajaba a la frente. Tenía una mirada luminosa y un bigote enorme que le daba un aire de seriedad a su rostro aniñado".

Parecía disfrutar dando clases y hacía participar mucho a los alumnos. "Un día me tocó pasar al frente y hablar sobre Roosevelt. Le hizo mucha gracia escuchar lo bien que pronuncié el apellido del presidente. Mientras yo exponía, él caminaba en el aula, no se quedaba quieto".

El "profesor Vaca Narvaja", como lo conocían sus alumnos, usaba el pelo largo y un grueso bigote, como lo certifican sus últimas fotos. Al dorso de su carnet del Daspu (la obra social de la UNC), otorgado en 1972, ya figurábamos sus tres hijos: Hugo (5), Hernán (3) y Carolina (1).

Miguel Hugo había descubierto en la docencia otra de sus pasiones y dedicaba muchas horas al estudio para cumplir con sus objetivos académicos. Así lo refleja una nota firmada por el vicepresidente del Colegio de Abogados de Córdoba, Adolfo Bertoa, a fines de 1973, enviada con motivo de haber participado del dictado de un curso organizado por la institución. "El H. Directorio de este Colegio de Abogados quiere expresarle su profunda satisfacción y beneplácito por el éxito obtenido en el desarrollo del mismo, lo que ha significado un esfuerzo de trabajo nada común, con un resultado brillante, al cual ha contribuido Ud. con su disertación acerca del tema "Procedimiento

Administrativo Provincial", rezaba el texto de la misiva, fechada el 14 de diciembre de 1973. Para entonces, Huguito ya se desempeñaba como procurador del Tesoro del gobierno peronista de Ricardo Obregón Cano, en el que sería su cargo de mayor jerarquía en la administración pública provincial.

En 1968 había entrado a trabajar como técnico de segunda en la Fiscalía de Estado de la Provincia, al tiempo que comenzaba su militancia gremial en el Colegio de Abogados, donde años más tarde integraría la lista Unidad y Renovación, que postulaba como candidato a presidente a Jorge De la Rúa, hermano de quien sería senador porteño y presidente de la República, Fernando De la Rúa.

Huguito trabajó en la Procuración del Tesoro con la misma pasión que lo había hecho en la radio, donde fue designado jefe del Departamento Jurídico. El fiscal de Estado, Juan Carlos Bruera, quería nombrar a alguien incorruptible en la Procuración del Tesoro, "el cargo de mayor importancia y responsabilidad por ser el reemplazante del fiscal y sobre todo por la tramitación de los juicios directamente relacionados con el patrimonio provincial, donde el manejo de los dineros públicos debía ser absolutamente honesto y eficiente".

Recién asumido en su cargo, Bruera descubrió que Miguel Hugo Vaca Narvaja (h) trabajaba en la Fiscalía y le pidió una entrevista a su padre, "a quien ya conocía por su renombre y prestigio". Vaca Narvaja lo recibió en su casa de Villa Warcalde y le dio plenas garantías de la honestidad, idoneidad y responsabilidad de su hijo homónimo.

Bruera convocó a Huguito a su despacho. El joven abogado se mostró "un tanto perplejo e indeciso cuando le hice el ofrecimiento", recordó Bruera. "Finalmente aceptó y me pidió una plaza para su socio y amigo, todo un personaje de apellido irlandés (se refería a Jorge McDougall, socio del estudio jurídico de mi padre). Así iniciamos esa dupla que funcionó con amplia colaboración y respeto mutuo".

Entre las acciones que llevaría a cabo en la función pública junto a su joven procurador del Tesoro, Bruera recordó la expropiación de tierras para satisfacer la demanda de los "villeros peronistas" y la defensa del último bosque de quebracho blanco y colorado (unas diez mil hectáreas en las sierras cordobesas), "donde la opinión de Hugo y sus asesores fue decisiva para ganar el juicio, en el que la Provincia no tuvo que pagar un solo peso y terminó salvando el bosque, lo que constituyó un éxito desde el punto de vista ecológico y jurídico".

A comienzos de 1974, tras el Navarrazo, Miguel Hugo se quedó sin trabajo en la Procuración del Tesoro. En diciembre de ese año, el gerente general de los SRT, Ramón Hereñú, lo dejó cesante también en la radio. "El Dr. Miguel Hugo Vaca Narvaja ha dejado de pertenecer al personal de los Servicios de Radio y Televisión de la Universidad Nacional de Córdoba S.A., en virtud de la prescindibilidad según Resolución Nº 1505 del 30/12/74", decía la nota firmada por Hereñú.

De ocupar cargos jerárquicos en la Provincia y en la Universidad Nacional, Miguel Hugo se encontró de pronto desocupado. Se refugió en su estudio jurídico, siguió militando en política –fue designado apoderado del Partido Auténtico en el congreso realizado en Buenos Aires el 16 de noviembre de 1975- y se abocó a la defensa de los presos políticos, militantes sociales que ya por entonces eran perseguidos por el régimen fascista de Córdoba y los grupos parapoliciales de todo el país, impulsados por el ministro de Bienestar Social de la Nación, José López Rega. En ese interregno, un poderoso artefacto explosivo voló la pared frontal de su estudio jurídico, dejando un boquete de alrededor de un metro de diámetro. "No hubo que lamentar víctimas personales y sí daños de importancia en el frente e interior del edificio", reseñaron los diarios de la época.



Miguel Hugo Vaca Narvaja (h) sonríe frente a su estudio jurídico. Fue al otro día de que una poderosa bomba provocara severos daños materiales en el inmueble.

Miguel Hugo Vaca Narvaja (h) fue apresado el 20 de noviembre de 1975 por un comando policial cuando se retiraba de los tribunales federales, luego de haber presentado un recurso de hábeas corpus a favor del militante peronista Miguel "Chicato" Mozé, quien terminaría siendo otra de las víctimas de la UP1. La intención de la patota policial era secuestrarlo y hacerlo desaparecer –como harían tiempo después con su padre-, pero la presencia casual del periodista Pedro Troilo en el lugar alteró el macabro plan de los represores. El periodista, que había sido compañero de Huguito en la radio, escuchó que gritaba su nombre al tiempo que levantaba sus brazos para mostrar que estaba esposado. Troilo dio inmediato aviso a la familia y Miguel Hugo padre movilizó a todos sus contactos hasta que su hijo "apareció", golpeado y con evidentes signos de tortura, en el Cabildo Histórico de Córdoba, donde funcionaba la temible División de Informaciones de la Policía (la tristemente célebre D2). Del Cabildo lo trasladaron a la cárcel del barrio San Martín (la UP1), desde donde libraría una desigual batalla jurídica para tramitar la opción de salida del país.

En enero de 1976, Miguel Hugo padre dejó escrita su impresión de cómo vivía la prisión su hijo homónimo en una carta enviada a su hijo Gustavo, por entonces radicado en la provincia de Neuquén: "Huguito, "el apoderado proscripto", como lo llaman sus compañeros de confinamiento, sobrelleva sus días, realmente rutinarios, con un gran espíritu y fortaleza. No se le nota un cambio en su bonhomía habitual, ni siquiera en su sonrisa. No tiene expresiones fuertes y toma el hecho de su encierro como una contingencia más a las que todos estamos expuestos". También expresaba su optimismo sobre su inminente liberación: "Estamos acelerando los trámites para su salida del país. En esto intervienen desde (el ex presidente Arturo) Illia, amigo de siempre, hasta diputados de los más diversos sectores. Sin ser muy optimista, creo que podre-

mos lograrlo antes de los noventa días corridos que se ha reservado el Gobierno. Quiero también significarte que su destino sería Méjico, donde lo esperan muchos argentinos, algunos expatriados voluntariamente. Y que Raquel marcharía también con él y los chicos".

Miguel Hugo estuvo nueve meses preso, a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, sin causa ni acusación alguna, hasta que los primeros días de agosto de 1976 la Corte Suprema de Justicia de la Nación le concedió la opción de salida del país.

Había ganado la batalla legal.

Su padre no pudo celebrar la noticia: había sido secuestrado y estaba desaparecido desde marzo de ese año.

Su esposa, sus hijos y su familia lo esperábamos en México. Pero el ansiado encuentro nunca se produciría.

Lo íbamos a visitar todos los sábados a la cárcel. Compartíamos la larga cola, al rayo del sol, con los familiares de los presos comunes, pese a que mi padre era un preso político y así estaba alojado en la prisión (el mote era en realidad el de presos "especiales"). Nos recibía con una sonrisa, procurando aventar de nuestros inocentes corazones los fantasmas del encierro y la opresión.

En los días previos a la Navidad de 1975, nos sorprendió con tres regalos confeccionados con sus propias manos: a mi hermano Hugo le hizo una caja de pescar de madera, pintada de color amarillo, con desniveles y compartimentos para guardar boyas y anzuelos; a mí me talló, también en madera, una pequeña guitarra con cinco cuerdas de tanza y un círculo de cuero pegado en la boca, en el que escribió de puño y letra: "Para Hernán, quien como esta guitarra, siempre es armonía"; a mi hermana Carolina le confeccionó una delicada carterita de cuero en la que grabó su nombre en letra cursiva.

Lo visitamos varias veces en prisión. Recuerdo el catre desvencijado, con resortes vencidos, sobre el que solía estar sentado hasta que el carcelero le gritaba que tenía visitas. Entonces se levantaba feliz, con una sonrisa franca, y nos estrechaba en un abrazo mientras nos besaba, ansioso. No recuerdo cuál fue la última vez que fuimos a verlo. Nadie nos dijo que estábamos despidiéndonos para siempre y que ya nunca volveríamos a verlo.

Se vivían momentos de mucha tensión. Mi abuelo había sido secuestrado y la familia estaba en peligro. Mi padre le suplicó a su hermano Gustavo que nos pusiera a salvo sacándonos del país.

- No te preocupes por mí. Mi suerte ya está echada. Mi opción va contra reloj y mi vida paralelamente al golpe. Debemos evitar más entierros y salvar lo que se pueda de la familia, porque la reacción la ha señalado con sangre -, fueron sus últimas palabras antes de que el golpe de los cerrojos y la voz de los guardias anunciaran que el tiempo de visita había llegado a su fin.

Puedo imaginarlo mirándonos con una media sonrisa, procurando disimular su desazón ante el desgarramiento de la despedida mientras veía cómo nos alejábamos de la mano de nuestra madre, flanqueados por los guardia cárceles. Tal vez no haya pensado que nuestra separación sería definitiva, como lo sabría después del golpe militar, cuando los militares tomaron el control de la cárcel y la convirtieron en un campo de concentración, que era visitado cada tanto por el general Luciano Benjamín Menéndez y el Arzobispo de Córdoba, Raúl Francisco Primatesta.

Según testimonios de los sobrevivientes de la UP1, mi padre pidió la presencia de un sacerdote para confesarse unos días antes de que se lo llevaran para fusilarlo. Es curioso: para entonces no sólo había perdido su fe en Dios sino que además era muy crítico de la jerarquía eclesiástica argentina, que había sido cómplice –y lo seguiría siendo- de cuanta dictadura se había instaurado en el país.

A partir del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 perdimos toda comunicación con mi padre, que quedó totalmente incomunicado y a merced de los represores. Hasta que nos dijeron, en agosto y estando ya en México, que había sido asesinado por los militares. La noticia fue publicada el 13 de agosto de ese año por los diarios de Córdoba, que se limitaron a reproducir el parte de prensa del Tercer Cuerpo del Ejército que hablaba del "abatimiento de tres delincuentes subversivos" tras un "intento de fuga". Según el parte oficial, "en oportunidad de ser trasladado de la Unidad Penitenciaria al Consejo de Guerra para ser interrogado, el vehículo en el cual era transportado sufrió la rotura de la dirección, precipitándose a la banquina. Esta situación fue aprovechada por los detenidos transportados para intentar huir, siendo perseguidos por la tropa e intimados a rendirse; no acataron la orden por lo que se debió abrir fuego, dándose muerte a Miguel Hugo Vaca Narvaja, Gustavo Adolfo De Breuil e Higinio Arnaldo Toranzo".

La realidad había sido bien diferente, según lo relataría años después ante la Comisión Nacional contra la Desaparición de Personas (CONADEP) el único sobreviviente de aquél "intento de fuga", Eduardo De Breuil, a quien el azar salvó de la muerte: los militares querían dejar un testigo para que llevara el terror a la cárcel y como había dos hermanos entre los detenidos, tiraron una moneda para decidir a cuál fusilarían. Le tocó morir a su hermano.

Treinta y cuatro años después de aquellos cobardes fusilamientos, gracias a la decisión política del presidente Néstor Kirchner de terminar con la impunidad, pudimos reconstruir el calvario de mi padre al escuchar los desgarradores testimonios de los sobrevivientes de la UP1, en el marco del juicio oral y público que se realizó en Córdoba durante la segunda mitad del año 2010.

Huguito cumplió 35 años en aquel infierno, incomunicado, separado de su familia, torturado, hambriento y con-

denado a muerte por sus esbirros, sin ninguna posibilidad de defenderse. A pesar de todo se mantuvo fuerte, tal vez aferrado a la esperanza de sobrevivir. Murió con la dignidad que no tuvieron sus carceleros, sus torturadores ni sus asesinos, incapaces de admitir sus cobardes crímenes, tres décadas después, ante un tribunal de la democracia.

Siempre me pregunté por qué, a diferencia de Toranzo y De Breuil, que tenían disparos en el pecho, a mi padre le dispararon en la cara.

Hoy pienso que así como se ensañaban con él durante las golpizas y la tortura, pretendieron ahogar con plomo su último grito de libertad.

Este libro inmortaliza, a través de la literatura, la conmovedora vigencia de aquel grito sagrado.



Miguel Hugo Vaca Narvaja (h) junto a su hijo Hernán, en la casa familiar de Villa Warcalde, Córdoba.

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

"Una aclaración con respecto a lo que expresara el doctor Vaca Narvaja en su último alegato. En esa exposición, el doctor Vaca Narvaja se apartó totalmente del objeto procesal de este juicio para desarrollar un peligroso revisionismo histórico cuyo objeto, apuntando a una visión progresista, no es casualmente afirmar los valores de nuestro tradicional estilo de vida".

Frase del ex dictador Jorge Rafael Videla el 21de diciembre de 2010, al pronunciar sus últimas palabras antes de ser condenado a cadena perpetua por el Tribunal Federal Oral Nº 2 de Córdoba, como responsable de 31 asesinatos cometidos en la Unidad Penitenciaria Nº 1 durante el año 1976.

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

La zanja de Alsina y los fusilamientos de la UP1

Por Miguel Hugo Vaca Narvaja (n)

A partir de la década de 1870 se llevaron adelante los prolegómenos de lo que luego se llamaría la "conquista del desierto" bajo las presidencias de Nicolás Avellaneda primero y Julio Argentino Roca, después.

La Sociedad Rural Argentina financió aquella campaña. Mientras el ejército avanzaba sobre las tierras tehuelches, mapuches y ranqueles, la Sociedad Rural, uno de cuyos miembros todavía activos era su ex presidente José Martínez de Hoz, alambraba y se apoderaba de esos territorios usurpados.

Uno de los responsables de llevar adelante aquel genocidio contra los pueblos originarios que ocupaban esos territorios fue Adolfo Alsina, ex ministro de Guerra del presidente Nicolás Avellaneda, que falleciera en 1877.

44.000.000 de hectáreas fueron sustraídas a los antiguos habitantes y usufructuarios de aquel “desierto”, nada menos que la pampa húmeda.

Para mantener a los pueblos originarios fuera del territorio conquistado, se ideó la “zanja de Alsina”, una fosa de dos metros de profundidad por cuatro metros de ancho y una extensión prevista de 650 kilómetros, aunque solo llegaron a excavarse 300 km, a muy alto costo.

La primera “Ley de Fuga” conocida en el país se aplicó en esa época, en la tropa del Regimiento 3 de Infantería en Villa Mercedes, San Luís, comandada por el hermano de Julio Argentino Roca, Rudesindo Roca. Luego de aplicar cobardes golpizas y tormentos a 60 ranqueles, los encerraron en un corral para hacienda y los fusilaron “justificando la masacre, como intento de fuga”. La prensa en general reprodujo la historia oficial, con excepción del diario La Nación, que informó:

“El tres de línea ha fusilado, encerrados en un corral, a sesenta indios prisioneros, hecho bárbaro y cobarde, que avergüenza a la civilización y hace más salvajes que a los indios a las fuerzas armadas que hacen la guerra de tal modo sin respetar las leyes de humanidad ni las leyes que rigen el acto de la guerra. Deshonra al ejército cuando no se protesta el atentado. Muestra una crueldad refinada e instintos sanguinarios y cobardes en aquellos que matan por el gusto de matar” (Diario La Nación, 17 de noviembre de 1878).

El fundador y propietario del diario La Nación, Bartolomé Mitre, se postulaba a la presidencia de la Nación y necesitaba diferenciarse de sus pares de armas. Ello explicaría la fidelidad informativa de su diario.

Los sobrevivientes de la masacre, mujeres y niños ranqueles y mapuches, fueron “administrados” por la Iglesia y la Sociedad de Beneficencia católica, integrada por las damas de alcurnia y las señoras de los terratenientes.

El eterno retorno de Nietzsche pareció corporizarse cuando en 1976, un teniente de nombre Gustavo Adolfo Alsina se hizo cargo de la vigilancia de la Unidad Penitenciaria Nº 1 de Córdoba (UP1).

Detrás de los muros del penal se desataría un infierno para los “detenidos especiales”. La ley de fuga sería puesta en práctica otra vez, pero ahora no sobre los pueblos originarios sino sobre los “subversivos”. El “estaqueamiento” volvería a ser utilizado, esta vez sobre dos internos del penal: “Charo” Miguel Muñoz y René Moukarsel.

Los “detenidos especiales” comenzaron a poblar los pabellones de la cárcel de barrio San Martín desde fines de 1974, luego del lamentable golpe de Estado provincial comandado por el jefe de policía del gobierno peronista de Ricardo Obregón Cano, Domingo Navarro.

La vergonzosa declinación de Perón y el posterior aval del Congreso Nacional -que legitimó la intervención federal a la provincia de Córdoba- desataron la represión sobre quienes habían apoyado al gobierno derrocado, sindicatos, partidos políticos, militantes sociales y religiosos de diversa índole.

Hicieron su aparición los grupos paramilitares conocidos como Comando Libertadores de América y Alianza Anticomunista Argentina (la tristemente célebre triple A). Estos grupos asesinaron a Atilio López, el vicegobernador derrocado, secuestraron a René Salamanca, del gremio clasista Sitrac-Sitram; y persiguieron a Agustín Tosco, del sindicato de Luz y Fuerza, que murió en la clandestinidad, perseguido y enfermo.

La cárcel como campo de concentración

A partir del 24 de marzo de 1976, las condiciones de los presos políticos detenidos en el penal de barrio San Martín cambiarían sustancialmente. La cárcel se convirtió en

un campo de concentración. Los internos fueron privados de comida, aseo, movilidad elemental, comunicación y de todo elemento de confort, lo que llevó a muchos a sufrir graves pérdidas de peso y resentir su salud. Las golpizas, tremendas, continuadas, permanentes, eran un calvario constante e ininterrumpido. Vivían a golpes y apenas les dejaban decir que eran quienes eran.

La cárcel estaba ocupada por personal militar. Tenían el mando y el control del penal. Los jefes de las guardias y sus subordinados fueron identificados por todos los detenidos especiales: Gustavo Adolfo Alsina y Jaime Kloner; "el sátiro del zapato" Carlos Hibar Pérez, que impostaba la voz; Pedro Enrique Mones Ruiz y Miguel Ángel Pérez, que asesinaron a sangre fría a Paco Bauducco.

No se los identificó por sus señas particulares, ni por sus atuendos ni modales, sino por su saña para torturar a los internos. Ambos Pérez eran tremendos pegadores, fajadores consustanciados con su tarea destructiva sobre los castigados cuerpos de los internos.

Alsina y Mones Ruiz eran las voces de mando, con estilos distintos: desequilibrado, histérico y fanatizado el primero; sobrio y frío el segundo. Dos estilos, un mismo fin: la destrucción física y psíquica de los internos, como lo había previsto y advertido el general Juan Bautista Sasiaiñ en su visita a la cárcel después del golpe de Estado. Les dijo a los internos que no se pusieran contentos, que "los iban a matar a todos como a las ratas, para que se arrepintieran de haber nacido" (Testimonio de Luis Baronetto y varios coincidentes).

La amenaza comenzó a tornarse realidad a partir de mayo de ese fatídico 1976.

Los traslados y posteriores "leyes de fuga" fueron sucediéndose hasta octubre.

Murieron 31 personas. 31 detenidos que nunca pudieron siquiera intentar fugarse. 31 detenidos arteramente

torturados y asesinados a sangre fría, que *vieron de frente los vertiginosos ojos claros de la muerte.*

La UP1 fue uno más de los cuatrocientos cincuenta campos de exterminio de la dictadura militar. Un engranaje más del sistema de terror instaurado por las elites dominantes a través de las Fuerzas Armadas.

El teniente Gustavo Adolfo Alsina fue sancionado por su conducta en la cárcel. El coronel Edgardo Benjamín Carloni informó a Menéndez que "al causante le impuse una sanción disciplinaria de tres meses de suspensión de mando por excederse en el ejercicio de sus funciones siendo jefe de seguridad en la cárcel número 1, comprometiendo ante la opinión pública la figura del oficial y la imagen del ejército. Esto ocurrió en el mes de julio de 1976 en cuya oportunidad este joven oficial, estando de seguridad en la cárcel sometió a un preso a castigos corporales no reglamentarios". Así figura en la nota del 27 de junio de 1978, en el sumario agregado a esta causa.

El terrorismo de estado como método de cambio social

Si la "campaña del desierto" había garantizado a la Sociedad Rural millones de hectáreas de tierras, el golpe de Estado del ´76 debía garantizar a las clases dominantes la tranquilidad de esquilmar al país sin que se produjeran reacciones sociales que impidieran el saqueo.

La inteligencia policial y militar se centró en los "articuladores sociales" (como correctamente los denomina Feierstein), es decir, en los estudiantes, obreros, profesionales, militantes y religiosos que podían interactuar entre sí y lograr movimientos sociales, que en su momento se plasmaron en el Cordobazo y el Viborazo.

Desde 1969 y hasta bien entrados los años ´70, la policía y el ejército se dedicaron a realizar inteligencia sobre todas las organizaciones sociales existentes: sindicatos, centros de estudiantes, partidos políticos, grupos religiosos, etc.

Desatada la represión -en Córdoba desde fines del ´74-, los grupos que denominarían "subversivos" estaban perfectamente individualizados.

El D2 de la Policía de la Provincia de Córdoba era el organismo encargado de obtener, recopilar y clasificar la información sobre las organizaciones populares que pudieran oponer resistencia a la "reorganización nacional" del "Proceso".

Con una metodología absolutamente sistematizada y coordinada, los "sospechosos de siempre" eran buscados en sus hogares, sorprendidos a altas horas de la madrugada o al llegar de sus trabajos por varios integrantes de los grupos de calle del D2.

Estos grupos han sido minuciosamente identificados y descriptos por Carlos Raimundo Charlie Moore en su declaración de San Pablo de 1980, agregada en autos y ratificada en la video conferencia realizada en esta audiencia de debate. Esta declaración se complementa perfectamente con la realizada por Luis Urquiza, que hizo algunas guardias en el D2 y pudo constatar el funcionamiento de ese organismo.

La maquinaria del terror comenzaba con cinco a diez días de interrogatorios en "Informaciones" bajo torturas como submarino, mojarrita, picana eléctrica y fuertes golpes en todos los lugares del cuerpo, particularmente en los genitales. La desnudez permanente, el tabicamiento visual y la falta de alimentos buscaban disminuir psíquica y físicamente al detenido. Allí la cobardía de los torturadores se vería amparada por apodos: el Tucán, Gato, Sérpico, Turco, Negro, Chocolate, la Cuca, la Tía, Cara con Rienda, Yogurt y tantos otros. Sin embargo, algunos de ellos serían identificados por sus víctimas, que circunstancialmente pudieron verlos, identificarlos por la voz o enterarse posteriormente de quiénes habían sido sus torturadores.

Del D2 los detenidos serían trasladados a distintos destinos: la UP1, La Ribera, La Perla, la desaparición o la muerte.

El manual de acción psicológica utilizado por la dictadura determinaba en su artículo 2.004 que la *acción compulsiva* "será toda acción que tienda a motivar conductas y actitudes por apelaciones instintivas, actuará sobre el instinto de conservación y demás tendencias básicas del hombre (lo inconsciente). La presión insta por acción compulsiva, apelando casi siempre al factor miedo. La presión psicológica engendrará angustia. La angustia masiva y generalizada podrá derivar en terror y eso basta para tener al público a merced de cualquier influencia posterior".

El ocultamiento y la clandestinidad, propios del terrorismo de Estado, incluían, como lo reiteran las directivas mencionadas, un intenso mecanismo de acción psicológica con un objetivo claro: instaurar el terror como forma de dominación y de cambio social, para modificar las conductas sociales. Y así pasar de un modelo solidario e integrador a otro individualista y atomizador.

El plan económico y la excusa de la guerra contra la subversión

Con el pretexto de llevar adelante una guerra contra un enemigo al que Menéndez suele calificar como "la subversión marxista", se desató la represión masiva en el país.

En esta audiencia, Pedro Mones Ruiz manifestó que en 1974 existían 2.100 combatientes armados del ERP. Ya para fines del ´75, la guerrilla estaba en franca extinción, pero constituía, para los grupos de poder, el pretexto ideal para abalanzarse sobre un gobierno tambaleante como el de Isabel Perón, acusándolo de ineficiente para llevar adelante este "combate".

¿Cuál era, en 1976, el supuesto peligro para la Nación, que contaba con un ejército de 150.000 hombres -más las fuerzas policiales provinciales- para combatir a una supuesta "subversión armada" que no superaba los 1.500 integrantes, diseminados por todo el país? ¿No era que, como declararon las Fuerzas Armadas en 1975, la subversión estaba virtualmente aniquilada luego de los sonados sucesos de Monte Chingolo y el "operativo independencia" de Tucumán?

El golpe cívico-militar puso en marcha un plan económico que buscaba reinsertar a la Argentina como país exportador de materia prima, debilitando a la industria mientras se incrementaba exponencialmente el número de bancos y financieras, que harían grandes negocios especulativos con la "tablita" y las suculentas tasas de interés que se pagaban, a la par de una inflación galopante que devoraba los salarios de los trabajadores.

Obviamente, una de las primeras medidas adoptadas por la dictadura fue la rebaja de las retenciones a las exportaciones de granos.

Entre 1978 y 1979 se autorizó la apertura de 1.197 sucursales financieras, mientras que el PBI per cápita se encontraba estancado.

El endeudamiento sistemático de las empresas del Estado fue una constante para ingresar dólares frescos que luego desaparecerían.

La deuda externa creció de manera exponencial, de 6.500 millones de dólares en 1976 a 45.000 millones en 1983, lo que condicionaría el futuro del país en lo sucesivo y bien entrados los años de democracia, hasta terminar en la crisis política y económica de 2001.

La participación de los trabajadores en el PBI cayó del 45% al 26%.

Al concluir el "Proceso", en 1983, el PBI era inferior al de 1974. La industria manufacturera había decrecido

el 12% y la construcción el 28%. Eso si, la producción primaria se había incrementado un 20%. La inflación nunca descendió del 100% anual, y en 1983 llegó al 350% anual. El desempleo era del 10%. Los sectores de altos ingresos aumentaron su participación en el ingreso total del 28 al 35%. La Unión Soviética se convirtió en el principal cliente argentino, llevándose en 1981 un tercio de las exportaciones totales.

Estos indicadores económicos jamás hubiesen podido consolidarse en otro sistema político que no fuera el terrorismo de Estado. Los sectores de poder económico, liderados por la Asociación de Bancos, la Bolsa de Comercio, la Cámara de Comercio y la Sociedad Rural fueron coautores del plan económico implementado al amparo del genocidio.

Los medios de comunicación (diarios, revistas, radio y televisión) colaboraron entusiastamente con la política de terror instaurada. Se instaló el "algo habrán hecho" o "por algo habrá sido" para justificar el accionar de la represión.

En Córdoba los diarios locales se limitaban a publicar los escuetos comunicados del Comando del Tercer Cuerpo ante cada fusilamiento disfrazado de intento de fuga, sin cuestionamiento alguno.

La conducción golpista militar designó como ministro de economía a José Alfredo Martínez de Hoz, heredero de la enorme fortuna familiar (fueron beneficiarios del reparto de 1.200.000 hectáreas después de la "campaña del desierto", alcanzando en total 2.500.000 hectáreas de su propiedad). Una de sus primeras medidas fue la eliminación del impuesto a la herencia, que lo beneficiaba directamente, ya que recientemente había fallecido su padre. Este era el grado de arbitrariedad e impunidad con que se manejaban los beneficiarios del nuevo modelo.

Los artífices de la "fabricación" de la deuda externa fueron, entre otros, Guillermo Walter Klein (del estudio

Klein y Mairal); Adolfo Diz, presidente del Banco Central; Alejandro Reynal, Francisco Soldati, Enrique Folcini y Domingo Cavallo, por nombrar a algunos de los civiles que integraban la sociedad estatal para el esquilamiento y el saqueo de la nación, al que bautizaron "Proceso de Reorganización Nacional".

Decía Videla en 1977 que "por el sólo hecho de pensar distinto dentro de nuestro estilo de vida nadie es privado de su libertad, pero consideramos que es un delito grave atentar contra el estilo de vida occidental y cristiano queriéndolo cambiar por otro que nos es ajeno, y en este tipo de lucha no solamente es considerado como agresor el que agrede a través de la bomba, del disparo o del secuestro, sino también el que en el plano de las ideas quiere cambiar nuestro sistema de vida a través de ideas que son justamente subversivas; es decir subvierten valores, cambian, trastocan valores (...) El terrorista no sólo es considerado tal por matar con un arma o colocar una bomba sino también por activar a través de ideas contrarias a nuestra civilización occidental y cristiana a otras personas".

En esta audiencia, quien comandara a los encargados del trabajo sucio del modelo, dijo sobre sus subordinados, que "nadie dude que fueron crueles. Lo hicieron en el marco de una crueldad que impone toda guerra en su marco de naturaleza. No fueron sádicos".

Occidentales y cristianos

Los detenidos especiales de la UP1 no eran, para Videla, occidentales y cristianos. Eran subversivos.

Aliados imprescindibles de los genocidas en esta "lucha contra el mal" fueron la iglesia católica y la justicia.

Ya el 23 de septiembre de 1975, el vicario castrense de las Fuerzas Armadas, Victorio Bonamín, decía en presencia del General Viola: "Saludo a todos los hombres de armas aquí presentes, purificados en el Jordán de la sangre para

ponerse al frente del país. El ejército está expiando las impurezas de nuestro país. ¿No querrá Cristo que algún día las Fuerzas Armadas estén más allá de su función?

La iglesia en Córdoba, dirigida por el Cardenal Raúl Francisco Primatesta, artífice espiritual y avalista incondicional del genocidio mediterráneo, fue un invalorable aliado y sostén espiritual de los planes de exterminio de Menéndez.

Ambos compartieron después su condición de "palqueros" permanentes en los actos oficiales del radicalismo gobernante en el período 1983 a 1989.

Se ha comprobado en esta audiencia cómo Primatesta hizo oídos sordos a los reclamos de los familiares de los presos en la UP1, e inclusive advirtió a sus pares brasileños que no cobijaran a supuestos subversivos en sus iglesias.

Las ostias repartidas por los sacerdotes estaban bañadas no en la sangre de Cristo, sino en la de las víctimas de la represión.

Las campanas de la Catedral perforaban los tímpanos de los detenidos, y marcaban el ritmo de las torturas en el D2 de Informaciones, que se encontraba a solo veinte metros de distancia. *Los obispos no obispaban.*

La Justicia de Córdoba, aliada imprescindible, incondicional y obsecuente de las autoridades de facto, otorgaba la libertad a los detenidos para entregarlos, con asombrosa sincronización, al área 311, garantizando de esta manera la continuidad de sus padecimientos.

Ante las persistentes denuncias de los presos sobre los apremios ilegales sufridos, los gentiles magistrados y sus secretarios, como también los defensores oficiales, recomendaban, complacientes y comprensivos, que mejor no dijeran nada, que eso agravaría su situación procesal.

Eudoro Vázquez Cuestas, Carlos Otero Álvarez, Miguel Ángel Puga, Adolfo Zamboni Ledesma, Ricardo Haro,

Luis Molina, Luis Rueda, entre otros, son los nombres de la ignominia. *Los funcionarios que no funcionaban.*

¿Por qué se demoraba tanto esta causa? La actuación de la justicia federal cordobesa no puede catalogarse menos que de vergonzante. Escandalosamente cómplice. Partícipe necesaria del silenciamiento. Encubridora de los delitos de tormentos, torturas, vejaciones y fusilamientos que se han mantenido impunes durante treinta y cuatro años.

La justicia, en aquel entonces, *valía menos, infinitamente menos que el orín de los perros, y la justicia tenia menos, infinitamente menos categoría que el estiércol,* diría León Felipe (pero ya no hay locos).

¿Qué era ser occidental y cristiano? ¿Y qué tendría que hacer? ¿Buscar un protector, tomar un amo y, como una hiedra oscura que rodea un tronco lamiéndole la corteza, subir con astucia en vez de elevarme por la fuerza? ¡No gracias! ¿Dedicar, como todos hacen, versos a los financieros? ¿Convertirme en bufón con la vil esperanza de ver nacer una sonrisa amable en los labios de un ministro? ¡No, gracias! ¿Desayunar todos los días con un sapo? ¿Tener el vientre desgastado de arrastrarme y la piel de las rodillas sucias de tanto arrodillarme? ¿Hacer genuflexiones de agilidad dorsal? ¡No, gracias! ¿Tirar piedras con una mano y adular con la otra? ¿Procurarme ganancias a cambio de tener siempre preparado el incensario? ¡No gracias! ¿Subir de amo en amo, convertirme en un hombrecillo y navegar por la vida con madrigales por remos y por velas, suspiros de amores viejos? ¡No gracias!

Los internos, el sistema, la resistencia

No cabe la menor duda de que los internos de la UP1 fueron eficaz y eficientemente seleccionados. Se trataba de personas verdaderamente peligrosas para el sistema instaurado en aquel entonces. Opositores acérrimos al régimen, no sólo por lo que pensaban, sino por lo que hacían. Eran, como hemos dicho, “articuladores sociales”. Muchos

de ellos integran en la actualidad gobiernos provinciales, cátedras universitarias, asesorías legislativas, secretarías sindicales, direcciones escolares y cargos en el gobierno nacional. Su formación intelectual y política ha quedado expuesta en la audiencia y fue reconocida durante su detención por los propios guardia cárceles.

La dignidad, la integridad y el valor con que afrontaron las situaciones extremas a las que fueron sometidos producen admiración y contrasta de manera evidente con la cobardía que no abandona a los victimarios, que hasta hoy ocultan el paradero de los desaparecidos.

La organización de los presos políticos dentro de la cárcel les permitió mitigar el hambre, o a veces simplemente compartirlo en partes iguales; la incomunicación fue quebrada a través del lenguaje de las señas, las "palomas" o los "caramelos", mensajes escritos que circulaban entre los presos o hacia el exterior de la prisión.

La solidaridad de los "comunes" les proveyó en algunos momentos de algo de sal, azúcar o chocolates. "La prisión se vive como una experiencia colectiva", dijo Jorge De Breuil en esta audiencia.

Ante la ausencia de libros, se contaban películas. Atesoraban las noticias del exterior gracias a una radio que escondían bajo una baldosa. Una verdadera praxis de manual de supervivencia.

Se mantuvieron firmes. Resistieron. Libraron sus batallas, como dijo Horacio Samamé, en una mesa de torturas, contra cinco o diez torturadores, o en la cárcel, contra el hambre y las golpizas. Y sobrevivieron. "Lo que no te mata, te fortalece" (Niestzche).

Muchos de ellos han comparecido aquí, ante sus victimarios, a contar al tribunal su experiencia vivida, treinta y cuatro años después.

Treinta y cuatro años que tuvieron que pasar detenidos, luego proscriptos y señalados, después excluidos,

para hoy, finalmente, reivindicar su militancia y sus ideales ante una sociedad que se construye sobre los cimientos de justicia, verdad y memoria, y no sobre las endebles plataformas de la impunidad.

Los dos demonios

La teoría de los dos demonios intentó justificar que la violencia de un lado, originó la violencia del otro. Que los golpistas tuvieron que intervenir para poner orden. Que si no hubiese habido guerrilla, no hubiese existido el "Proceso de Reorganización Nacional". Así lo dio a entender Ernesto Sábato en el libro "Nunca Más" cuando sostuvo: "Nuestra misión no era la de repudiar sus crímenes (los del "terrorismo que precedió a marzo de 1976"), sino estrictamente la suerte corrida por los desaparecidos, cualesquiera que fueran, proviniesen de uno o de otro lado de la violencia".

Ha quedado suficientemente claro en este debate que las personas detenidas en la UP1 pertenecían a diversos sectores sociales, a organizaciones legales, sindicatos y centros de estudiantes, o acaso eran personas sin militancia, pero con "sensibilidad social", como lo expusiera Dora Caffieri en esta audiencia.

El pretexto ha quedado en evidencia, y la finalidad del "Proceso" también: el vaciamiento económico del país utilizando a las fuerzas armadas para controlar las reacciones sociales ya no puede ser ocultada. La ambición por apoderarse del "botín" ha quedado expuesta en esta audiencia: mientras en los allanamientos la policía se llevaba alhajas, dinero, prendas o cualquier objeto de valor, Jaime Lockman era encarcelado con el exclusivo objeto de arrebatarle su fortuna, por orden directa de Sasiaiñ y Menéndez.

Lamentamos que, por no considerarlo el tribunal "pertinente", se nos haya privado de conocer como es posible que las estructuras del D2 subsistieran en democracia, has-

ta 1997 por lo menos. Era esa la intención al pedir la citación del ex ministro de Gobierno de Ramón Mestre, el actual diputado nacional Oscar Aguad. Esta querella lo consideraba imprescindible para la dilucidación de la extensión del daño producido al querellante Luis Urquiza.

La guerra ¿cuál guerra?

Hemos visto que la guerra contra la subversión que reivindica Menéndez en su confesión, llevada adelante por sus "dignos subordinados", consistió, en el caso de la UP1, en secuestro, tortura y muerte de militantes, estudiantes y trabajadores.

La "guerra" dentro del penal consistió en golpizas y maltratos de toda índole, requisas donde las detenidas eran obligadas a desnudarse en presencia de sus hijos menores y eran sometidas a todo tipo de vejaciones. Mientras tanto, militares asignados al patrullaje de la ciudad, como el mayor Esteban, afirmaron en esta audiencia no haber participado jamás en un enfrentamiento en aquellos años. ¿Dónde estaban los guerrilleros?

El general Fernández Torres reconoció haber participado "en una sola guerra, la de Malvinas".

"La guerra es un arte, y quienes participan en ella son artistas" afirmó el general.

Los artistas fracasaron estrepitosamente en Malvinas, mandando a la muerte a jóvenes sin experiencia, sin pertrechos y sin armamento adecuado, a enfrentar a un ejército profesional del imperio británico.

Munido de un vaso de whisky, el dictador Leopoldo Fortunato Galtieri firmó, con su histórico traspié, el certificado de defunción del "Proceso", que le declaró así la guerra a los padres del "sistema occidental y cristiano" mientras exportaba su producción agropecuaria a la Unión Soviética, nada menos que el "enemigo principal de occidente".

La guerra de Menéndez fue lisa y llanamente un exterminio. Un genocidio llevado adelante contra un sector político claramente determinado. Autores calificados (Harff y Gur) llaman a esto "politicidio", es decir, la exterminación de un sector político cuidadosamente seleccionado.

Se tomó conocimiento también a lo largo de la audiencia que los atentados atribuidos a diversas agrupaciones "guerrilleras" no eran más que actos propagandísticos para justificar la represión, llevados adelante por miembros del D2, como la muerte del policía Robles o la explosión de la Galería Cinerama, entre muchos otros.

Los autores de la masacre aquí sentados son genocidas.

Los delitos son de lesa humanidad, imprescriptibles.

Sin embargo, gracias a la vigencia del sistema democrático, hoy están aquí sentados, acusados, y se les ha dado un juicio constitucional, con derecho a ser oídos, a la defensa técnica, y a interponer todo tipo de recursos y argumentos en su defensa. Derecho que ellos negaron sistemáticamente a sus víctimas.

La triste y vergonzante historia de la UP1 al fin ha sido contada. Hoy todos sabemos lo que pasó en esta ciudad. Quien quiera oír que oiga, ya nadie puede decir que no está enterado.

La impunidad termina después de 34 años de vigencia. Caducan el olvido y el silencio. Fenece la hipocresía. La verdad emerge contundente, acusadora, responsabilizadora *como un pulso que golpea las tinieblas*.

Por las 31 víctimas de la cárcel de San Martín.
Por los miles de torturados y fusilados del "Proceso".
Por los treinta mil compañeros desaparecidos.
Pedimos justicia.
Y será justicia.

Alegato leído por Miguel Hugo Vaca Narvaja (n) en la sala de audiencias de los Tribunales Federales de Córdoba el 24 de noviembre de 2010.

Bibliografía:

- *Basualdo Eduardo M: "Deuda externa y poder económico en la Argentina", Edit. Nueva América, Buenos Aires, 1987.*
- *Celaya, Gabriel, "La poesía es un arma cargada de futuro",*
- *Mántaras, Mirta: "Genocidio en Argentina", Edit. Coop. Chilavert, Buenos Aires, 2005.*
- *Olmos Alejandro: "Todo lo que Ud. quiso saber sobre la deuda externa y siempre se lo ocultaron", Edit. De los argentinos, Buenos Aires 1995.*
- *Nietzsche Friedrich: "Algunas de sus grandes frases e ideas".*
- *Feierstein Daniel: "El genocidio como práctica social", Edit. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2008.*
- *Ferrer Aldo: "La Economía Argentina", Edit. Fondo de Cultura económica, Buenos Aires, 2010.*
- *Gelman, Juan: "Himno de la victoria (en ciertas circunstancias) en abierta oscuridad", Siglo Veintiuno Editores, 1993.*
- *Rapoport Mario: "Las políticas económicas de la Argentina. Una breve historia". Booket, Artesud, Buenos Aires, 2010.*
- *Rostand, Edmond: "Cyrano de Bergerac". Edit. Ramón Sopena S. A., Barcelona, España, 1975*

Gracias Gustavo, Mariu, Tania, Isabel, Loli, Ma y Hernán por su valiosa colaboración.

Gracias Comisión de Homenaje UP1.

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

Una historia compartida

Por Carolina Vaca Narvaja

¿Cómo empezar? Tal vez con una paradoja: hoy, a pesar del tiempo transcurrido desde su muerte, siento que cada vez conozco más a mi padre, Miguel Hugo Vaca Narvaja (h). Siento que nos dejó un corto, intenso y hermoso legado de vida. Y que ese legado se actualiza en cada palabra que lo nombra, en cada relato que lo evoca, en cada anécdota que lo tiene como protagonista.

Mi padre está presente en sus escritos literarios, pero también en los jurídicos y en algunas cartas que pudimos recuperar. Está en las fotos, congelado en el tiempo, y en cada testimonio de quienes fueron sus compañeros de cautiverio.

Cuando uno recoge estos fragmentos, estas piezas sueltas de una vida tan corta –mi padre tenía 35 años cuando lo asesinaron-, no puede menos que sentir un profundo orgullo hacia lo que él fue como persona, profesional y padre.

Como hija, sentí la necesidad de conocer “su” historia, que era también “mi” historia. Al principio se trataba de “una” historia, la de mi padre. Pero pronto se convirtió en una historia colectiva, la de 31 hombres y mujeres que fueron asesinados cobardemente en la cárcel de barrio San Martín, en Córdoba. Un capítulo más de la terrible historia de las víctimas de un sistema represivo que desapareció, torturó y fusiló a miles de argentinos: el terrorismo de Estado.

Entonces sentí que había dos caminos: conocer mi propia historia y asumirla lo mejor que pudiese; o trabajar para evitar que el olvido y la amnesia colectiva terminaran haciendo que la gente aceptara un “perdón” aberrante impuesto por los presidentes Raúl Alfonsín y Carlos Menem a través de las leyes de impunidad y los indultos.

Una frase que mi padre escribió en una agenda de 1975 me enseñó cuál era el camino: “Hay un momento en nuestras vidas en el que es preciso tomar una decisión, sea para olvidar de una vez nuestros sueños resignándonos a la mediocridad, sea para arriesgar todo en el sentido de realizarlos.”

Entendí que nadie puede poner punto final a una historia de crímenes que está impune sin investigar y juzgar con las leyes de la democracia a sus responsables. Porque no se pueden cerrar las heridas si no hay justicia.

Siempre escuché decir a mi mamá que “mientras alguien mantenga viva la memoria, recuerde y denuncie, no ganará la impunidad”. También que “hay que ser coherentes en el pensamiento y en el accionar”. Siempre tengo presente estos dos conceptos.

Cuando era chica, mi abuela Susana Yofre de Vaca Narvaja (“Tuntuna” para sus nietos y bisnietos) solía decirme que mi papá estaba en el cielo y que desde allí me cuidaba. Ella sostenía que él nos miraba orgulloso desde alguna estrella y que siempre estaría con nosotros, acompañándo-

nos. Cuando llegaba el día del padre y en la escuela preparábamos sus regalos, yo le escribía una extensa carta a mi papá, la ataba con un hilo sujetado a un globo inflado con helio y lo soltaba. El globo volaba hacia arriba, hacia el cielo, y yo quedaba en paz, convencida de que mi papá sabría lo mucho que lo extrañaba, que lo necesitaba, que lo quería. Hoy pienso que seguramente durante aquellos años alguien recibió esas cartas y las leyó como un regalo que le cayó del cielo.

Desde el arte, más precisamente desde el teatro, he querido transitar mi camino. Hace más de 15 años que, junto a mis compañeros Pico, Nella y Delia, trabajamos convencidos de que el teatro tiene que hablar de lo que nos pasa como personas y como sociedad y debe rescatar nuestra identidad cultural. Por eso decidimos participar de Teatro por la Identidad, aportando nuestro granito de arena a la búsqueda de los centenares de niños apropiados por la dictadura militar. Hicimos una creación colectiva llamada "El club de los recordadores anónimos" y la dedicamos a la memoria de mi padre. Recorremos las plazas, visitamos los colegios secundarios y actuamos en los teatros, procurando rescatar una historia que quisieron ocultar durante tantos años. La idea es reflexionar sobre lo que nos pasó desde un lugar más sensible para llegar con esta historia al corazón de las generaciones más jóvenes.

Cuando se conmemoraron 30 años del golpe militar del 24 de marzo de 1976 comencé a trabajar en lo que luego sería "La Comisión de Homenaje UP1". Era un espacio nuevo en el que empezamos a juntarnos y reconocernos los hijos y familiares de quienes habían compartido el terror de la dictadura en la cárcel de barrio San Martín. Recién entonces empecé a enterarme realmente de lo que se vivió en el interior de la UP1, de las penurias y torturas, pero también de las distintas formas de resistencia. Comencé a conocer la historia contada por los ex presos, a escuchar las anécdotas sobre quienes luego serían cobardemente asesinados.

Conociendo la historia de nuestros familiares asesinados terminamos por conocernos también a nosotros mismos, a reconocernos en asados, juntadas, discusiones. Teníamos coincidencias y diferencias, pero había algo que no podíamos negar: todos formábamos parte de una misma historia.

Desde ese nuevo espacio convocamos a artistas comprometidos con su realidad como Luis Gómez, que nos ayudó a plasmar en una impresionante escultura los rostros y los nombres de nuestros familiares. Aquel mojón de la memoria está enclavado frente a la puerta de ingreso a la cárcel, para que nadie olvide lo que pasó detrás de esos muros.

Realizamos desde entonces todos los años distintas acciones: ferias de arte, memoria y derechos humanos, encuentros para rescatar las formas de resistencia en la cárcel, convocatorias a artistas de Córdoba (murgas, artesanos, artistas plásticos, grupos de teatro, de danza, etc.). Nuestro norte fue siempre hacer conocer la historia de las 31 víctimas de la penitenciaría. Hoy ese espacio tiene, además del monumento, una plaza de juegos –que bautizamos "La visita"-, en donde pueden jugar los niños que visitan a sus padres presos, como hubiéramos querido jugar nosotros cuando aún podíamos visitar a nuestros familiares, antes de que el golpe de Estado los dejara totalmente incomunicados y a merced de sus asesinos.

Cuando en el año 2010 por fin se anunció que comenzaría el histórico juicio a Videla, Menéndez y demás responsables por los fusilamientos de la UP1 y las torturas en el D2, desde la Comisión de Homenaje organizamos una intervención artística callejera que llamamos "siluetas que interpelan", las que permitieron visibilizar las historias de vida de las víctimas, difundir el juicio, interrogarnos sobre nuestro pasado y mirarnos como proyecto colectivo. Quisimos hacer presente a los 31 presos políticos asesinados

contando sus historias y proyectos de vida, sus utopías, para denunciar las desigualdades sociales y también el dolor y el horror vividos. Frente a los Tribunales Federales de Córdoba, con colores y matices, las 31 siluetas fueron testigos de su propio juicio.

Lamentablemente el corolario del anhelado juicio no fue el esperado. El caso de mi padre, fusilado junto a Gustavo De Breuil y Arnaldo Toranzo, quedó impune. El tribunal absolvió a quienes formaron parte del traslado y ejecución de nuestros familiares con fundamentos incoherentes y retorcidos, propios de una Justicia cómplice que no termina de depurarse a tantos años de la dictadura militar. Seguiremos luchando hasta revertir en las instancias de apelación necesarias esta terrible injusticia.

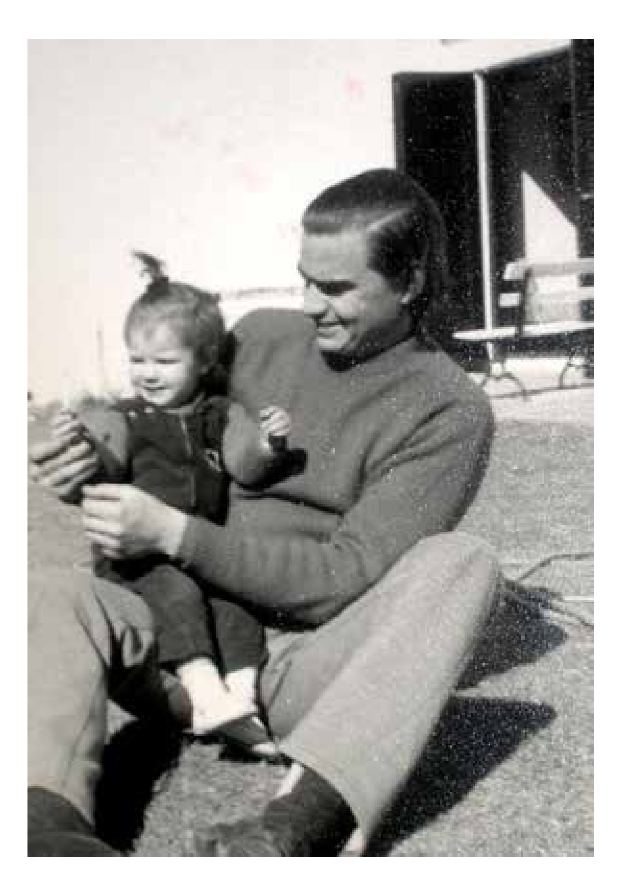
Hoy siento que, junto a mis hermanos Miguel Hugo (n) y Hernán, llevamos un pedacito de nuestro padre en todo lo que hacemos, nuestras luchas cotidianas y nuestras elecciones de vida. Que entre los tres desarrollamos las tres facetas que de alguna manera marcaron la vida de nuestro padre: el derecho, el periodismo y el arte. Y también su compromiso militante. Porque es ese compromiso el que nos hizo entender que su muerte no fue en vano y que su ejemplo debe servirnos para luchar por dejarle un país más justo a nuestros hijos.

Esta elección de vida no hubiera sido posible sin mi madre, Raquel Altamira, y mis tíos Gustavo y Gonzalo Vaca Narvaja, quienes nunca nos ocultaron la verdad y no permitieron que olvidáramos. Ellos cuentan, escriben y reescriben nuestra historia permanentemente.

En materia de agradecimientos, debo rescatar la fortaleza que supo transmitirme mi abuela Susana (“Tuntu”) y el cariño de mis abuelos maternos Javier Altamira y Laura Escuti (“Tatata” y “Mamama” respectivamente), quienes guardaron celosamente, durante nuestro largo exilio, las pocas pertenencias que hoy conservamos de mi padre; el

apoyo incondicional de mis primas Tania y Andrea, hermanas y compañeras de tantas historias y luchas silenciosas; el acompañamiento y la comprensión de Fernando, mi compañero de vida, siempre generoso, incondicional y paciente. Y el aliento y apoyo de tantos amigos que la vida me puso al lado.

Crecer con la verdad es crecer con libertad, es poder decidir y poder elegir.



Miguel Hugo Vaca Narvaja (h) junto a su hija Carolina, en el patio de la casa familiar de barrio Alejandro Centeno, Córdoba.

va hoja
de color

va hoja
de color

CUENTOS

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

Cándido



Miguel Hugo Vaca Narvaja (h)

ilustración: Magalú

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

Cándido levantó su vista hacia el reloj eléctrico. Era una actitud diaria, mecánica. Sabía qué le diría el reloj, pero mirarlo era un rito, uno de los tantos que conformaban su vida. Sabía que sus frías y rectas manecillas marcarían las 12 y 30. Sabía que luego de mirarlo habría de pensar que en quince minutos más terminaría su tarea. Que en otros veinte minutos estaría abriendo la puerta de su casa. Que en otros… bueno, Cándido ya ni pensaba. Sólo repetía pensamientos que alguna vez fueron originales. Eso, quince años atrás, cuando fue transferido a la sección de herencias vacantes del Ministerio. En su puesto anterior no salía a las 12 y 45, sino a las 13 y, naturalmente, otro era el transporte, –otra la oficina y el edificio- y otros los minutos que empleaba en llegar a su casa.

Puede decirse que para Cándido esa diferencia de minutos, de transporte y de trabajo fue su experiencia más notable.

A veces, cuando quería pensar –y esto solo solía hacerlo de noche, al acostarse- comparaba los colectivos, valoraba los recorridos y los minutos que tardaba en llegar a su casa, desde uno y otro trabajo. Nada más que eso. No recordaba caras, no recordaba episodios. Cándido no daba importancia a las personas ni a las cosas. En realidad, Cándido no daba importancia a nada. Era como un robot, conformado

solo para trabajar, (si trabajar es llegar y salir a horario) y vivir de tal manera que fuera imposible faltar a la oficina por algún contratiempo o enfermedad. Nada debía provocar su ausencia de una oficina en la que se había constituido en parte tan inseparable como el tabique con una pequeña ventanilla desde la que divisaba el exterior, aguardando a que un ansioso candidato a heredero le alcanzara su escrito de denuncia, para que colocara en él la fecha y la hora de la presentación. Era notable el contraste entre la serena e imperturbable mirada de sus ojos –escondidos tras sus anteojos de leve aumento- y la del candidato a heredero, brillante, excitada, codiciosa, desconfiada.

Cándido colocaba el sello, devolvía la copia, que firmaba, y –si no aparecía otro- daba nacimiento a esa criatura de la que viven –y para la que vive- ese conjunto de personas que se objetiviza bajo la denominación de administración pública.

"XX Denuncia herencia vacante". La mano de Cándido no tiembla. Y sin embargo, su mano, su letra, ha dado nacimiento a un expediente. Cientos de manos agregarán opiniones sobre él. Decenas de asesores emitirán dictámenes. Un ministro –a veces, con los cambios, varios- dictará resoluciones. El Estado habrá encontrado un socio. El muerto sin herederos verá –si puede hacerlo- repartirse su fortuna entre el Estado y el denunciante. Y todo ello no ocurrirá de inmediato. No. Pasarán varios meses, a veces años, hasta que esa criatura que fuera creada por Cándido tenga en su última página el epitafio acostumbrado "archívese" y quedará condenada, no a convertirse en polvo, sino a llenarse de él, en los sórdidos subsuelos del Ministerio que le viera nacer.

Pero Cándido nada sabe de eso. A él solo le interesa llegar a las siete, marcar su tarjeta e instalarse en la ventanilla a la espera de sus clientes. Caratulado el expediente, se desinteresa, se olvida. No es un buen padre. Sólo un sello.

Como el lector comprenderá, Cándido, a los 45 años, no es un ser divertido. Ni siquiera puede asegurarse –ya se ha dicho- que sea un ser, en el humano sentido de la palabra. Presenta, sí, los caracteres externos que lo diferencian, por ejemplo, de un mono. Su metro ochenta de estatura solo existe en la libreta de enrolamiento: quince años sentado frente a una ventanilla que fabricó un carpintero diez centímetros más bajo han inclinado sus hombros. La cabeza gacha, por costumbre y desinterés, solo permite apreciar una incipiente calvicie y unas orejas irregulares que apenas sostienen sus anteojos. En realidad, Cándido bien podría pasarse sin ellos, pues estrictamente no los necesita. Sin embargo, es tremendamente tímido y se siente aliviado al interponer entre sus ojos y el mundo esos finos cristales. A veces piensa –y ello no implica que lo haga regularmente- que más protegido estaría con anteojos oscuros, pero teme llegar a la oficina con algo nuevo que atraiga la mirada de sus compañeros hacia él. Le aterroriza la idea de que se fijen en él y ello es más fuerte que la mayor seguridad que le proporcionarían esos anteojos oscuros. Ese mismo temor le hace vestir siempre de gris y sus dos trajes podrían confundirse, de no ser por un pequeño remiendo que él mismo efectuó en uno de sus pantalones, cuya tela, vencida por el uso, no resistió el roce con el gastado banco de la plaza donde suele sentarse, en invierno, para secarse al sol el frío de su cuerpo.

A los 45 años, Cándido Arenales es soltero y huye tanto de las mujeres como del mundo. Solo una vez vio un cuerpo desnudo, y pagó por ello. A los veinte años, acomplejado y extasiado a su vez por las increíbles aventuras amorosas de las que daban cuenta a diario sus compañeros de colegio, se decidió a pasar de noche por la calle de las locas, como la llamaban. Una de ellas, que dijo llamarse Sara, lo abordó directamente y Cándido, más por timidez que por deseo, se encontró en un taxímetro que lo conducía rumbo al amueblado con su ocasional compañera. Semi escondi-

do en el automóvil escuchó las quejas que, matizadas con fuertes palabrotas, ella le exponía al conductor sobre la policía y algunos clientes. Su malhumor era evidente. Ya en el prostíbulo, fue introducido en una habitación y requerido con tanta urgencia por ella – alegando que tenía otros clientes esperando - que, nervioso como estaba, nada pudo hacer. Pagó la tarifa que Sara le impuso y entre excusas y ruegos de silencio se encontró en otro taxímetro rumbo a su casa. Nunca se sintió más humillado.

Veinticinco años más tarde, no ha repetido aún su intento con ninguna otra mujer. A los 45, Cándido Arenales no tiene amigos ni enemigos. Ignora si tiene parientes y aún si tiene padres. Había sido abandonado a los veinte días de nacer y criado en una casa de beneficencia a cuyo severo régimen se adoptó perfectamente. Nunca fue rebelde. Siempre cumplió las reglas. Así pasó desapercibido, lo que acabó por gustarle.

Terminó su tarea. Sus compañeros de oficina se estaban retirando. Acomodó los expedientes recién iniciados para que al día siguiente comenzaran su deambular por las oficinas. Se dirigió a cerrar el vidrio de la ventanilla, lo que siempre dejaba para el último. Lo estaba bajando, cuando una persona, con el rostro desencajado, alcanzó a tirar un escrito por ella. Cándido lo miró y mientras pensaba cómo decirle que ya no podía recibírselo, advirtió que la persona se desplomaba en el suelo. Poco acostumbrado a situaciones extraordinarias, Cándido no supo reaccionar hasta que no escuchó el pedido –parecía una orden- de ayuda. Dio la vuelta al tabique y comenzó a levantar al caído.

- No me mueva, jadeó el desconocido… el corazón… mi apuro por llegar… la denuncia, una fortuna…regístrela a mi nombre…

- Usted necesita un médico, no hable -dijo Cándido-. No puedo recibir su denuncia, la oficina está cerrada a esta hora y… No pudo terminar su explicación. El desconocido

aflojó su cuerpo y se quedó mirándole con los ojos fijos e implorantes.

Cándido dejó al desconocido en el suelo y se dirigió hacia la puerta del Ministerio llamando a los guardias y requiriendo la presencia de un médico. El papel que tenía en la mano fue a parar a su bolsillo.

Una hora más tarde, Cándido Arenales salía de la seccional de policía. Había declarado sobre las circunstancias en que había muerto José Enrique Tarintey (así fue identificado). El médico policial diagnosticó un síncope. La denuncia que el desconocido dijo llevar no fue hallada, pese a que la policía acompañó a Cándido hasta el Ministerio para buscarla.

Ese día llegó al departamento –una habitación, cocina y baño, en el cuarto piso de un viejo edificio- una hora y media más tarde de lo acostumbrado. Su rutina de quince años había sido rota. Se sintió tan desorientado que quitándose el saco, no atinó más que a tirarse sobre la cama.

Cándido ya conocía la muerte. A su edad, ella toca cerca, aunque más no sea dentro del Ministerio. Pero esto era distinto. El muerto era un desconocido. Su evidente agitación se debía seguramente a su necesidad de registrar la denuncia que, según alcanzó a decir, significaba una fortuna. Pero esa denuncia no aparecía y Cándido sentía sobre si las sospechosas miradas de la policía. En realidad los agentes solo se habían interesado en su testimonio sobre el lugar y hora de la muerte, despreocupándose de la presunta e inhallable denuncia de herencia vacante. La policía ignoraba qué era eso. Pero Cándido se sentía culpable y su imaginación – echada a volar por primera vez en su vidale hacía verse en una gran sala, con cientos de personas que lo observaban y un fiscal de mirada inquisidora que, señalándolo con el dedo, lo acusaba de haberse quedado con la denuncia y haber omitido auxiliar al desconocido, permitiendo que muriera sin asistencia.

El sudor corría indisimulable por la frente de Cándido mientras imaginaba esta escena. Rompiendo nuevamente con sus hábitos de quince años, salió de su habitación, bajó por la escalera los cuatro pisos que lo separaban del suelo y caminó, caminó… Lo hizo por decenas de cuadras hasta que, al sentir el frío del atardecer, se dio cuenta de que había salido sin saco.

Agotado por la larga caminata y aterido por el frío, Cándido solo atinó a tomar un taxi –otra seria transgresión a su rutina- y se hizo llevar hasta la puerta de su casa.

Cumbre



Miguel Hugo Vaca Narvaja (h)

ilustración: Pinky Coria

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

El primer nacimiento no despertó en los médicos otra curiosidad que la meramente científica. La circunstancia de que las manos de las criaturas no tuvieran dedos solo producía interés por analizar cuál era el origen de la malformación, un accidente, como tantos otros que ocurrían.

El segundo caso, producido casi sin solución de continuidad, provocó comentarios generalizados. Unas horas después, el tercer caso, ocurrido en la misma clínica, conmocionó a los médicos.

Todos quedaron pendientes de la parturienta del segundo piso cuyo alumbramiento era inminente. Se concentraron alrededor de la sala de partos a la espera de la noticia. Se discutía apasionadamente y no sin alarma sobre la extraña coincidencia.

El silencio que selló las palabras del médico partero fue la fiel expresión de la alarma que siguió al anuncio. Un cuarto niño, también sin dedos en la mano, había nacido en el transcurso de las últimas diez horas…

Episodios similares que comenzaron a suceder, al mismo tiempo, en distintas partes del mundo determinaron en forma unánime una rígida censura por parte de todos los gobiernos, que intentaron detener la sensación de pánico que, pese a todo, el rumor ya había provocado.

Científicos de fama internacional fueron destinados con exclusividad a investigar los extraños nacimientos mientras que cientos de computadoras registraron datos, análisis, historias de los padres y descripciones de los médicos en busca de un elemento común que arrojara algo de luz sobre los hechos.

Ante los graves disturbios que comenzaron a producirse en todo el mundo, fue necesario informar oficialmente lo que estaba aconteciendo. La población quedó anonadada. Cuando desaparecieron las exageraciones propias del rumor, ante el informe oficial sobre la verdadera magnitud de los hechos, la gente comenzó a preguntarse cuál sería el origen de las malformaciones.

Los templos religiosos y los de bebidas se llenaron de ansiosos que necesitaban buscar un escape a su angustia. Cientos de abortos, nacimientos prematuros, separaciones matrimoniales, suspensiones de ceremonias hicieron temblar en el mundo una de sus más antiguas instituciones: la familia.

Se paralizaron las actividades. La gente oraba, bebía, estudiaba o discutía olvidando sus problemas personales, los gobiernos, las guerras, los amigos, los enemigos. Los diarios, las radios, la televisión eran seguidos con devoción a la espera de que arrojaran alguna luz sobre tan extraño episodio.

Todos los nacimientos tenían similares características. Alguna que otra malformación acentuaba el pánico en determinadas regiones, temiendo que se repitieran en los siguientes nacimientos. Pero todos tenían en común el mismo rasgo: las manos de los recién nacidos carecían de dedos.

En Pletania, la reducida tribu de los Igus festejaba en la más grande de las setenta casuchas que formaban la población el cuarto nacimiento de un varón de la más prolífica de las madres de la aldea, Ingrela.

El festejo tenía su razón para los Igus. Expulsados de sus tierras por inescrupulosos terratenientes que ampliaban a sangre y fuego sus dominios, debieron internarse selva adentro, en un lugar inaccesible, en procura de lograr su supervivencia como grupo. De allí la alegría que despertaba cada nacimiento.

La organización social que habían desarrollado, acorde con sus propósitos de evitar el exterminio, importaba una situación privilegiada para la mujer, que podía elegir a su pareja, ser propietaria de una vivienda y cambiarla por otra más confortable si aumentaba su cantidad de hijos.

A diferencia de los nacimientos que conmovían al mundo, los niños de la tribu de los Igus que nacían en la selva eran normales.

La reunión cumbre de emergencia congregó a los gobernantes de los cinco continentes. Como representante de la comunidad tecnológicamente más avanzada, el primer ministro de Europa había hecho la convocatoria; el presidente de Asia dejó de lado las cuestiones ideológicas que impedían que sus miembros tuvieran un criterio unificado y fue el primero en arribar; le siguió el secretario general de América, el continente más rico del mundo; los últimos en arribar a la cumbre fueron los reyes de Oceanía y África, acompañados por sus asesores.

No hubo protocolo ni medidas de seguridad. La preocupación de los líderes del mundo había dejado de lado todos los problemas secundarios. La civilización misma estaba en juego.

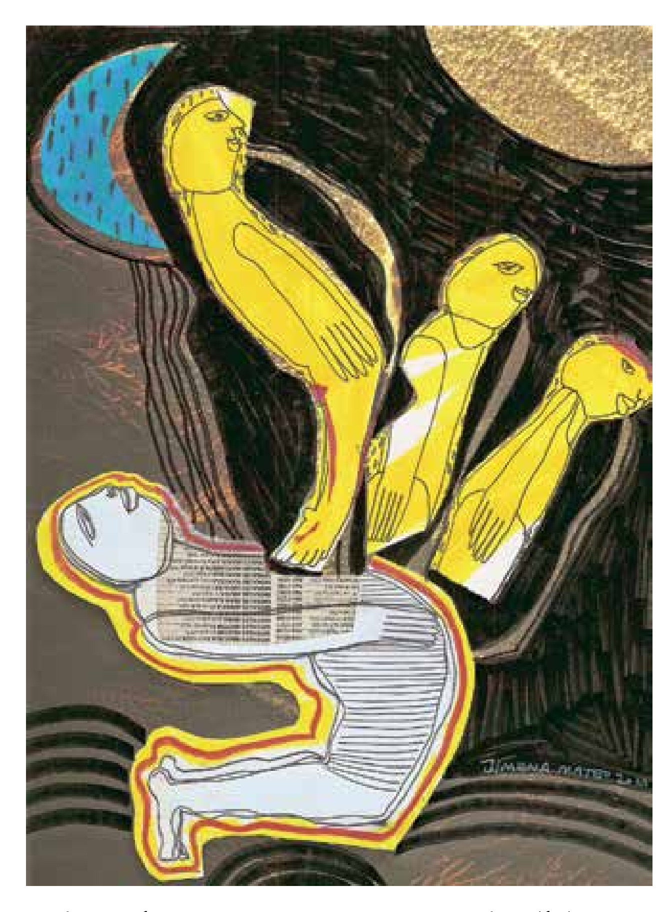
"Resulta innecesario destacar ante ustedes que toda la civilización está basada en la actual estructura del hombre. La falta de dedos en sus manos requiere un cambio tan profundo, que cientos de miles de años de progreso

sostenido deberán ser dejados de lado para adaptar toda la estructura de nuestra civilización a esta transformación en la naturaleza humana”, dijo el primer ministro europeo. Su intervención causó tal impacto entre sus colegas que todos parecieron concentrarse en intentar precisar qué bienes de la civilización podrían sobrevivir a este inesperado cambio. La forma de comer, la forma de trabajar, la forma de leer, debían reajustarse a la nueva situación. “Frente a ello –prosiguió el primer ministro de Europa- y suponiendo, como todo hasta ahora parece indicarlo, que disponemos de unos cincuenta años para adaptar la civilización a esta nueva estructura, es necesario establecer un orden de prioridades pues, aún cuando el tiempo parezca prolongado, apenas si disponemos de cuatro años para educar a los nuevos niños en un sistema donde los valores, las maquinarias y las estructuras serán sustancialmente diferentes”.

Durante los tres días que duró la cumbre, la situación fue minuciosamente analizada por los jefes de gobierno y sus asesores. Distintas alternativas fueron consideradas y desechadas. Se resolvió crear un comité permanente que tendría a su cargo la elaboración de un estudio minucioso del fenómeno de los nuevos nacimientos y que fijaría una agenda concreta para abordar en una nueva cumbre. Con muchas iniciativas todavía no explicitadas, los jefes de gobierno retornaron a sus distintos continentes.

Catorce días después, en Londres, nació el primer niño sin dedos en los pies.

Noche de ánimas



Miguel Hugo Vaca Narvaja (h)

ilustración: Jimena Mateo

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

Sentado sobre una piedra que parecía esperarlo desde hacía tiempo, Raúl aguardaba su aventura.

Noche de ánimas. Algo habría de ocurrirle. Imponiendo su espíritu de aventura al miedo, había salido solo. Sin Héctor, se había internado en el monte y allí, sentado, rodeado de las estridencias de la noche, de sombras inmóviles, aguzaba su oído y por momentos la vista – cuando las fugaces apariciones de la luna se lo permitían- para identificar, para vivir con plenitud el evento.

La atención, sin embargo, fue cediendo con el paso de las horas. Una somnolencia, una sensación de libertad, aflojaba sus músculos. Su cuerpo se relajaba, adaptándose a las irregularidades de la piedra. Se fundía en ella, horizontal, olvidando su aventura, cerrando sus oídos a los mil ruidos de la noche y, ahora, sus ojos a las sombras que, siempre inmóviles, lo rodeaban…

Un sol cruel quemaba su cara. Sus ojos permanecían cerrados. Su cuerpo, inmóvil…

Se levantó sin mirarse. Se movió sin moverse y, advertido de la hora, partió en un andar sin piernas a su hogar, derecho, sin equivocar el camino…

En un tiempo sin tiempos, presenció sucesivamente la angustia de su madre al no encontrarlo en su cama, la búsqueda cada vez más desesperada de su cuerpo.

Raúl acompañó a todos los que lo buscaban y – sin emoción alguna - contempló el descompuesto rostro de Héctor cuando llegó a la piedra y vio allí, como fundido en ella, su cuerpo hinchado, quemado, picado…

Desde entonces, Raúl acude todas las noches a la piedra.

Sólo que esta vez ya no busca un espíritu.

Busca un cuerpo.

La verdad



Miguel Hugo Vaca Narvaja (h)

ilustración: Guillermo Mena

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

NO HABÍA ESCAPATORIA. SINTIÓ QUE OTROS PATRULLEROS ACALLABAN SU SIRENA A POCO MÁS DE CIEN METROS. SABÍA QUE ESTABAN RODEADOS. EL ERROR DE PEDRO LES COSTARÍA CARO. SIN HABLAR, MIRANDO A SUS COMPAÑEROS, APRETÓ LA 45 Y COMPROBÓ LA CARGA. HABÍA LLEGADO LA HORA. SABÍA HACÍA MUCHO TIEMPO QUE ALGUNA VEZ SUCEDERÍA, PERO SIEMPRE PENSÓ QUE SERÍA MÁS DRAMÁTICO…

La verdad. Por ella, por creer en ella, por practicarla según creía, estaba en esto. Y ahora, cuando sabía que todo habría de concluir, filosofaba al respecto.

Recordó que cuando niño, por decirla, había pasado muchos malos ratos. A los siete años creía que la verdad era su padre. Solo él la tenía, sólo él la decía. Aferrado a ella, le preguntó a su tío si era mucho lo que había coimeado como intendente. Una bofetada, propinada por su madre, no permitió continuar el interrogatorio y, sin comprenderlo, pensó, en la cama, qué había de malo en repetir lo que tantas veces su padre le había reprochado a su madre cuando se refería a su hermano.

La verdad fue dura también en el colegio cuando, a la pregunta de la maestra, respondió identificando al autor

de un dibujo que la había ridiculizado en el pizarrón. Fue calificado de alcahuete y el autor le dejó la cara en mala forma. Aprendió que a veces la verdad no se dice, se calla. Así lo hizo cuando le preguntaron quién lo había golpeado.

Obstinado, se mantuvo fiel a la verdad y en el secundario discutió y defendió las tesis que compartía. No hubo aquí mayores consecuencias. Por el contrario, fue diferenciándose de sus compañeros e incluso alcanzó la estima de algunos profesores. Es inteligente, decían. Llegará lejos. Le gustó ser comprendido y mantuvo siempre una posición crítica. Creyó que, salvo en lo personal, la verdad podía ser dicha y sostenida.

EL MEGÁFONO SONÓ INTIMANDO LA RENDICIÓN DEL GRUPO Y ADVIRTIENDO A SUS INTEGRANTES LO QUE YA SABÍAN. NO HABÍA ESCAPATORIA. PODÍAN ENTREGARSE. SERÍAN BIEN TRATADOS. LES GARANTIZABAN SUS VIDAS.

Comprendía que la verdad podía ser dicha en la medida en que no trascendiera de su enunciador. El sistema tenía sus verdades y a ellas debía atenerse. Podía pensar en otras, pero no actuar conforme a ellas. Debía atenerse a las verdades dadas, establecidas. Un general era un prohombre, nunca un torturador. Un sacerdote era un virtuoso, nunca un vicioso. O al menos un hombre torturado. Un juez era una garantía, un ser independiente, nunca un ropaje, un formalista del sistema.

Lo comprendió en la Universidad. Las luchas estudiantiles de las que participó y fue protagonista le enseñaron que verdades podía haber muchas, pero que de manera alguna las del sistema constituían una categoría superior, diferente. Eran las verdades del poder. Tenían sustento y podían ser impuestas por la fuerza, servían a quienes las sostenían. Varios años de su vida fueron empleados en manifestaciones, corridas, discusiones, ataques, defensas. Fue golpeado y encarcelado en distintas oportunidades. Por policías y compañeros.

Finalmente, ya recibido, tomó distancia. Dejó de estar inmerso en la discusión misma y panorámicamente advirtió que la verdad, su verdad, solo se impondría cuando la existente, la del sistema, careciera de sustento material. Decidió pasar a la acción.

EL PRIMER TIRO PARTIÓ DE PEDRO. MEGÁFONO Y LUCES DESAPARECIERON EN LA NOCHE. SOLO ESPORÁDICAMENTE PODÍAN VERSE BULTOS QUE, JADEANTES, SE ACERCABAN A LA CASA BAJO LA PROTECCIÓN DE LOS UMBRALES VECINOS.

Se preguntó si valía la pena y se dijo que sí. En pocos años el grupo inicial se había multiplicado y hoy eran una amenaza concreta. La única amenaza seria para el régimen. Por eso la respuesta fue categórica. Vacilante e inexperta al principio, con el rápido e interesado asesoramiento de terceros países, pudo montar una estructura de lucha y propaganda que, si no impidió, al menos dificultó la rápida expansión del movimiento. La represión, sin embargo, desnudaba a sus autores. Las ideas no podían ser silenciadas por el aparato gubernamental. Quienes permanecieron inmunes a la propaganda oficial comprendieron que los generales eran policías, torturadores, carceleros y encubridores; que los sacerdotes predicaban la paz del sistema y condenaban la violencia por considerarla antievangélica; que los jueces encubrían los secuestros, y la tortura, permitiendo allanamientos y condenando a quienes el régimen les señalaba.

La verdad del sistema comenzaba a resquebrajarse. Los uniformes, las togas y las sotanas comenzaban a mostrarse en su siniestra estructura.

LA ADVERTENCIA DE PEDRO LLEGÓ A TIEMPO. ALCANZÓ A LADEARSE Y LA BALA, SILBANDO, PASÓ A MILÍMETROS DE SU CARA PARA INCRUSTARSE EN LA PARED. APUNTÓ CON SU REVÓLVER Y DISPARÓ SIN QUE PUDIERA ADVERTIR EL RESULTADO…

Valía la pena. No vería el resultado. No asistiría al derrumbe del sistema y sus beneficiarios. No celebraría cada ejecución de sus verdugos, pero quizás alguien, alguna vez, lo recordaría y le agradecería su sacrificio y su coherencia. Para Eduardo lo fundamental había sido –y ya hablaba en pasado- vivir conforme a su pensamiento. Ser en acción…

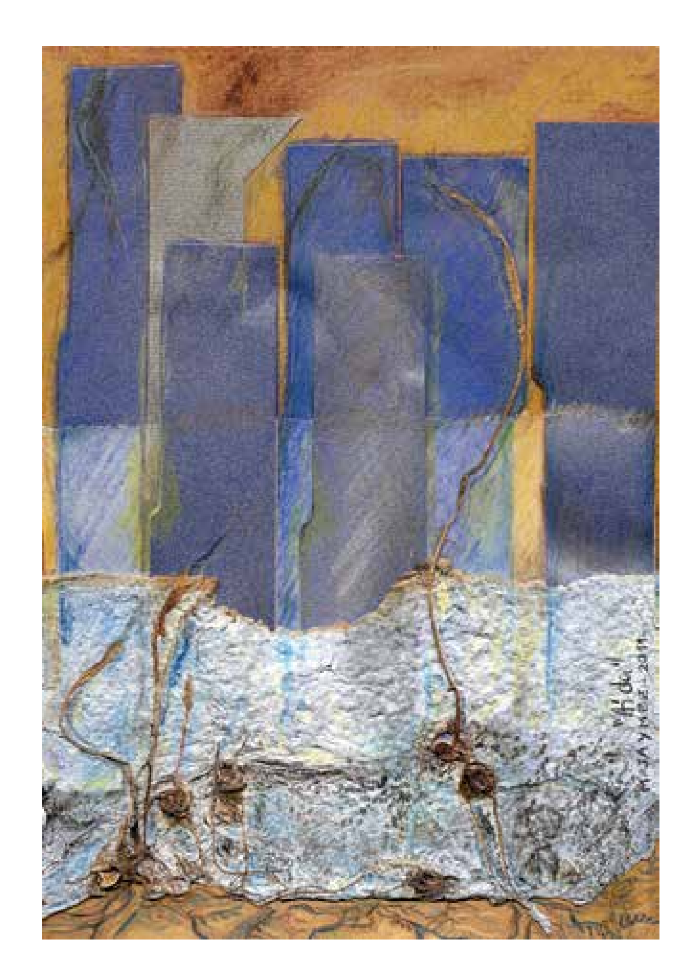
A LAS 24, CESADA LA RESISTENCIA, LA POLICÍA INGRESÓ A LA CASA Y REMATÓ A DOS DE LOS TRES OCUPANTES. UNO DE ELLOS HABÍA FORMADO CON SU SANGRE, SOBRE EL PISO, LA LETRA "V". EL PARTE OFICIAL –ÚNICO QUE PODÍAN CONSIGNAR LOS DIARIOS- INFORMÓ AL DÍA SIGUIENTE LA MUERTE DE TRES SEDICIOSOS A QUIENES ENROSTRARON UNA LARGUÍSIMA SERIE DE DELITOS ENTRE REITERADOS ELOGIOS A LA LABOR DE INVESTIGACIÓN DE LA POLICÍA Y LOS ORGANISMOS DE SEGURIDAD.

Tres años después, el aniversario de la muerte de Eduardo Robledo reunió una multitud que testimonió así su homenaje a quien los diarios señalaron como héroe de la resistencia popular y principal figura de la lucha armada que derrocara al régimen.

Entre las fotos y los elogiosos discursos pasó desapercibida una información que hablaba sobre la detención de elementos de extrema izquierda, a quienes el gobierno acusaba de obstaculizar las necesarias negociaciones que debían cumplirse con terceros países para encaminar, con bases sólidas, a la nación hacia el socialismo.

También pasó desapercibida, porque no la destacaron los diarios -tal como se les había ordenado-, la reincorporación a la policía de gran parte de los efectivos que habían sido exonerados tras la revolución.

Aída



Miguel Hugo Vaca Narvaja (h)

ilustración: Marcela Jaimez

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

Al volver a su casa encontró a Aída. No le sorprendió. Si bien nunca la había visto, le bastó mirar sus ojos para saber que siempre había vivido con ella.

Recordó su dulzura, su paciencia. La noche en que, destrozado por una patota, le ayudó a subir a su departamento y rutinariamente, como si fuera una experta, lavó y curó cada una de sus heridas.

Recordó aquella noche brava, en Capri, cuando en su Lancia, felizmente borracho –tiempo de estudiante- olvidó una curva y fue a destrozar su vehículo contra un promontorio. No podía olvidar la risa de Aída. Su lamento trocado en carcajada por la buena, la comprensiva Aída.

Recordó su casamiento, su regreso al país, sus viajes, la rutina. Todo cortado, entrelazado, unido en pedazos por Aída. Siempre Aída.

Fue feliz. Solo Aída pudo hacerlo…

Por eso, cuando sin palabras, sin gestos, Aída le pidió que abriera el gas, lo hizo, siempre mirando sus ojos, siempre recordando su vida…

Piadosamente, los diarios publicaron sin mencionar la causa, la noticia de la muerte del joven industrial Esteban Frías. Al hacerlo, recordaron su triste historia y aquel epi-

sodio en que, junto a su mujer y otra persona que nunca pudo ser identificada, estrelló su Lancia en una curva de Capri, salvándose milagrosamente.

La oreja



Miguel Hugo Vaca Narvaja (h)

ilustración: Carlos Márquez III

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

Desde que había encontrado la oreja, Ricardo nunca pudo recuperar la tranquilidad. Sus costumbres, sus amigos, su actitud hacia la vida, eran otras.

Mirando melancólicamente la oreja, que nadaba en formol sobre la repisa de su pieza, Ricardo rememoraba, por centésima vez, el maldito episodio que tanto había cambiado su vida. Buscaba un detalle, un hilo que lo condujera hacia la persona que tan despreocupadamente se había desprendido de su oreja.

No hay derecho –se quejaba- de endilgarle a otro una oreja que no ha pedido y que no le falta.

Indiferente, la oreja flotaba frente a él. Beatíficamente, como un feto flota en el seno materno.

Si no hubiera salido a comprar cigarrillos –pensaba Ricardo- esta oreja no estaría aquí. Si el país no tuviera los problemas que tiene –se dijo- esto no hubiera sucedido. Cerró sus ojos y repasó minuciosamente las imágenes del acontecimiento.

Ansioso por leer el libro de Velázquez que tenía en su velador, logró faltar a la oficina pretextando una indisposición. Cuando iba por la página ochenta y cuatro, en el preciso momento en que Alberto mantenía un decisivo diálogo con su mujer acerca de Roberto, se dio cuenta de

que no tenía más puchos. Puteando, se vistió y bajó por el ascensor en procura del quiosco habitual.

Pese a que su pensamiento estaba en el drama de Marta al confesar su infidelidad conyugal, instintivamente recordó que había dado parte de enfermo en el trabajo. Sus movimientos se tornaron cautelosos para evitar ser divisado por esas personas que nunca faltan y que, con imprudencia, comentarían en la oficina que lo habían visto en horas de trabajo.

Enfrascado en el argumento de Velázquez, comenzó a cruzar la calle en procura de su kiosco. Percibió un aire dulzón y luego tuvo una sensación molesta en los ojos. Cuando comprendió que se trataba de gas lacrimógeno, un tropel de gente pasó corriendo a su lado perseguida por policías que repartían bastonazos a diestra y siniestra.

Un bastonazo impactó en su rostro y cuando quiso reaccionar, estaba en el suelo y era sistemáticamente pateado por dos fornidos policías. Semi desvanecido por efecto del gas y de los golpes, se dio cuenta que era conducido - mejor dicho arrastrado- a un camión celular, al que fue introducido sin contemplaciones.

La estrechísima celda del camión celular apenas aceptaba su cuerpo parado. Por una mirilla en la parte superior se filtraba el aire enrarecido y se colaba un confuso ruido que reflejaba una mezcla de disparos, corridas, gritos y órdenes.

Restablecido, procuró enjugarse el rostro con la mano. Entonces advirtió con horror que en ella, tercamente cerrada, había una oreja, una fina y delicada oreja que, impecable –al menos a la escasa luz no parecía magullada ni manchada-, reposaba solitaria, ilógica, en la palma de su mano.

Ricardo llevó instintivamente su otra mano a la cabeza y comprobó que tenía sus dos orejas sanas. Entonces se preguntó –y desde entonces lo hace- sobre el origen de la otra oreja, la que tenía apresada en su mano.

Comedido, Ricardo le preguntó al preso que estaba gimoteando en la celda contigua a la suya si era el dueño de la oreja, pero recibió una puteada como única respuesta. Sin duda no era la oreja lo que más le dolía a aquél infeliz.

El camión celular arrancó y Ricardo casi perdió la oreja. Instintivamente la sujetó con fuerza y decidió envolverla en la boleta que le habían dado en la farmacia de la esquina por los últimos remedios que había comprado.

Mientras el camión celular marchaba a su destino, Ricardo tomó conciencia de donde estaba y a donde era conducido. Imaginó que su nombre estaría impreso en el diario del día siguiente y presintió la reacción histérica de sus compañeros de oficina, que lo vincularían con la manifestación -¿era una manifestación?- en la que había sido detenido.

Imaginó cómo el frío jefe de personal, con su rostro inmutable, pediría su ficha, sabiendo de antemano que estaba con parte de enfermo. Sintió como una puñalada la sonrisa del cretino y escuchó cuando decía: “Yo lo había dicho. Ese muchacho era un tapado”, mientras caminaba precipitadamente hacia el despacho del director para aconsejarle que el despido, con causa, fuera por “injurias a la empresa”.

Podía imaginar también la desesperación de Isabel, su compañera de trabajo -y de varias y picantes noches-, al advertir su situación. Ella esperaría ansiosa que transcurrieran las horas de su incomunicación para acudir en su auxilio.

Giménez, en cambio, no lo lamentaría. Siempre lo había mirado con envidia. Era nuevo en la empresa, pero había escalado posiciones rápidamente a costa de otros. Y Ricardo era su próximo peldaño.

- Ricardo Rutinoff, con dos efes-, le dijo Ricardo al policía que, con furia, como escribiendo para la historia, asentaba pesadamente en el libro de novedades su ingreso a la seccional. Sus documentos estaban sobre la mesa pero el policía los dejó a un lado mientras le exigía a Ricardo que le dijera los demás datos personales.

- Argentino, soltero, 28 años, empleado (hasta ahora, pensó), con domicilio en el décimo piso de…

- Sáquese el cinto y lo que tiene en sus bolsillos-, le indicó, perentorio, el policía, haciendo palidecer a Ricardo.

- Verá usted –dijo, solícito, Ricardo-: yo encontré una oreja en la calle y… Ricardo se sentía cada vez más ridículo mientras refería su insólito hallazgo y pretendía justificar su presencia en la calle. Fue tal el enredo de su relato que el oficial, entre adusto y confundido, lo metió de un empellón dentro de la celda. Ricardo conservaba aún la oreja en su bolsillo.

Consciente del pobre papel cumplido, Ricardo recorrió con la mirada el interior de la celda. Advirtió que, salvo un bulto horizontal envuelto en una frazada sucia, todos sus compañeros eran como él. Parecían recién llegados y todos, como él, habían sido muy golpeados.

Pensando en quien tanto se había quejado en el viaje, Ricardo se abstuvo esta vez de inquirir sobre el dueño de la oreja, pero no pudo evitar –esto ya se convertía en costumbre- mirar las cabezas de todos los presentes advirtiendo, con enorme desilusión, que a ninguno le faltaba.

De tal modo, y más preocupado que dolorido, se sentó en el suelo lamentando su interrumpida lectura del libro de Velázquez, su parte de enfermo, su falta de cigarrillos – aún no los tenía- su encuentro con la manifestación, la guarda de la oreja, la…

Una sacudida le hizo despertar y con esfuerzo estiró los músculos endurecidos por la forzada posición en que

quedaron la noche anterior. Respondiendo a la orden del agente se puso de pie y tras un breve paso por el baño comenzó a ser interrogado por un sumariante que transcribía lo que se le ocurría, so pretexto de resumir sus dichos.

Repitió así su historia conocida, pero al llegar a la etapa de la oreja el sumariante lo miró sorprendido e interrumpiendo su declaración se trasladó a otra habitación susurrando algo al oficial que estaba allí.

El oficial lo miró y tras breve vacilación le pidió que le mostrara la oreja, cosa que –por fin- Ricardo hizo, desenvolviendo cuidadosamente la boleta que la protegía.

Pálido, el oficial solo la miró fugazmente para dirigirse al despacho del comisario, dejando a Ricardo analizándola y contemplando, al ratificar su primera impresión de la noche, que era una oreja limpia.

Estaba Ricardo tratando de establecer comparaciones con las suyas cuando el comisario, ingresó con el oficial en la oficina cerrando tras sí la puerta.

- ¿De dónde sacó esa oreja?-, espetó de mal talante el comisario.

- La encontré anoche, pero no puedo precisar cómo ni dónde pues…-, comenzó a explicar apresuradamente Ricardo…

- Usted es un mentiroso. Esa oreja la ha sacado de la celda pues nadie entra allí con algo en los bolsillos-, interrumpió furioso el comisario.

- Principal –agregó-, revise las orejas de todos los presos… y también del personal- gritó cuando este apresuradamente se alejaba.

Ricardo, cortado, expectante, guardó silencio frente al comisario que, furioso, se paseaba por la oficina lanzándole de tiempo en tiempo incendiarias miradas.

- Todos tienen sus orejas, comisario –, dijo con aire conspirativo el principal al retornar.

- Hablá-, insistió el comisario al tiempo que golpeaba a Ricardo-. Es mejor que digás la verdad. De lo contrario, tenemos otros métodos.

Ricardo insistió sin embargo en su versión tantas veces como lo exigió el comisario, sumando nuevos golpes a su ya dolorida humanidad.

Cansado, advirtiendo que nada lograba, el comisario retornó a su despacho y desde allí, por teléfono, informó la novedad al subjefe. Tres veces debió repetir el relato y finalmente obtuvo la orden de no hacer nada y aguardar instrucciones.

Ricardo retornó a su celda y compartió allí con sus compañeros pan fresco y salame como reconfortante desayuno.

Con la intimidad propia de quienes comen juntos, sumado al encierro común, Ricardo, a falta de otra cosa, optó por contar acerca de su hallazgo ante un auditorio que reclamó de inmediato ver la oreja. Esta pasó cuidadosamente de mano en mano, en tanto el sorprendido público lanzaba las más insólitas teorías acerca de su origen, muchas de ellas en franco tren de burla.

- Son los oídos del régimen, dijo uno, de anteojos y barba abundante. Hoy están en las calles pues solo desprendiéndose de ellas puede hacer caso omiso de las protestas populares. El imperialismo las usa y luego… se extendió en un discurso que fue adquiriendo mayor ímpetu, olvidando la oreja y determinando una rápida intervención del agente de guardia.

Dos de los presentes, estudiantes de medicina, discutían en tanto sobre la forma en que se había desprendido la oreja y los efectos que produciría en su dueño. La conversación se generalizó, se sucedieron los grupos y en definitiva Ricardo, con la oreja en la mano, quedó al margen de toda esa discusión pues nada podía agregar a su descubrimiento.

Finalmente, el mismo oficial acudió en busca de Ricardo.

- Está en un lío, -le dijo-. El ministro mismo dio instrucciones al comisario-, alcanzó a susurrarle antes de introducirlo al despacho.

Ricardo ingresó encontrando al comisario con cara grave y se preparó a repetir su historia.

- ¿Quien conoce esta estúpida historia?-, le preguntó el comisario, disgustado, antes de darle tiempo de advertir quién había en la habitación.

- Todos-, dijo, inocentemente, Ricardo, aclarando de inmediato, al ver la rápida descomposición del rostro policial, que por ello se refería a los policías y sus compañeros de celda.

- Boludo-, dijo furioso el comisario. ¡Para qué carajo tuvo que recoger esa oreja!-. Y dirigiéndose al oficial, añadió: "lléveselo".

Ricardo salió así tan pronto como había entrado, percibiendo que, junto al comisario, había dos uniformados del Ejército.

- Se ha investigado a ese idiota, informó el comisario. No registra antecedentes. Tampoco parecía conocer al resto de los detenidos.

- Son los peores-, acotó un oficial. La SIDE tiene experiencia al respecto. Aquí se está instrumentando otra campaña sobre torturas y para eso los malditos bolches utilizan a personas como éstas. Es necesario solucionar esto. Si alguien sale de una comisaría con una oreja encontrada allí, el escándalo será mayúsculo y no envidio su situación, comisario…

- El comandante opina que esta situación no puede trascender-, agregó el oficial de bigotes. Bastante hemos tenido que explicar la semana pasada por la muerte de ese comunista. Esto debe solucionarlo usted.

Reflexivamente, el comisario acariciaba su barbilla mientras que, resignado, buscaba una solución en su mente…

Con la oreja nuevamente en el bolsillo, Ricardo se paseaba hambriento en un calabozo ya vacío. Todos sus compañeros habían sido liberados. Antes habían tenido una reunión con el comisario y, sospechaba, que él había sido el tema principal, por cuanto al volver por sus bultos lo miraron entre divertidos y curiosos, no faltando quien, pensando que no lo advertía, hizo a sus compañeros una inequívoca seña en referencia a su salud mental.

Los barrotes de la celda no se reproducían ya sobre la pared y la oscuridad los borraba incluso de la puerta cuando Ricardo, con mayor consideración, fue trasladado por tercera vez al despacho del comisario.

- Usted nunca estuvo detenido-, dijo el comisario ante la sorpresa de Ricardo. Tome sus pertenencias y váyase. Llévese la oreja y –por su seguridad- no la exhiba. Deshágase de ella y nunca hable sobre el lugar donde la encontró. Si no cumple estas instrucciones se arrepentirá…

Ricardo, sin tiempo para responder y no repuesto de su sorpresa, mientras digería las palabras del comisario y guardaba sus pertenencias en los bolsillos, advertía que, en la oficina de guardia y con la misma energía con que lo hizo al inscribirlo, el agente, siguiendo las instrucciones de otro oficial, convertía su nombre y apellido en otros, retocando las letras a esos fines.

Cuando intentaba escuchar a quien se asentaba en definitiva como ingresado, el oficial le tomó el brazo y con

energía lo sacó por un pasillo oscuro, haciéndole ascender a un automóvil Torino, sin insignias policiales, situándolo adelante al lado del conductor.

Una hora más tarde, como a las nueve de la noche, Ricardo estaba nuevamente en su departamento, esta vez con cigarrillos, pero además con su tercera oreja. Cuidadoso, había adquirido formol en la farmacia de abajo y en el frasco de dulce recientemente lavado flotaba, rosada, insólita, la oreja perdida.

Sobre la cama, fumando, Ricardo pensaba. Al día siguiente vencía su licencia por enfermedad. Nadie se había enterado de nada. Los diarios publicaban la información de que no había más detenidos como consecuencia de la manifestación que, organizada por el partido de la izquierda progresista, había ocasionado todos sus desvelos.

Firmemente decidido a encontrar al dueño de la oreja, Ricardo se hizo el propósito de acudir al día siguiente en busca de la sede de la organización que organizó la manifestación. Lógicamente, antes, debía cumplir con su trabajo. El libro de Velázquez ya no le interesaba. Cansado, apagó su cigarrillo y sin cambiarse, previo dar cuerda al despertador, se quedó dormido…

La historia de siempre. El trabajo de rutina. Los compañeros, el jefe, Giménez, Isabel, todo era igual.

Ricardo, sin embargo, había percibido por primera vez que las orejas de Isabel eran algo salidas y comprendía su invariable costumbre de mantener el pelo largo.

Le hacía gracia la diferencia que había entre las orejas de su jefe, una más grande que la otra, una más apantallada que la otra. Giménez, en cambio, tenía unas pequeñas

orejas que mentalmente comparó con la que flotaba en su casa, con amplia ventaja para éste. La oreja izquierda de Giménez tenía un costado algo achatado, como si fuera absurdamente planchado. Además, no parecía ser objeto de un aseo permanente como lo delataba el amarillo color interno. La persistencia de Ricardo en observar las orejas terminó por ser advertida por sus compañeros de oficina. Isabel, con rabia, advirtió que ese día Ricardo estaba más interesado en su cara que en sus piernas. La cruzada de piernas que, sabía, deslumbraba a Ricardo, ningún efecto causaba esa mañana.

El jefe, molesto con la contemplación de Ricardo, estuvo más brusco que de costumbre y nada aceptaba sin criticar. Además, lo obligó a hacer las planillas dos o tres veces. El clima de la oficina no fue el mejor y Ricardo no pudo sino suspirar aliviado cuando el reloj advirtió que la jornada había terminado.

Antes de retornar solitario a su casa, Ricardo dio una estúpida excusa a una sorprendida Isabel para no salir esa noche…

Un rápido y frugal almuerzo lo dejó en condiciones de planificar su actividad para la tarde. Por sus compañeros de celda sabía que la izquierda progresista efectuaba asambleas semanales en su local céntrico y que sus afiliados discutían allí acaloradamente sobre temas políticos.

Como era viernes, se dispuso a acudir a la misma, que se realizaba por la noche, optando por pasar la tarde repasando los diarios de los días anteriores y posteriores a su detención para interiorizarse de cuantos datos pudiera necesitar para la asamblea.

Acostumbrado a no leer de los diarios más que la sección deportiva y eventualmente las noticias sociales, Ricardo digirió dificultosamente un discurso del ministro del In-

terior lleno de hermosas y optimistas frases democráticas, un discurso de un general advirtiendo sobre los enormes y trágicos peligros del mao-castro-neo-comunismo y una solicitada de la Izquierda Progresista que desmentía en un todo las hermosas frases del ministro, denunciaba torturas, secuestros, asesinatos y advertía sobre la peligrosa mentalidad fascista-nacionalsocialista y pro imperialista de los jefes de las fuerzas armadas. Al mismo tiempo, invitaba a una marcha por los derechos humanos, las libertades públicas y contra la política económica, que se realizaría al día siguiente.

Ricardo puso especial énfasis en la lectura pormenorizada de esa solicitada, advirtiendo la coincidencia de muchas expresiones con las utilizadas por sus circunstanciales compañeros de celda.

El diario del día anterior –el de su detención- era elocuente en imágenes. La primera plana exhibía a imponentes policías golpeando por doquier. Gente huyendo, nubes de gases, camiones celulares con sus puertas abiertas cargando a personas con las manos sobre la nuca. Dos comunicados policiales, uno exhortando a no participar de la marcha y otro advirtiendo que cualquier provocación recibiría la "mesurada pero enérgica" réplica de las fuerzas del orden, aparecían absurda y anacrónicamente insertadas entre las fotografías.

El diario siguiente a la manifestación contenía una nueva declaración de la Izquierda Progresista con mayor cantidad de denuncias, otras hermosas declaraciones del ministro de Interior restando importancia a los acontecimientos y apelando a la mayoría silenciosa y un comunicado de la guarnición militar advirtiendo sobre los peligros del mao-castro-neo-comunismo. Un comunicado policial daba la nómina de detenidos –Rutinoff no figuraba entre ellos- y anunciaba que todos estaban ya en libertad. Los heridos mejoraban y el Prode batía otro récord.

Nada de la oreja. Nada de Ricardo…

"…la lucha no debe cesar. El régimen tambalea, se desnuda, muestra su verdadera fachada. El pueblo…"

Frases aisladas ingresaban por los oídos de Ricardo y llegaban a su mente. En permanente movimiento, recorría una a una las filas del centenar de personas que participaban de la asamblea en busca del dueño de su oreja. Su movilidad permanente, su insistencia en ver el rostro de cada uno de los presentes determinó que algunos comenzaran a inquietarse y cuando una mujer susurró a su compañero que la actitud de Ricardo parecía sospechosa, y este a su vez, lo comentó con otros, Ricardo se vio tomado de ambos brazos y conducido por la fuerza a una habitación aislada.

Mientras por la puerta se filtraban los discursos y vítores de los asambleistas, Ricardo intentaba explicar su presencia a cinco adustos y desconfiados militantes que, con energía, pero sin violencia, le exigían que declarara que pertenecía a los servicios de informaciones.

Su relato de la oreja no convenció a nadie. La inexistencia de su nombre en las listas policiales de detenidos –que cuidadosamente guardaban en la sede partidaria- terminó por hacer creer a los interrogadores que era un infiltrado y, sin contemplaciones, fue puesto en la calle con la advertencia de que la próxima vez no sería tan bien tratado.

Decepcionado, disgustado, Ricardo regresó a su casa. Oficialismo y oposición no confiaban. Para unos era un "idiota útil". Para otros era un espía del régimen. Sin entender de política, sin haber participado nunca en una discusión que no fuera deportiva, Ricardo era repudiado por ambos bandos. Ni él mismo sabía en cual estaba. Solo quería devolver la oreja, esa maldita oreja…

Obstinado, Ricardo acudió al día siguiente, tras otra mañana de tenso trabajo en la oficina, a la sede del más importante matutino de la ciudad, "La Expresión".

Un poco imaginativo periodista, designado por la empresa para hacerse cargo de todos los que pedían conversar con un redactor para denunciar o contar sus problemas, escuchó sin atención su historia.

Ricardo sabía, a poco de empezarla, que, una vez más, estaba perdiendo el tiempo. El periodista, acostumbrado a inverosímiles historias, lo miró con condescendencia y le aconsejó que acudiera a la policía sin reparar, dada la poca atención prestada, que Ricardo ya le había señalado el poco interés que habían demostrado los uniformados por resolver el problema de la oreja.

- Vea amigo-, dijo, ante la insistencia de Ricardo-, el diario no le va a publicar esta historia. Demasiados problemas y noticias existen para dedicar espacio a esta historia. En todo caso, publique un aviso. A lo mejor así aparece el dueño de la oreja.

El periodista dio media vuelta y lo dejó sin otra alternativa que dirigirse al departamento comercial del diario.

El encargado de los avisos clasificados miraba confuso el rostro de Ricardo. El problema era encontrar la sección para el aviso. "Oreja hallada el día 22 de junio en calle Libertad se devuelve al dueño. Tratar, Libertad 369, 10º Piso, de 19 a 22".

Ninguno de los sesenta rubros que integraban la clasificación de los avisos permitía la inclusión de uno de este tipo. Sin solución, el empleado sugirió a Ricardo gastar unos pesos más y publicarlo en recuadro, en las páginas interiores del diario. Le dijo que era la mejor forma de dar con el dueño, pues no es fácil que alguien busque su oreja

entre los avisos clasificados comunes. La simplicidad del argumento convenció a Ricardo, que decidió publicar el aviso por tres días consecutivos, porque el dinero no le alcanzaba para más.

Esperanzado, salió con su recibo en la mano, deseoso de que transcurrieran las horas necesarias para que se imprimiera el diario y él pudiera aguardar, ansioso, la aparición del dueño de la oreja.

De pronto reparó en que no se había considerado la posibilidad que el dueño de la oreja fuera en realidad una mujer. Imaginó a una agraciada joven que, enormemente agradecida, aceptaba su invitación a tomar un whisky. Pronto la conversación sobre la oreja era desplazada por una más íntima y, al ritmo de los tragos, Ricardo contemplaba íntegramente el cuerpo que debía portar la oreja, con plena y total complacencia de su dueña. Un sobresalto lo volvió a la realidad. Se desperezó y, tras dar cuerda a su despertador, apagó la luz para aguardar por fin el nuevo día.

El día tan esperado transcurría monótonamente en la oficina. El clima tenso de la jornada anterior había cedido desde que Ricardo había cesado en su insistente contemplación de la cara de sus compañeros de trabajo. Isabel advirtió, complacida, que Ricardo nuevamente parecía haber dado importancia a sus piernas y el jefe, bien dormido, estaba ese día con uno de sus mejores humores. Giménez lo arruinó.

- Escuchen esto: oreja hallada el día 22 de junio en calle Libertad se devuelve al dueño. Tratar en Libertad 369, 10º Piso, de 19 a 20.

Ricardo sintió que el color ascendía a su cara sin poder evitarlo, mientras que sus compañeros, divertidos, se su-

maban a la lectura del aviso destacado en un cuadrado de la cuarta página del periódico.

- Debe ser un tipo de propaganda. Ya no saben qué hacer para interesar a la gente-, comentó finalmente el jefe, procurando poner un poco de racionalidad tras haber compartido las chanzas motivadas por el aviso entre el personal de la oficina.

- Yo iré a ver de qué se trata-, dijo Giménez ante la aterrada mirada de Ricardo. Mañana les contaré de qué se trata. Seguro se trata de esos aparatos nuevos a transistores que vienen para la sordera.

- Cuidado-, dijo el jefe-. Puede ser también una clave. Le aconsejo que tome precauciones pues puede meterse en algún lío.

- Iré lo mismo. No podría quedarme con la curiosidad de lo que se trata – dijo, insistente, Giménez-. Eso sí: iré con un amigo -, agregó.

Isabel permaneció callada, pero una mirada a Ricardo le bastó para advertirle que sabía que el del aviso era su departamento. Luego le preguntaría de qué se trataba todo ese embrollo.

El timbre indicó el final del día. Ricardo, pretextando interesarse en un problema familiar de Giménez, le acompañó del brazo impidiendo que Isabel pudiera interrogarlo. Al mismo tiempo, y como al descuido, sugirió que podía ir con él a averiguar lo de la oreja y quedaron en reunirse a las 19.30 en un bar de la calle Libertad.

Ansioso por lo que podía pasar a partir de las 19, sin almorzar, Ricardo se dirigió a su departamento y se tendió en la cama.

Recostado, con un parche en el lugar donde había tenido su oreja, Julián, nombre de guerra de Ernesto López,

releía el insólito aviso. No dudaba que la oreja era la suya, pero pensaba qué trampa se escondería tras ese aviso.

Julián había perdido su oreja cuando participaba activamente en la manifestación del frente. Una granada de gases había rozado su cabeza, por la espalda, llevándose en su camino la oreja. La carga policial y la sangre que perdía le impidieron volver a buscarla. Pedro lo había conducido al centro asistencial de su organización y tras la cura, había quedado en la casa mientras se decidía la forma en que habría de cubrirse la ausencia de algo tan notorio como una oreja.

El aviso en el diario ponía fin a sus especulaciones acerca del destino de la oreja pero habría un interrogante acerca de quién y con qué intenciones publicaba la insólita promesa de devolución.

Julián no ignoraba que era buscado por la policía, que lo consideraba una pieza clave en su organización. Llamó a Pedro y le pidió que le avisara a Héctor y a Jorge que necesitaba hablar con ellos.

El empleado policial recortaba cuidadosamente las partes del diario marcadas con círculos rojos. Hacía dos años que, por orden de sus superiores, las pegaba en un papel en blanco y escribía a máquina el nombre del periódico, la fecha y el número de página de la que había sido recortado. Tan rutinaria era su tarea que, sin leerlo, pegó sobre una hoja el aviso de la oreja.

A mediodía, como hacía todos los días, otro empleado recogió las hojas con los recortes pegados y las dejó sobre el escritorio del jefe de informaciones.

“Importante compañía americana ofrece excepcional oportunidad a señoritas de buena presencia, de 22 a 25 años de edad”. El comisario Pérez Dagum ya tenía experiencia en el asunto. Pulsó el timbre y entregó a un agente el aviso, bajo el cual, con su letra, encomendaba a la brigada femenina que verificara si en realidad no se trataba de un engaño. Fue entonces cuanto el aviso de la oreja acaparó su atención. Recordó de pronto a aquel detenido de días recientes que había perdido una oreja en la refriega y se comunicó de inmediato con el comisario de la jurisdicción correspondiente a la calle Libertad.

Decidida a resolver el misterio, Isabel, más intrigada que molesta por la actitud de Ricardo y por el insólito aviso que había publicado en el diario, salió a las 17.30 rumbo al departamento de su compañero de oficina. Antes pasaría por la rotisería para adquirir comida fría, con el propósito de quedarse a cenar con Ricardo. Avisó a su madre que esa noche se quedaría a estudiar en lo de su compañera Irene y que desde allí iría directamente al trabajo al día siguiente.

Tras darse una ducha, Giménez le dijo a su mujer que a las 19.30 se reuniría con Ricardo en el bar de Libertad y 20 de enero y que desde allí irían a investigar el origen del aviso del diario.

Su mujer le reprochó que perdiera el tiempo en vez de trabajar en algo de mayor provecho. Tras la normal discusión sobre la necesidad de un nuevo trabajo, Giménez, sabiendo que eso la conformaría, prometió adquirir en el centro el revólver que le venía reclamando para sentirse más segura en casa, ya que la creciente ola de asaltos había motivado que el barrio fuera calificado de “difícil” por la propia policía.

Alrededor de las 18, dos impecables y diligentes obreros de la empresa de energía se encaramaron sobre la plataforma móvil de un camión y comenzaron a trabajar cuidadosamente en un transformador. Una máquina quedó apuntando hacia la entrada del edificio de departamentos de calle Libertad.

-Tenga cuidado-, dijo el sargento Miérez-; trate de no tocar mucho porque podría tirarlo la electricidad.

El agente Suárez asintió en silencio. No sacaba sus ojos de la entrada al edificio. En su mano izquierda, una perilla accionaría la máquina que reposaba en la plataforma, dispuesta a reflejar el rostro de cada persona que ingresara al lugar vigilado.

Un Peugeot último modelo con una pareja de jóvenes en su interior pasó despaciosamente por la cuadra. La pareja examinó descuidadamente los alrededores de la entrada al edificio, advirtió la presencia del camión de la empresa de energía y, sin detenerse, dobló por 20 de enero en dirección al centro.

Ajeno a todo, a la misma hora Ricardo se aprestaba a tomar un baño para relajarse y aguardar a que se presentara en su departamento el dueño de la oreja. Despaciosamente se despojó de la ropa e ingresó al baño para ducharse.

El agente Suárez se atuvo a la orden de fotografiar a toda persona joven que ingresara después de las 18.30. Lle-

vaba tomadas cinco fotos cuando captó la figura de Isabel ingresando al edificio.

El timbre sobresaltó a Ricardo, que recién terminaba de vestirse. Miró la hora y pensó que se habían anticipado. Por la mirilla, sin embargo, vio la cara de Isabel. Ahogó una puteada y, sin hacer ruido, se retiró de la puerta dejándose caer en una silla. Decidió esperar a que se cansara y volviera a su casa.

El timbre sonó insistentemente. Cada pulsación repercutía en el estómago de Ricardo, que descontaba minuto a minuto el tiempo que transcurría antes de las 19.

"Esta estúpida Isabel arruinará todo. Si alguien viene le dirá que no hay nadie y habré perdido al dueño de la oreja", pensó. El cuarto timbrazo, unido al ruido del ascensor ascendiendo hacia su piso, lo decidió. Una sobresaltada Isabel vio abrirse la puerta. Sin salir de su sorpresa, obedeció instintivamente al imperativo gesto de Ricardo, ingresando sin demora al departamento.

- Pensé que no estabas-, comenzó a decir…

El ruido del ascensor fue la única respuesta que obtuvo Isabel. Empujándola hacia el baño, Ricardo le hizo señas de que se callara antes de cerrar la puerta y volver para atender el timbre. Eran las 19 en punto.

Dos jóvenes aguardaban con aire desconfiado que la puerta se abriera.

- Usted publicó este aviso-, preguntó sin rodeos el joven.

- Sí-, respondió Ricardo, confirmando en una rápida mirada que ambos tenían sus orejas.

- Bien-, agregó el joven-; queremos ver la oreja. Tenemos poco tiempo-. Sin esperar a que los invitaran, ingresaron

en el departamento cerrando la puerta tras de sí. Advirtiendo que Ricardo estaba nervioso, el joven le tranquilizó:

- Vea-, dijo -: la oreja es de un compañero nuestro. La perdió en una manifestación reciente de la izquierda progresista y tiene mucho interés en recuperarla. Le pagaremos por su molestia si realmente es la que buscamos.

Ricardo ingresó a su dormitorio y volvió con el frasco de formol en sus manos. Ambos jóvenes examinaron la oreja y coincidieron en que era la que buscaban. Agradecieron a Ricardo. Cuando le preguntaron cuánto quería a cambio de la oreja, el timbre sobresaltó a todos.

Ante la sorpresa de Ricardo, el joven extrajo una pistola 45 y, mediante señas, le preguntó dónde podía esconderse. Con la 45 apuntándole, instintivamente señaló hacia el baño. Al abrirse, la puerta dio de lleno contra el rostro de Isabel, que procuraba averiguar que estaba sucediendo en el departamento. Los jóvenes no le dieron tiempo de hablar: la tiraron al suelo y le pusieron la 45 en la cabeza. Isabel no lanzó ni siquiera una exclamación. En medio de la confusión sólo atinó a preocuparse porque estaba acostada sobre el paquete de la rosticería, que contenía la mayonesa de ave con la que pensaba invitar a Ricardo esa noche.

La sorpresa de Giménez no fue menor que la de Ricardo.

- ¿Qué hacés acá?-, dijo Giménez-. ¿No teníamos que encontrarnos dentro de media hora en el bar de la esquina?-, preguntó.

- Bueno, yo... este… balbuceó, aún no repuesto de la serie de insólitos sucesos desencadenados en los últimos quince minutos. “Yo pensaba ir en seguida”, agregó. Pero Giménez ya había ingresado al departamento.

- ¡Esta es la oreja!-, exclamó Giménez, divertido, mirando el frasco sobre la mesa-; así que pensabas adelantarte a mí. Viejo, sos formidable. Hemos tenido la misma ocurrencia. Yo también pensé en llevarte el problema resuelto y, por cualquier cosa, hasta armado he venido. ¿De quién es el departamento? ¿Dónde está el autor del aviso?- dijo sin dejar de hablar un minuto mientras se desplazaba inquieto buscando al autor del aviso.

Ricardo había comenzado a explicarle la situación cuando una voz imperativa ordenó desde afuera: “Abran la puerta, somos policías”.

Ricardo quedó petrificado. Giménez abrió la puerta sin reparar en que tenía en su mano izquierda el arma que acababa de comprar.

Aún inmóvil, Ricardo observó la caída del cuerpo de Giménez y cómo su sonrisa se transformaba en una mueca sangrante como consecuencia de la terrible trompada con que uno de los policías evitó lo que creyó que era una agresión armada. Ricardo tampoco se movió cuando el joven que estaba en el baño disparó contra los dos policías, que alcanzaron a escabullirse en el dormitorio mientras el joven huía por la puerta, que había quedado abierta tras el ingreso de los uniformados. Ricardo alcanzó a tirarse al piso cuando comprendió que había quedado en el fuego cruzado de los policías y el joven en retirada.

Aún no se había repuesto cuando el tiroteo terminó. Una patada lo lanzó contra la misma pared en la que yacía inmóvil Giménez. Uno de los policías revisó sus ropas en busca de armas. El otro sujetó del brazo a Isabel, que salió del baño con la ropa manchada de mayonesa y las manos en la nuca. Abajo se escuchaban disparos, corridas, gritos y sirenas. Giménez comenzó a moverse. Isabel estaba tan asustada que ni siquiera se desmayó.

Tres horas más tarde, la esposa de Giménez trataba de convencer a los policías que allanaban su casa que su esposo no era el "peligroso terrorista" que mostraba la televisión.

Sin importarle sus protestas, los policías desordenaban la casa desechando los escasos libros que, usados en el secundario, constituían, junto a las novelas policiales, la pobre prueba de que Giménez sabía leer.

En la otra punta de la ciudad, la madre de Isabel contemplaba aterrorizada a los diligentes uniformados que revisaban su casa. Poco afecta a la televisión, procuraba indagar los motivos del insólito procedimiento.

Con la cara hinchada, tres dientes menos y una luz incandescente que lo enceguecía, un locuaz Giménez daba minuciosa cuenta de sus movimientos de los últimos cinco meses, defendiéndose de una interminable lista de cargos que lo vinculaban a asaltos, bombas, atentados y todo tipo de depredaciones.

Con un intervalo de cuatro días, Ricardo ingresaba nuevamente a una celda. A diferencia de la anterior, era pequeña y estaba solo. No había sido interrogado. La policía simplemente lo había dejado allí, sin ninguna explicación, luego de la trifulca del departamento. Resignado, maldiciendo la oreja, se acomodó a la espera de que transcurriera la noche. Pensó en Isabel y no pudo reprimir una sonrisa al recordar la cara de pánico con que había recibido la orden de subir al patrullero. Sabía que estaba aterrorizada, pero no podía dejar de sonreír –nerviosamente- al comparar lo que ella había imaginado que sería la noche y en lo que finalmente se había convertido.

Pensó en la pareja que había llegado a su casa y se alegró de que ambos hubieran podido escapar. Le habían caído bien. Recordaba sus rostros: despiertos, inteligentes…

Las fotos reveladas descansaban en el escritorio del jefe de policía, que no ocultaba su disgusto por la fuga de los dos extremistas.

- Inútiles-, repitió por enésima vez-; apresarlos nos hubiera conducido a desbaratar toda la célula. En cambio, tenemos tres boludos presos. ¿Qué diremos mañana a los periodistas cuando nos pregunten sobre la célula terrorista descubierta?

Ninguno de los tres oficiales que, agotados, contemplaban los furiosos desplazamientos del jefe, acertó con una respuesta. Todos pensaban en el ridículo que harían al día siguiente. Era uno más de los tantos procedimientos fallidos cuya reiteración hacía peligrar sus propios cargos, situación de la que eran plenamente conscientes.

El más joven se atrevió por fin a exponer una idea. El jefe dejó de pasearse y, sentado, escuchó atentamente mientras se rascaba la barbilla.

- Puede ser… De todos modos, no quedan muchas salidas. Aceptar nuestro fracaso sería nuestro final-, dijo, interpretando el pensamiento de todos.

El asentimiento del jefe provocó nuevas opiniones y tras una hora de deliberaciones, los tres oficiales se retiraron con cara satisfecha.

En su despacho, el jefe preparaba un parte de prensa. Pidió a su secretario que lo comunicara de inmediato con el jefe del comando del Ejército en la ciudad…

Los diarios de todo el país reservaron grandes titulares en primera página para la noticia. "Gremialista asesinado por organización extremista. Una oreja constituye la prueba que guardaban los asesinos. El cuerpo fue localizado. Había sido quemado y se trabaja en su identificación. La policía supone que se trata de Lucas Demarla, ex jefe de la confederación de trabajadores". Tras los títulos, la información ilustraba con grandes fotos de Ricardo, Isabel y Giménez. Señalaba que tras la desaparición del gremialista, la policía había comenzado a sospechar de las actividades de Ricardo. Había sido seguido y se había comprobado su relación con Isabel y Giménez, que se escudaban tras un falso compañerismo de oficina. En realidad, los tres integraban la célula de una organización mao-castro-neocomunista "de izquierda" tan rígidamente estructurada que, como consecuencia de la pérdida de su contacto, se habían visto obligados a publicar un aviso sobre la oreja en las páginas de "La Expresión", buscando retomar así su contacto con la organización. El jefe explicó que se había colocado una vigilancia especial al departamento y que se constató la presencia de otros dos extremistas, cuya foto se publicaba, que habían logrado huir. El jefe señalaba que, en virtud de las nuevas normas procesales, los detenidos permanecerían incomunicados por espacio de treinta días, lo que facilitaría las investigaciones.

De la conferencia de prensa participaron dirigentes de la confederación de trabajadores, quienes elogiaron la personalidad de Lucas Demarla, señalando los peligros del extremismo que amenazaba al país y la necesidad de que la población colaborara con la policía y los servicios de informaciones.

Un gran "show" televisado fue pasado por las emisoras oficiales con intervalo de dos horas, reflejando la conferencia de prensa –en la que no se permitieron preguntas- y recordando aspectos de la vida de Lucas Demarla, que era

presentado como abanderado del pueblo en la lucha por la pacificación y conciliación nacional. Al mismo tiempo se advertía a la población que un operativo a cargo de la policía, gendarmería, fuerzas armadas y empleados pertenecientes a la administración central, había comenzado con el objeto de detectar a los grupos que integraban la organización y aplastarla definitivamente.

El país era puesto en pie de guerra para terminar con la amenaza subversiva y se había solicitado al Congreso Nacional la prórroga indefinida de la suspensión de las garantías constitucionales.

Se implantaría la pena de muerte para hechos de carácter subversivo y la población debería acatar sin discusiones toda indicación de las fuerzas de seguridad, colaborando así con la erradicación de quienes atentaran contra el sistema humanista y cristiano que existía en el país y contra las normas democráticas.

Se prohibían todo tipo de reuniones y se exhortaba a la población a no efectuar manifestaciones de ningún tipo, aún las que se sabía podían prepararse en apoyo del gobierno, en la seguridad de que éste, a partir de este momento, velaría por los intereses comunes, terminando con el terrorismo.

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

Carta de la ausente



Miguel Hugo Vaca Narvaja (h)

ilustración: Paco Rodríguez Ortega

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

“¿Quién nos dirá de quién, en esta casa,
sin saberlo, nos hemos despedido?”
J.L. Borges, Límites

Comprobó, luego de la segunda lectura, que el ritmo de las frases, construidas con una caligrafía sin sobresaltos, casi indiferente, aún le transmitía un vago contacto con el instante en que la mano de Marisa había escrito las primeras palabras de la carta hasta concluirla con una posdata. Aunque aquí se percibía un ligero desborde en el dibujo de las letras que rompía la cadencia mantenida hasta el acostumbrado “te besa, Marisa”; seguramente habría advertido que no alcanzaría a enviarla esa misma tarde, por eso el repentino apresuramiento. En la posdata le anunciaba su llegada dentro de un día y medio (es decir el viernes), especificando la hora y el tren que tomaría.

Introdujo las dos hojas en el sobre y, mientras entreabría el cajón del escritorio para guardarlo, pensó que, después de un mes de ausencia, Marisa estaría ansiosa por volver al preciso mundo de la casa postergado inesperadamente por el fallecimiento de su madre; le permitiría, además, ir cayendo lentamente en esa aparente omisión del dolor provocada por la distancia.

A pesar del estilo impersonal - la carta narraba exclusivamente las alternativas del velorio, la inhumación y, finalmente, las irritantes gestiones para lograr la venta del enorme caserón familiar-, la elección de los adjetivos utilizados volvió a trasmitirle una sensación de frialdad que traslucía un sentimiento diferente: la compulsiva urgencia por abandonar esa atmósfera opresiva de los recuerdos y la soledad.

Dedicado la mayor parte del tiempo a la lectura o a tallar con su navaja extrañas imágenes de madera, a veces se había olvidado hasta de comer y cuando lo hacía era porque el hambre, excluido por el entusiasmo y el ensimismamiento en algún fragmento memorable o en la perfección extática lograda en el rostro de un tótem, lo precipitaba a la cocina, a cualquier hora para devorar comida en latas que se acumulaban sobre el mármol del mesón.

Su mayor hostilidad a una limpieza sistemática se había centrado en el jardín del fondo y en el patio de mosaicos que lo precedía (Marisa le reprocharía su desidia si encontraba la casa en ese estado). Era necesario restaurar pacientemente los senderos destruidos y apuntalar los troncos de las rosas; construir nuevos canteros y podar dos pinos y una morera. El patio no le ocuparía tanto tiempo, no obstante estar cubierto por un manto gris verdoso de hojas podridas por la lluvia, la humedad y la baba helada de los caracoles.

Calculó que empezando después del almuerzo (ahora volvería a las costumbres normales, en eso Marisa le lleva-

ba ventaja) concluiría hacia el anochecer el desbrozamiento del jardín y el fregado del patio. Y al día siguiente se dedicaría a ordenar y desempolvar el interior de la casa.

Antes de entrar a darse un baño se frotó el barro seco de las manos y encendió un cigarrillo. Mientras caminaba fumando por la nueva simetría de los senderos, débilmente iluminados por la última claridad del crepúsculo, se preguntó si Marisa no sospecharía (ella, que casi siempre adivinaba las cosas) un apresuramiento impecable en la tierra florecida a golpes de azada, en la repentina rigidez de las flores con sus tallos anudados a varillas pintadas de blanco.

La intensidad de los hilos de agua tibia sobre los ojos le impedía abrirlos y sentía el líquido espumoso y agradable deslizándose copiosamente por su cuerpo; progresivamente se anulaba el cansancio inclinado de toda la tarde en el jardín. Con los músculos deliciosamente relajados escuchó cantar una melodía muy vieja aprendida de un disco de Marisa (le preguntaría por ese disco) y, más tarde, el roce de las sábanas en la piel lo fue hundiendo apaciblemente en el sueño. Alcanzó a dibujar imprecisamente la figura de Marisa apoyada en una columna del patio, mirando hacia el jardín, en algún verano.

Durante toda la mañana se prodigó infatigablemente en devolver a cada objeto su anterior ubicación, y a medida que una silla, un espejo o una lámpara perdían la arbitraria permanencia a lo que los había sometido su desgano y salían de un caos insolente que Marisa no habría tolerado, se asombraba con el ejercicio de una memoria desconcertante. Al trasladar una mesa o al disponer caprichosamente los almohadones del diván o cuando de un golpe de vista conjeturaba la distancia exacta entre la pared y un aguamanil enlozado, (por el que ella experimentaba una predilección especial), procedía con la certeza de que cada movimiento realizado impediría que Marisa hallara algo fuera de lugar.

Atareado y eficiente, recién sobre el filo del mediodía espió el cielo por el ventanal abierto de par en par. Presumió que paralelamente al crepúsculo se desataría la lluvia; pero a esa hora Marisa estaría con la cabeza reclinada en sus rodillas, lanzando pausadamente el humo de un cigarrillo rubio, hablando, tal vez con la voz ligeramente ronca por el polvo del camino.

No le resultaba difícil imaginarla al bajar del tren, con el pelo igual que siempre -suelto y descuidado- y los ojos ocultos por los anteojos negros. Seguramente no llevaría abrigo, apenas un vestido liviano, el gris, mostrando los brazos desnudos. La tomaría de la mano y luego de besarse caminarían en silencio hasta la casa, atravesarían la plazoleta abandonada (al verla, Marisa comentaría la curiosa semejanza de algunos troncos con los ídolos que había tallado y le preguntaría por sus últimos trabajos), luego entrarían en la penumbra del zaguán respirando el olor a lluvia y a tinta fresca.

Pensó que al finalizar su almuerzo acudiría nuevamente a la carta para confirmar la exactitud del horario. Mientras aguardaba el silbido de la cafetera anunciando el agua hirviendo, recorrió a grandes pasos las habitaciones aspirando el perfume de la madera lustrada de los pisos, observó brevemente los mosaicos desteñidos del patio y la armonía exhausta del jardín. Frente a la puerta del zaguán recogió el diario del día y tras servirse una taza de café se sentó en un sillón oscilante, al lado del escritorio. Hojeó sin demasiado interés las noticias del exterior y acabó de beber el café. Con la nuca cómodamente apoyada en el respaldo, entrecerró los ojos (se dijo que en unas horas ella estaría en la casa) y se acordó de la carta.

Distraídamente, extendió el brazo izquierdo. Sus dedos reconocieron la superficie resbalosa del escritorio. Tiró levemente de la perilla metálica, hurgó el interior del cajón y extrajo la carta.

Al desplegar las dos hojas alcanzó a ver fugazmente aquella fecha, escrita en el extremo superior del papel, la fecha de la carta enviada seis años atrás, la última carta de Marisa antes del accidente.

Después, leyó en la posdata la hora de llegada del tren.

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

TESTIMONIOS

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

El fallo justo de la sagrada familia

Por Hernán Vaca Narvaja (*)

"Así ha ganado sus laureles el general Benjamín Menéndez, jefe del Tercer Cuerpo de Ejército, antes del 24 de marzo con el asesinato de Marcos Osatinsky, detenido en Córdoba, después con la muerte de Hugo Vaca Narvaja y otros cincuenta prisioneros en variadas aplicaciones de la ley de fuga ejecutadas sin piedad y narradas sin pudor", escribió Rodolfo Walsh a un año del golpe militar del 24 de marzo de 1976, en su célebre Carta Abierta de un escritor a la Junta Militar, calificada por Gabriel García Márquez como "la obra maestra del periodismo universal". En aquella carta, escrita hace casi 34 años, leí por primera vez el nombre de mi padre escrito en letras de molde. Yo era un adolescente que regresaba a un país desconocido luego de haber crecido en México, en el forzoso exilio en el que de-

bió embarcarse el grupo familiar para salvar el pellejo. En menos de seis meses los Vaca Narvaja habíamos padecido la detención de mi padre y el secuestro de mi abuelo.

En una conmovedora parábola familiar, 34 años después de aquellos crímenes, mi hermano Miguel Hugo Vaca Narvaja (n) –que por ser el primogénito heredó el nombre de mi padre y de mi abuelo- acompañó a María Elba Martínez como querellante en el juicio a Videla y otros 30 represores.

Teníamos la sana ilusión de que mi hermano, con la Constitución en la mano, lograra que la Justicia de Córdoba condenara a los asesinos de nuestro padre y nuestro abuelo.

A la investigación de Rodolfo Walsh se fueron sumando testimonios que permitieron reconstruir cómo fue el fusilamiento de mi padre, tan distante de la versión del "intento de fuga" que difundió el comando del Tercer Cuerpo de Ejército y transcribieron los diarios del 13 de agosto de 1976. En el libro de la Conadep-Córdoba leí por primera vez el testimonio de Eduardo De Breuil, único sobreviviente del fusilamiento de mi padre, Higinio Toranzo y de su propio hermano, Gustavo Adolfo De Breuil. Como en Operación Masacre, también aquí había un "fusilado que vive". Pero había aún más: por orden del director de la cárcel, el teniente Osvaldo César Quiroga había firmado un recibo oficial que certificaba el "traslado". El círculo cerró, impecable, perfecto.

Pese a la contundencia de las pruebas, las leyes de Punto final y Obediencia debida de Alfonsín y los indultos de Menem consagraron la impunidad.

El fusilamiento de mi padre siempre fue considerado -salvando los alevosos crímenes de Moukarzel y Bauducco, cometidos a la vista de todos los internos-, el caso con mayor carga probatoria sobre la aplicación de la ley de fuga en Córdoba. Era, además, un crimen emblemático:

haber dejado un sobreviviente para que relatara los fusilamientos fue una muestra brutal de impunidad y prepotencia asesina.

"Cuando el pelotón militar se presentó a retirar a los detenidos, se negaron a entregárselos sin un recibo, pese a que la orden tenía la firma y el sello de (el general Juan Bautista) Sasiaiñ. Ese es el origen del extraordinario documento que se reproduce en esta página y en la portada de esta edición, donde consta de puño y letra de Quiroga el retiro de los detenidos que poco después serían fusilados, en lo que el Comando del Cuerpo III presentó entonces como un intento de fuga al romperse la dirección del vehículo militar", reseñó el periodista Horacio Verbitsky en 1987 en el semanario El Periodista.

Ese "extraordinario documento" no alcanzó sin embargo para que el tribunal integrado por Jaime Díaz Gavier, José María Pérez Villalobos y Carlos Lascano condenara a Quiroga. Tampoco el testimonio del sobreviviente de la matanza, que siempre repitió la misma historia, incluyendo la presencia del oficial Francisco Pablo D´Aloia en la escena del crimen.

Quiroga y D´Aloia estuvieron en el banquillo de los acusados durante los seis meses de audiencias. Ninguno se arrepintió de nada. Se autoproclamaron héroes Malvinas y descalificaron a los testigos, en sintonía con la estrategia del resto de los represores.

El fiscal Maximiliano Hairabedián pidió prisión perpetua para Quiroga, aunque solicitó –conmovido por sus lágrimas- la absolución de D´Aloia.

Al absolver a los militares Quiroga y D´Aloia, el Tribunal Oral Federal Nº 2 de Córdoba deja impune el caso más emblemático de la UP 1: el único fusilamiento que tuvo un sobreviviente; el único "traslado" que quedó documentado. Para decirlo con todas las letras: la absolución es una aberración jurídica, que esperamos sea corregida en la instancia de apelación correspondiente.

Pero más allá de los vericuetos judiciales, la pregunta que me quita el sueño es porqué el tribunal dejó absueltos a los acusados de haber asesinado a mi padre y aplicó severas condenas, aún con menos pruebas, en los otros casos examinados

¿Será posible que mi padre haya sido, 34 años después de fusilado, el chivo expiatorio que le permitió equilibrar la balanza a una Justicia que –quedó probado en este proceso- ha sido siempre complaciente con el poder de turno?

Esperaba, al igual que el resto de mi familia, una condena categórica para el hombre que se llevó a mi padre rumbo a la muerte.

Comparto la lucha de los organismos de derechos humanos y celebro las duras condenas impartidas a Videla, Menéndez, Yanicelli y demás represores. Pero no puedo sumarme al coro que aplaude por estos días una condena políticamente correcta dictada por la sagrada familia judicial de Córdoba. Porque detrás de esa condena ejemplar se esconde una gran injusticia.

(*) Nota publicada en el diario La Voz del Interior,
el 12 de enero de 2011.

Sus pequeños héroes

Por Hernán Vaca Narvaja (*)

Dejó las cartas en dos sobres cerrados, que guardó en el cajón de su escritorio antiguo, en su estudio jurídico, que compartía con su primogénito, Miguel Hugo Vaca Narvaja (h), hasta que fue detenido por orden de la presidenta María Estela Martínez de Perón y encarcelado en la Unidad Penitenciaria Nº1 de Córdoba. Golpeaba el teclado con el pulso firme, decidido, intuyendo que esas cartas serían su último legado, su prematuro testamento: "En las actuales circunstancias dolorosas, consecuencia de hechos mediatos e inmediatos, derivados del fanatismo, la intolerancia y la incomprensión y agravados por un sectarismo cada vez más agudizado, no resulta improbable que pueda ser yo una víctima que sume su nombre a una lista no cerrada todavía".

Era diciembre de 1975 y Córdoba era gobernada por los sucesores del Navarrazo, el golpe policial -avalado por el presidente Juan Domingo Perón- que había derrocado al gobierno popular de Ricardo Obregón Cano, del que su hijo Miguel Hugo (h) había sido procurador general del Tesoro de la Provincia.

Político de raza, Miguel Hugo Vaca Narvaja sabía que algo "gordo" se estaba cocinando en el país y seguramente había sido amenazado. Como ex ministro del Interior del presidente Arturo Frondizi (derrocado por otro golpe palaciego) y hombre respetado por su larga trayectoria política en Córdoba (había sido presidente del Banco de Córdoba y ministro del gobernador Arturo Zanichelli), Vaca Narvaja tenía acceso a información privilegiada. Esa información y la presentación de un hábeas corpus en la Justicia Federal le habían permitido evitar que su hijo integrara para siempre la triste nómina de desaparecidos. Sus afiebradas gestiones lograron que la Policía de Córdoba reconociera que tenía en sus manos a Miguel Hugo Vaca Narvaja (h), que tras ser torturado en el temible Departamento de Informaciones (el tristemente célebre D2) tuvo que ser "blanqueado" por sus captores, puesto a disposición del Poder Ejecutivo Nacional y trasladado a la vieja cárcel de barrio San Martín.

Vaca Narvaja (h) había sido detenido el 20 de noviembre de 1975, al salir de los tribunales federales. Pese a que no tenía ninguna causa abierta en su contra, su padre no lograba sacarlo de prisión. En cambio, era presionado por los militares para condenar la militancia política de otro de sus hijos -Fernando Vaca Narvaja, miembro de la conducción de Montoneros- y recibía amenazas de muerte. Había pasado un mes de la detención de su hijo cuando decidió escribir esas cartas. Sentía que iban a matarlo. "Para ese supuesto - que no lo deseo ni quiero-, quiero dejarles escritas estas pocas líneas destinadas a poner templanza, entereza y resignación a fin de evitar reacciones inmediatas e

incontroladas por parte de todos ustedes, hijos de sangre y del afecto, pero integrantes de una familia sólidamente nucleada en torno a sus padres, sobre la base de principios morales arraigados con hondura en todos ustedes desde que empezaron a formarse en su niñez".

En otra carta, escrita el mismo día, "aprovechando este momento de soledad y confidencia", le anticipó a su esposa Susana Yofre que se encontraba "frente a un hecho que pudiese provocar mi desaparición definitiva, por causas ajenas a mi deseo y voluntad".

Resignado a aceptar su destino, Vaca Narvaja le pidió "a su gorda" y "a sus hijos" -tal cual rubricó los sobres cerrados que dejó como sencillo pero vital testamento- que no reaccionaran con violencia ante la violencia, que no buscaran vengar su muerte poniendo en riesgo sus propios núcleos familiares, que "refrenen sus sentimientos, mantengan la serenidad, no imputen responsabilidades ni menos se entreguen a pensamientos de represalia".

A su esposa se lo escribió sin eufemismos: "Que mi muerte sirva para algo en el tiempo, pero que jamás se convierta en factor de represalia para otros ni en causa de mayores desgracias para los núcleos familiares que han sabido formar". Tres meses después, el 10 de marzo de 1976, una patota militar irrumpió en su vivienda de Villa Warcalde y se lo llevó, en pijama, en el baúl de un Ford Falcon verde. Nunca más se supo de él. "Piensen, fundamentalmente, en la doble responsabilidad que tienen y que les exijo en estas líneas que hagan efectiva: primero, con respecto a su propio grupo familiar, mis hijas y nietos, a quienes se deben y por quienes tienen que vivir; segundo, con este país y su pueblo, en franco tren de desintegración por la lamentable ausencia del equilibrio moral de quienes tienen los medios y la responsabilidad de ahondar en los problemas que generan actos de violencia, quitándose las anteojeras que les dificulta a muchos ver la realidad a través de la indigencia

moral y material en que transcurre esa vida sin horizontes de nuestro pueblo. Asumir esa doble tarea, con la mente fría y el corazón aquietado", le pidió a sus hijos. Tenía 60 años.

Condenado a muerte

Miguel Hugo Vaca Narvaja (h) se enteró de la desaparición de su padre en la UP1. Preso sin causa, estaba gestionando un salvoconducto a Francia, para cambiar la prisión por el exilio, según la normativa aprobada por la viuda de Perón, a cargo del gobierno desde la muerte del líder. Soñaba con el reencuentro con su familia, con sus hijos, a quienes les había confeccionado -tal vez, todavía, sin saberlo- lo que sería su último legado: una caja de pesca de madera para Miguel Hugo (n), una guitarrita para Hernán y una cartera de cuero para Carolina. Todo tallado con sus propias manos, en la cárcel, apelando a su ilimitada paciencia y a la sapiencia de sus compañeros de celda.

Cuando se enteró de la desaparición de su padre, temió por la vida del resto de su familia. Le imploró a su hermano Gustavo que los sacara del país, que los salvara de la muerte. Sabía que, antes de secuestrar a su padre, la patota había pasado por su propia casa, tal vez para llevarse a su mujer y sus hijos, que estaban escondidos en la casa de un familiar. "Esto se va a poner feo. Yo ya estoy jugado, pero ustedes pueden salvarse. Debemos evitar más entierros", le dijo a Gustavo, que nunca más volvería a verlo.

Después del golpe, la cárcel se convirtió en un campo de concentración y los presos quedaron totalmente incomunicados. Pero se dieron maña para informarse. Miguel Hugo (h) sintió un gran alivio cuando supo que Gustavo había cumplido su promesa y su familia estaba a salvo en México. Unos días antes de que lo mataran le dijo a Enrique Asbert, su compañero de celda, que si sobrevivía les dijera a sus hijos que él hubiera querido subir al tren que los pondría a salvo del infierno. No lo dejaron.

"El caso de Vaca Narvaja es paradigmático: se presentaron tres habeas corpus, el primero por él mismo (estaban persiguiéndolo por su intervención en el caso Siriani, un preso que fue salvajemente torturado en el D2); el segundo lo presentó su padre cuando ya lo habían detenido; el tercero lo presentaron los abogados Carlos Altamira y Rafael Vaggione. Intervinieron tres jueces federales: Vázquez Cuestas, Puga y Zamboni Ledesma. Todos rechazaron los habeas corpus. A Vaca Narvaja lo secuestraron en las escalinatas de los tribunales federales y lo terminaron matando. Estaba a disposición del PEN", relató Gonella. Carlos Altamira, primo de Miguel Hugo (h), está desaparecido.

Los testimonios escuchados a lo largo del proceso indican que, al igual que su padre, Vaca Narvaja (h) tenía la certeza de que lo iban a matar. Se lo dijeron los propios militares en uno de los traslados previos a su fusilamiento, cuando lo llevaron al campo de concentración La Ribera: "Ustedes son los próximos". Se lo había dicho antes el general Juan Bautista Sasiaiñ, aunque en forma más genérica: "Todos ustedes van a morir como ratas". Se lo anticipó el teniente Osvaldo César Quiroga el mismo día que lo retiró de la cárcel junto a Toranzo y los hermanos De Breuil para fusilarlos: "Mal día para ustedes". Momentos antes, Vaca Narvaja (h) tuvo la valentía de defender a su padre de las acusaciones de sus victimarios.

- Tu padre fue un ladrón y corrupto. Ahora te vas a juntar con él-, le dijo uno de sus verdugos.

- Mi padre siempre tuvo una conducta prístina, honesta-, le contestó Vaca Narvaja. ¿Fueron sus últimas palabras? Nunca lo sabremos. Sus asesinos ni siquiera tuvieron la dignidad de admitir su crimen. Tampoco de decir, a tres décadas y media de los hechos y con varias condenas sobre sus espaldas, dónde están los cuerpos de los desaparecidos. Dónde están los huesos de Miguel Hugo Vaca Narvaja.

El alegato

Miguel Hugo Vaca Narvaja (n) creció en México, a salvo del terrorismo de Estado, sobrellevando la ausencia de su padre junto a su madre Raquel Altamira y sus hermanos Hernán y Carolina. Gustavo cumplió con creces el pedido de su hermano Miguel Hugo (h): se puso al frente de un increíble operativo de salvataje que logró poner a salvo a 26 miembros de la familia Vaca Narvaja, que invadieron literalmente el Consulado de México en Buenos Aires y lograron el asilo político en aquel país, salvando así sus vidas. Gustavo fue como un padre para los hijos de Miguel Hugo (h) y rescató la historia del increíble periplo familiar, compilada en un libro que entregó en persona a cada uno de los miembros de la familia: "Cuando lo encuentren..., Díganle" (Narvaja Editor, 2005). Allí está contada la vida de los tres Hugos. El último, el único que sobrevivió, rompió la tradición: su hijo no se llama Miguel Hugo, sino Emiliano, en homenaje a Emiliano Zapata, el mítico caudillo que ofrendó su vida por la revolución mexicana.

Miguel Hugo Vaca Narvaja (n) fue uno de los abogados querellantes en el histórico juicio a Videla, Menéndez y una treintena de imputados por los crímenes cometidos en la UP1 durante la dictadura militar. Le tocó representar, junto a María Elba Martínez, a 13 víctimas y a Luis Urquiza, el policía que denunció a sus compañeros torturadores de la D2. Juntos descorrieron el velo de la complicidad civil -eclesiástica, judicial, política y económica- que apañó la matanza de 31 presos indefensos en la vieja cárcel de barrio San Martín.

Su alegato trazó una parábola histórica conmovedora: desde la aplicación de la "ley de fuga" a los pueblos originarios hasta el recuerdo de la "zanja de Alsina" en los tiempos de la campaña del desierto, Vaca Narvaja enmarcó el contexto político e ideológico del terrorismo de Estado: "La "guerra" de Videla, Menéndez y compañía fue lisa y

llanamente un exterminio, un genocidio llevado adelante contra un sector político claramente determinado que no tuvo posibilidad alguna de defensa".

También caracterizó a las víctimas de la UP1: "Se trataba de personas verdaderamente peligrosas para el sistema instaurado en aquél entonces. Opositores acérrimos al régimen, no sólo por lo que pensaban, sino por lo que hacían. Eran "articuladores sociales". Muchos de los que sobrevivieron integran en la actualidad gobiernos provinciales, cátedras universitarias, asesorías legislativas, secretarías sindicales, direcciones escolares y el gobierno nacional. Su formación intelectual y política ha quedado expuesta en la audiencia, y fue reconocida durante su detención por los propios guardia cárceles".

"La dignidad, la integridad y el valor con que afrontaron las situaciones extremas a las que fueron sometidos produce admiración y contrasta de manera evidente con la cobardía que no abandona a los victimarios, que hasta hoy ocultan el paradero de los desaparecidos", agregó mirando fijamente a Videla y el resto de los imputados, que ante el silencio sepulcral que se instaló en la sala de debate, sólo atinaron a mirar, cabizbajos, hacia el piso.

Miguel Hugo Vaca Narvaja solía contarles historias a sus nietos en el amplio patio de su casa de Villa Warcalde, luego del asado familiar de los domingos. Sus cuentos, improvisados, tenían una particularidad y tal vez por eso eran tan atrapantes: sus nietos éramos los protagonistas, los pequeños héroes de historias épicas en las que nos sumergía la cadencia de sus palabras. El pequeño Miguel Hugo (n), en representación de todos nosotros, cumplió la misión más difícil de todas: 34 años después, logró que se hiciera justicia y se condenara a los asesinos de su padre.

(*) Texto publicado en la revista El Sur de diciembre de 2010

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

En el nombre del padre

Por Marta Platía (*)

Miguel Hugo Vaca Narvaja tiene 44 años, casi un metro noventa de estatura, el porte de un espadachín de novela de caballería, y una historia familiar atravesada por los años más duros de la historia argentina.

Cuando apenas había cumplido nueve, su abuelo y su padre, de quienes lleva idéntico nombre por ser el primogénito, fueron secuestrados, torturados y asesinados por el terrorismo de Estado de la última dictadura militar.

Junto con otros veinticinco miembros de su familia, encabezados por la abuela-matriarca Susana Yofre, el pequeño Hugo supo temprano lo que significaba "pasar a la clandestinidad", huir en medio de la noche "porque era una cuestión de vida o muerte", y pedir asilo en México: donde vivió hasta el regreso, "el mismísimo día de octubre en que Raúl Ricardo Alfonsín ganó la presidencia".

El año pasado, y en una estremecedora parábola del destino en el que tal vez, como escribió Jorge Luis Borges, el rigor ya había tejido la madeja, Hugo Vaca Narvaja defendió como abogado la causa de su padre fusilado en el juicio que se les llevó en Córdoba al ex dictador Jorge Rafael Videla, Luciano Benjamín Menéndez y otros 29 represores acusados por delitos de lesa humanidad.

"Nunca imaginé que algún día iba a estar sentado frente a un tribunal representando a mi padre y a otros 14 asesinados en la misma cárcel en la que él estuvo (la llamada Unidad Penitenciaria 1, UP1, en el barrio San Martín de Córdoba). Fue de ésas vueltas de la vida que no te esperás. Pasó que María Elba Martínez, una de las abogadas decanas de éstas causas en Córdoba, me pidió ayuda. Soy abogado y ahí estuve. Ella es una Quijote y yo fui su orgulloso Sancho Panza", dice de un tirón.

Vaca Narvaja habla rápido, pero con voz suave y firme. Mientras desgrana un relato de ésos donde el nosotros supera al yo, sus enormes manos parecen fagocitarse cada uno de los pocillos de café que se bebe en dos sorbos. Y cuenta que quien lo conoce sabe de la paradoja: que él nunca quiso ser abogado.

-*¿Cómo es eso?*

-Quería ser biólogo marino como Jacques Cousteau. Bucear en los mares del sur o en el Caribe. Pero –bromea– la vida me puso otros especímenes para investigar… ¿Sabés? Mi madre siempre me cuenta que mi vocación de abogado nació por la negativa. Que cuando aquél 23, 24 de marzo invadimos como familia el Consulado mexicano, los militares y la policía rodearon el edificio armados hasta los dientes. Éramos veintiséis en total. Como nuestros mayores tenían miedo de que dispararan, a los trece chicos nos protegieron debajo de una mesa. Ella dice que ahí tuve un ataque de nervios. Que gritaba y pataleaba: no voy a ser abogado, no voy a ser abogado. Parece que relacionaba la profesión de mi padre con lo que nos pasaba.

Lo que les pasaba: su papá, Miguel Hugo Vaca Narvaja, de 35 años, apoderado del Peronismo Auténtico y defensor de presos políticos, había sido secuestrado por una patota a plena luz del día en las escalinatas de los tribunales cordobeses el 20 de noviembre de 1975. Lo torturaron en las mazmorras del Cabildo histórico de Córdoba, la "D-2", y una semana después su destino fue la UP1 donde, por su apellido (era hermano de Fernando Vaca Narvaja, uno de los jefes de Montoneros), lo sometieron a sesiones extras de tormentos. Lo llevaron al muere el 12 de agosto de 1976 junto con otros tres compañeros: Higinio Toranzo, Gustavo de Breuil y el sobreviviente Eduardo Alfredo de Breuil, a quien los militares dejaron vivo para que volviera y contara a los demás detenidos "lo que les esperaba a todos".

Pero meses antes del fusilamiento, y cuando la familia aún no se reponía de la detención de "Huguito" –como le llamaban al joven abogado que había sido Procurador del Tesoro del gobierno Ricardo Obregón Cano– el zarpazo se repitió aún más feroz: en la madrugada del 10 de marzo de 1976, un comando militar entró reventando puertas y ventanas en la casona del abuelo, Hugo Vaca Narvaja, en Villa Warcalde.

El hombre había sido ministro de gobierno de Arturo Frondizi, y dos veces presidente del Banco de Córdoba. Sabía que algo podría sucederle y, previéndolo, le dejó una carta a la esposa: "Deberás poner freno a tu propia reacción, entregar tu dolor como un tributo a la pacificación general, templar los sentimientos. Que mi muerte sirva para algo en el tiempo, pero que jamás se convierta en factor de represalia". (1)

Se cree hasta hoy, que fue su cabeza la que arrojaron, envuelta en una bolsa de nylon, en las vías del ferrocarril Belgrano de la capital cordobesa.

Susana Yofre, su esposa y madre de sus 12 hijos, tomó una única decisión por todos: "Esto es cosa de vida o muer-

te, nos vamos", les dijo a sus nueras y al resto de la prole. "Tuntuna", como la bautizó su primer nieto, jamás pudo despedirse de quien fuera su hombre durante 36 años, y tuvo además que superar el desgarro que le significó dejar a su hijo Hugo aún preso en la UP1.

-¿Cómo se enteraron de la muerte de tu padre?

-La Tuntu y mi madre –Raquel Altamira– nos reunieron en un cuarto del hotel "San Diego" donde el gobierno mexicano nos había asilado hasta que consiguiéramos dónde vivir. Alguien las había llamado por teléfono desde Córdoba al día siguiente del fusilamiento. Habían leído (el diario) *La Voz del Interior*, donde los militares publicaban los supuestos enfrentamientos en los que mataban a los presos. Decían que mi padre había intentando fugarse (en juicio, el testigo sobreviviente relató que a todos los llevaron atados de pies y manos, y que los fusilaron tabicados y maniatados). Cuando nos dijeron que lo habían asesinado, no dije nada y me fui del cuarto. Es mi madre la que me recuerda lo que pasó después porque yo lo tengo borrado: dice que no lloré, pero que tampoco hablé con nadie durante varias horas.

Hugo tiene dos hermanos: Hernán, periodista, y Carolina, artista plástica. "A mí me tocó defender la causa de mi padre en juicio porque de los tres soy el que siguió Derecho. Pero Hernán y Carolina lo hacen cada día desde sus propias trincheras" arguye, serio, este hombre que siempre asistió al juicio acompañado por su padrino Gustavo: uno de los once hermanos de su padre, entre los que también se cuenta la actual embajadora en México, Patricia Vaca Narvaja.

Jueves 24 de noviembre de 2010. Treinta y cuatro años después de aquél pataleo debajo de la mesa del consulado mexicano, Hugo Vaca Narvaja pareció alcanzar uno de los picos de su vida: esgrimió, como abogado querellante, su alegato final contra Jorge Rafael Videla, Luciano Benjamín Menéndez y una veintena de asesinos.

Repasó la historia del Ejército argentino desde lo que se llamó la Conquista del Desierto; la represión a las huelgas obreras de la Patagonia; hasta llegar al de la última dictadura: ese ejército golpista tan afecto al terror –"esas bandas que salían disfrazadas de noche", según lo describió el propio Alejandro Agustín Lanusse en el Juicio a las Juntas de 1985–, y tan lejano a los de San Martín, Belgrano o Güemes.

La fuerza de su texto fue tal, que a la salida de la sala familiares, amigos y el público de la audiencia coreó su nombre como si estuviera en un estadio.

Fue entonces cuando los casi dos metros de "Huguiiiito", como le cantaban, por fin se deshicieron en llanto. Su esposa y el mayor de sus tres hijos, asomaban emocionados entre el enjambre de abrazos. Era imposible escapar a la sensación de que algo en la historia de este hombre y de su familia, acababa de cerrarse en un perfecto, restallante círculo de justicia.

A su turno, y en sus últimas palabras antes de que el 22 de diciembre lo condenaran a prisión perpetua en cárcel común por delitos de lesa Humanidad, el propio Videla se quejó. Dijo que "el alegato del doctor Vaca Narvaja, fue de un peligroso revisionismo histórico".

-*¿Qué significación tuvieron esos dos días?*

-La jornada del alegato tuvo una gran carga simbólica. Porque como hijos, como personas, a pesar de todo lo que nos hicieron no pudieron arruinarnos la vida. Nuestros mayores no nos criaron en el odio, así que pudimos desarrollar carreras universitarias y formar nuestras familias. Sentí también mucho agradecimiento hacia Néstor Kirchner, porque gracias a él hubo un giro copernicano en todo este tema desde 2003 y por eso, y por la acción del juez español Baltazar Garzón, que nos visitó durante el juicio, estábamos ahí. En cuanto a lo que dijo Videla, para mí fue como recibir un Oscar. Que él critique mi alegato, quiere decir que lo que escribí tuvo la dirección correcta.

-Sin embargo, el fin del juicio no fue todo lo satisfactorio que esperabas.

-No. En realidad fue un golpe terrible. Los tres principales acusados por el asesinato de mi padre, Higinio Toranzo y Gustavo de Breuil quedaron absueltos y, a mi entender, impunes: (Osvaldo César) Quiroga, Víctor Pino Cano y (Pablo) D´Aloia. En el caso de éste último lo esperábamos, ya que el fiscal había pedido su absolución. Pero no la de Quiroga. El Tribunal arguyó que este militar no pudo ser tan tonto como para firmar un documento en el cual quedaba asentado que él los trasladaba hacia la muerte. Incluso llegaron a decir, en los fundamentos del fallo, que tal vez no sabía que los iban a matar. Y eso no es cierto. Todos en la UP1 sabían qué pasaría con ellos. Mi padre llegó a decirle a (Enrique) Asbert (actual legislador provincial): "Turco, velame en vida porque soy boleta". Antes de que se lo llevaran, dejó a los compañeros su campera: un bien muy preciado dentro de la cárcel para protegerse del frío y de las golpizas. Y hasta escribió cartas para mi madre y nosotros. ¿Cómo se puede decir entonces que Quiroga no sabía que los trasladaba hacia la muerte y que no hubiera sido tan tonto como para auto incriminarse?

La respuesta le surge, como a otros observadores del juicio, en una sola palabra: impunidad.

"Ellos pensaban que eran intocables – dijo a Viva Sonia Torres, presidente de Abuelas de Plaza de Mayo de Córdoba–. Nunca pensaron que los juzgarían. Nunca se privaron de la burocracia de anotar todo. En los campos clandestinos de tortura llevaban prolijos apuntes de lo que hacían".

De allí que Vaca Narvaja, María Elba Martínez y los dos fiscales del juicio, Maximiliano Hairabedián y Carlos Gonella, coincidieron en apelar ante la Cámara Nacional de Casación Penal ésa parte de la sentencia del Tribunal Oral Federal Nº 1, que presidió el juez Jaime Díaz Gavier.

En sus escritos, todos señalan que "por lo menos a Quiroga debieron darle prisión perpetua por el delito de participación necesaria". Hairabedián le apuntó a la paradoja de que "la firma, que para uno fue garantía de inocencia, para otros fue sinónimo de culpabilidad", por lo que los jueces incurrieron "en una seria contradicción".

Vaca Narvaja, implacable, va aún más allá: "Yo creo que en el caso de Quiroga hubo un desvío intencional del Tribunal para beneficiarlo. ¿Por qué? Habrá que investigar. Pero también pienso que en cierta forma, se concentró toda la responsabilidad en Videla y Menéndez y se elude la complicidad que tuvieron sectores de la propia Justicia, la Iglesia, empresarios y políticos. Falta tanto por hacer…", suspira.

Heredero de una historia personal atravesada por la del país, el último de la estirpe en llamarse Miguel Hugo –"mi primogénito lleva otro nombre, con mi esposa no quisimos imponerle un condicionamiento"–, Vaca Narvaja sigue peleando cada uno de sus días en el nombre del padre. Su cotidianidad se lo recuerda. Por otra ¿coincidencia? de un destino que parece hecho de espejos (otra vez Borges), trabaja en la Procuración del Tesoro de la Provincia como alguna vez lo hizo su progenitor.

-¿No es demasiada carga? Es como si la senda ya hubiese sido trazada…

-Es lo que me toca y lo asumo. Aunque sí –sonríe como para descomprimir o feliz de que la entrevista termine–, hubiera sido más placentero ser Jacques Cousteau. Pero nací en la Argentina y aquí la aventura es tratar de ver debajo del barro.



Miguel Hugo Vaca Narvaja (h) junto a su hijo homónimo en la pequeña pileta de la casa paterna de Villa Warcalde, Córdoba.

(*) Nota publicada en la revista Viva, suplemento dominical del diario Clarín, el domingo 8 de mayo de 2011.

(1) Texto citado en la revista El Sur, abril de 2011, por el periodista Hernán Vaca Narvaja a propósito de la muerte de su abuela, Susana Yofre de Vaca Narvaja, a los 94 años de edad.

Esa mujer

Por Hernán Vaca Narvaja

Susana Yofre de Vaca Narvaja murió el 16 de marzo de 2011. Su muerte fue un golpe que no por previsible -tenía 94 años- se torna menos doloroso. Es que, inconscientemente, algunos pensábamos que la Tuntu, como le decíamos, sería eterna, que siempre estaría ahí, en su departamento céntrico de Córdoba, esperándonos para compartir un almuerzo y charlar sobre nuestras vidas y sus recuerdos. Su figura siempre vital, su asombrosa lucidez y su sentido práctico fueron para nosotros una verdadera escuela para enfrentar la vida.

La Tuntu era de esas personas que, sin pretenderlo, estaba destinada a convertirse en un ejemplo de vida. Acompañó a su marido, Miguel Hugo Vaca Narvaja, como esposa y madre, en su apasionante carrera política. Tuvieron 12 hijos. Los primeros nacieron en alguna clínica del centro de la ciudad; el resto vio la luz en el dormitorio de aquella

parturienta experta que apenas si requería la ayuda de un obstetra y una partera. Cuando el llanto del recién nacido se incorporaba a los sonidos de la vieja casona de Villa Warcalde, su esposo anunciaba al resto de la prole que la cigüeña había hecho, otra vez, su estelar aparición.

Alentados por la afición a la lectura y la fuerte pulsión política de su esposo, varios de sus hijos eligieron el camino de la militancia política. Susana vio crecer a sus 12 hijos mientras su marido participaba en los gobiernos radicales de Arturo Zanichelli -fue secretario de Hacienda y dos veces presidente del Banco de Córdoba- y Arturo Frondizi, de quien fue su último ministro del Interior. Se afligió como madre cuando su hijo Fernando fue encarcelado y respiró aliviada cuando logró fugar de la cárcel de Trelew junto a otros líderes guerrilleros de aquella época. Lloró de impotencia la muerte de su nuera Susana Lesgart, fusilada junto al resto de los presos que no lograron alcanzar el avión que los conduciría al exilio.

Tiempos violentos

Susana vivió tiempos violentos, convulsionados, difíciles. La madrugada del 10 de marzo de 1976, una patota militar irrumpió en su casa y se llevó para siempre a su marido, al que vio por última vez cuando sus captores lo subieron de mala manera al baúl de uno de los tres Ford Falcon que participaron del "operativo".

Llevaban 36 años juntos y apenas pudieron despedirse. "Sólo Dios sabe cuál ha sido mi agradecimiento cotidiano por la felicidad que me has dado", le había escrito su esposo. Amenazado de muerte, era plenamente consciente de que podían secuestrarlo en cualquier momento. "Por ello, frente a un hecho que pudiese provocar mi desaparición definitiva, por causas ajenas a mi deseo y voluntad, recurro a ti como en tantas circunstancias de la vida para requerirte una prueba más de tu entereza moral", escribió en la que

sería su última carta, fechada en diciembre de 1975, en la soledad de su estudio jurídico.

"Deberás poner freno a tu propia reacción, entregar tu dolor como un tributo a la pacificación general, templar los sentimientos. Que mi muerte sirva para algo en el tiempo, pero que jamás se convierta en factor de represalia para otros ni en causa de mayores desgracias para los núcleos familiares que han sabido formar", agregó.

Susana entendió el mensaje. Se puso al frente de la fuga familiar para evitar lo que parecía una muerte segura. El 23 de marzo de 1976, encabezó la "invasión" a la embajada de México en Argentina. Fuimos llegando separados por grupo familiar, hasta que entramos todos. Entonces plantó bandera y pidió asilo político. Así fue como los 26 miembros de la familia Vaca Narvaja encabezados por la Tuntu nos acomodamos como pudimos en el altillo de una vieja casona residencial de estilo francés en la que vivía el embajador de México, que al otro día amaneció rodeada de soldados.

La dignidad con que la Tuntu superó el secuestro de su marido en marzo de 1976 y la entereza con que se sobrepuso al fusilamiento de su hijo mayor el 12 de agosto de ese mismo año es sorprendente. Nunca tuvo un gesto de odio ni venganza hacia los asesinos de sus seres queridos. Pero tampoco olvidó. "Videla, Massera y Agosti", nos repetía cuando éramos niños y tuvimos la dicha de convivir con ella en un departamento de la ciudad de México. No pedía que hiciéramos nada, sólo que no olvidáramos.

Tuntu era alegre, coqueta, divertida, ocurrente, imperativa. Tocaba el piano "de oído", cantaba, jugaba a las cartas. Tenía algunos tics que ya son parte del folklore familiar: exigir que uno se lavara las manos apenas cruzaba el umbral de la casa o se aprestaba a sentarse a la mesa; o someterlo a un riguroso examen visual para saber si uno estaba buen mozo, más gordo o mal afeitado; compartir

los álbumes de fotos que se apilaban en la mesa ratona del comedor; o aceptar los billetes que introducía disimulada pero enérgicamente en nuestra mano para "ir a la peluquería" si el pelo estaba un poco largo o desaliñado.

Sin justicia

Jefa natural de una familia golpeada por el drama del terrorismo de Estado, Susana tuvo que reinventarse a sí misma. De ser una mujer de la alta sociedad cordobesa educada para criar a sus hijos, jugar a las cartas y concurrir a misa todos los domingos, tuvo que presentarse ante el Alto Comisionado de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) a denunciar la desaparición de su esposo y advertir sobre la suerte que finalmente correría su hijo, preso desde noviembre de 1975 en la cárcel de barrio San Martín, en Córdoba, y fusilado junto a otros dos prisioneros el 12 de agosto de 1976.

El año pasado, la absolución de los militares Osvaldo Quiroga, Víctor Pino Cano y Pablo D´Aloia -responsables del "traslado" en el que fusilaron a su hijo Miguel Hugo- por parte del Tribunal Federal Oral Nº 1 de Córdoba (TOF1) fue un golpe inesperado y brutal. Ella escuchó la sentencia en cama, porque su salud ya había comenzado a resquebrajarse. Cuando volvimos de Tribunales, intentando en vano ocultar nuestra desazón y sin saber cómo darle la triste noticia, ella nos recibió con la misma entereza de siempre. Esa entereza que la hizo llegar hasta la Corte Suprema de Justicia de la Nación para reclamar una indemnización por los años en que debió abandonar el país, logrando un pronunciamiento histórico en el que el máximo tribunal de la nación dejó sentado que el exilio fue la única manera de preservar la vida de un grupo familiar que había sido condenado a muerte por los genocidas.

Madre de doce hijos, Susana perdió a los dos mayores. Al varón, Miguel Hugo, "se lo arrancaron los militares",

como ella solía decir, cuando lo fusilaron cobardemente. "Susanita", su primera hija, adhirió al régimen militar al que tanto admiraba su esposo Jorge Martínez Gavier y renunció a su pertenencia familiar cuando su madre y sus hermanos debieron exiliarse en México. Sólo volvió a verla cuando la Tuntu estaba ya en su lecho de muerte, en un gesto que pareció más destinado a lavar sus propias culpas que a reencontrarse con una madre a la que negó en vida, provocándole un dolor tal vez mayor que el de las pérdidas irreparables de su marido y su hijo.

La muerte de la Tuntu deja un vacío que será imposible de llenar para sus diez hijos que la adoraban, los 39 nietos que siempre la tuvimos como un referente familiar ineludible y los 42 bisnietos que disfrutaron con sus ocurrencias y su buen humor. Nunca dejó de asombrarme su lucidez y el conocimiento que tenía sobre cada uno de nosotros.

En mi caso, cada vez que leía la revista El Sur, publicaba un artículo periodístico en otro medio o aparecía en televisión, llamaba a mi casa para expresarme su orgullo. Su último llamado fue cuando publiqué en *La Voz del Interior* una nota titulada "El fallo justo de la sagrada familia", donde repudiaba la canallesca absolución del TOF1 a quienes participaron del fusilamiento de mi padre. Estaba tan orgullosa que me hizo llorar.

Cuando la estábamos velando me enteré de que su última voluntad fue que la cremaran y mezclaran sus cenizas con los restos de mi padre. A su esposo nunca pudo encontrarlo entre los miles de desaparecidos que dejó la dictadura militar. Tal vez ya no lo buscaba y haya decidido confiar en sus últimas palabras: "Mi Gorda, sabes bien que nuestra ausencia es meramente física y que algún día nos encontraremos para reanudar una felicidad que en este doloroso hecho marca simplemente una pausa".

Así sea.

(*) Nota publicada en la revista El Sur de abril de 2011.



Susana Yofre de Vaca Narvaja, "Tuntuna", en una foto de juventud. Se exilió junto a su familia y denunció ante la ONU la desaparición de su esposo y el asesinato de su hijo.

Cartas

En diciembre de 1975, cuando su hijo ya estaba preso, Miguel Hugo Vaca Narvaja escribió dos cartas mecanografiadas, que firmó y dejó en dos sobres cerrados: uno dedicado a su esposa Susana y otro a nombre de sus hijos. Las cartas permanecieron en el cajón del escritorio de su estudio jurídico hasta que la familia pudo recuperarlas. Pese a que ya no intervenía activamente en política, Vaca Narvaja había sido amenazado. La madrugada del diez de marzo de 1976 sus peores presagios se cumplieron: una patota paramilitar irrumpió en su vivienda particular en Villa Warcalde, Córdoba. Fue llevado a la fuerza por personal paramilitar delante de su esposa Susana y su hijo menor Gonzalo, que fueron maniatados y nada pudieron hacer para impedirlo. Desde entonces, Miguel Hugo Vaca Narvaja engrosa la triste lista de desaparecidos de la última dictadura militar argentina.

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

A mi gorda

Treinta y seis años de una vida compartida en sus momentos de alegría y de dolor con una familia que nos puede enorgullecer por la solidez de su formación moral, me han deparado una felicidad sin límites en cuyo logro has sido tú, sin la más mínima duda, el factor fundamental. Sólo Dios sabe cuál ha sido también mi agradecimiento cotidiano por la felicidad que me has dado.

Por ello, frente a un hecho que pudiese provocar mi desaparición definitiva, por causas ajenas a mi deseo y voluntad, recurro a ti como en tantas circunstancias de la vida para requerirte una prueba más de tu entereza moral.

Yo sé bien cuan estrechamente ligados se sienten nuestros hijos –consanguíneos y políticos- a nosotros. Y descuento la indignada reacción que tal hecho habrá desde luego producirles.

Por esos momentos, precisamente, es que acudo a ti y a tu formación cristiana en la seguridad de que jamás me

defraudarás. Deberás poner freno a tu propia reacción, entregar tu dolor como un tributo a la pacificación general, templar los sentimientos. Que mi muerte sirva para algo en el tiempo, pero que jamás se convierta en factor de represalia para otros ni en causa de mayores desgracias para los núcleos familiares que han sabido formar.

Mi gorda, sabés bien que nuestra ausencia es meramente física y que algún día nos reencontraremos para reanudar una felicidad que en este doloroso hecho marca simplemente una pausa.

Tu esposo y compañero.

Miguel Hugo Vaca Narvaja (p)

A mis hijos

En las actuales circunstancias dolorosas, consecuencia de hechos mediatos e inmediatos derivados del fanatismo, la intolerancia y la incomprensión, agravados por un sectarismo cada vez más agudizado, no resulta improbable que pueda ser yo una víctima que sume su nombre a una lista no cerrada todavía.

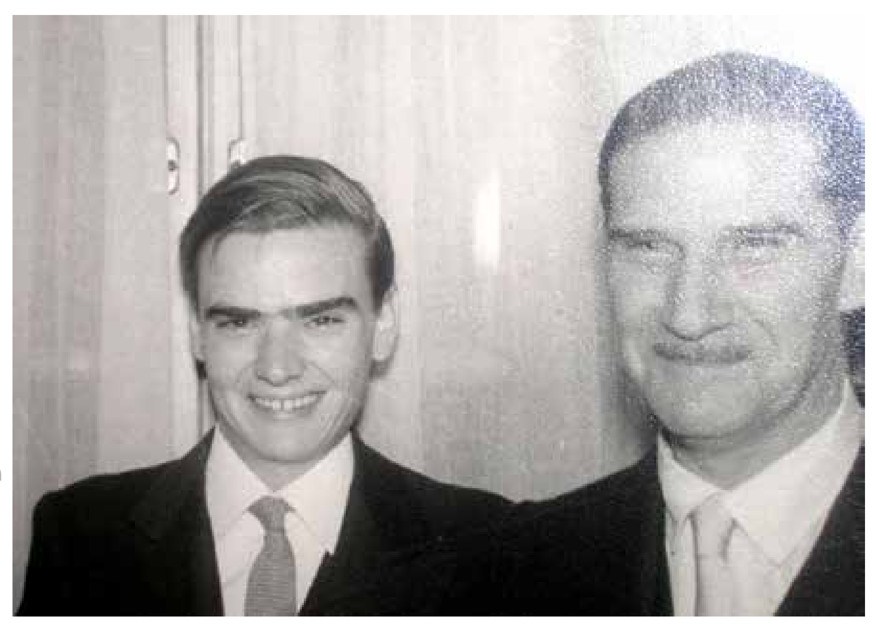
Para ese supuesto –que no deseo ni quiero- quiero dejarles escritas estas pocas líneas, destinadas a poner templanza, entereza y resignación a fin de evitar reacciones inmediatas e incontroladas por parte de todos ustedes, hijos de sangre y del afecto, pero integrantes de una familia sólidamente nucleada en torno a sus padres, sobre la base de principios morales arraigados con hondura en todos ustedes desde que empezaron a formarse en su niñez.

Quiero también señalarles mi orgullo por ser padre de tales hijos, tan limpios en su conducta y firmes en sus dispares convicciones. Por ello, precisamente, cualquier reacción descontrolada empañaría ese orgullo y me ha-

ría pensar, aunque desde lejos, que estuve equivocado. No tienen derecho ustedes a que ello ocurra. De allí que al correr de la máquina y rápidamente aprovechando este momento de soledad y confidencia, les pido que en caso de que ello suceda –y sucederá si Dios lo quiere- refrenen sus sentimientos, mantengan la serenidad, no imputen responsabilidades ni menos se entreguen a pensamientos de represalia, ni siquiera se lancen a estimular o a participar en actos de venganza, aunque la injusticia del episodio que pueda sufrir y el cariño filial los impulsen emocionalmente en ese camino.

Piensen, fundamentalmente, en la doble responsabilidad que tienen y que les exijo en estas líneas que hagan efectiva: primero con respecto a su propio grupo familiar, mis hijas y mis nietos, a quienes se deben y por quienes tienen que vivir; segundo, con este país y su pueblo, en franco tren de desintegración por la lamentable ausencia del equilibrio moral de quienes tienen los medios y la responsabilidad de ahondar en los problemas que generan actos de violencia, quitándose las anteojeras que les dificultan a muchos ver la realidad a través de la indigencia moral y material en que transcurre esa vida sin horizontes de nuestro pueblo. Deberán asumir esta doble tarea, con la mente fría y el corazón aquietado.

Miguel Hugo Vaca Narvaja (p)



Miguel Hugo Vaca Narvaja (h) fue fusilado por los militares el 12 de agosto de 1976. Su padre había sido secuestrado dos semanas antes del golpe de Estado. Aún permanece desaparecido.

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

SINTONÍAS

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

Ya es hora

La última estación son siete historias a partir de las cuales entramos en el mundo de Miguel Hugo Vaca Narvaja (h), cobardemente asesinado el 12 de agosto de 1976. Su padre, también Miguel Hugo, había sido secuestrado días antes del golpe militar –el 10 de marzo- y continúa figurando como desaparecido.

Me ha llevado varios días leer este manuscrito que Hernán cuidadosamente dejara en mis manos. En realidad podría haberlo devorado en unas horas, sólo que preferí sumergirme de a poco en esta historia que nos retrotrae a la época oscura y sangrienta de la última dictadura argentina y cuyas cicatrices siguen tan expuestas. Y mientras me deslizaba entre las letras comenzaba a entender todo lo que su mirada me había querido decir más allá de sus palabras escuetas: *cuidalo mucho*…

Me sumerjo entonces siguiendo el hilo de los relatos que anteceden a los cuentos; la mezcla de discurso periodístico, alegato jurídico y palabras emotivas nacidos de los

tres hijos de Miguel Hugo no sólo recuperan para sí al padre asesinado sino que lo trascienden y nos lo entregan, lo comparten, lo sacan de las garras de la tortura y de la muerte y le devuelven su dimensión profundamente humana.

A poco de finalizado ese período de horror que la dictadura cívico-militar impuso sobre todos nosotros yo sentía que debíamos hacer un esfuerzo por objetivar lo acontecido. Pensaba que ese dolor arraigado en quienes habíamos superado esa etapa con heridas profundas era intransferible y que la Historia debía ser recuperada más allá de las historias personales. El esfuerzo y la lucha estaban puestos en las marchas silenciosas, en los pañuelos blancos, en los organismos de derechos humanos, en los familiares, en los ex presos, en los partidos políticos, en las fuerzas vivas que se empecinaban por reclamar la aparición con vida y el juicio y castigo a los culpables. Desde el arribo de la democracia pasamos por momentos de esperanza –recuérdese el ejemplar Juicio a las juntas militares (y las minúsculas son adrede) que marcó un hito fundamental en la historia argentina y sentó precedente a nivel mundial- y otros de profunda desazón con las Leyes de obediencia debida y Punto final y una tristeza y desesperanza aún mayor con el injustificado y vergonzoso indulto decretado por el entonces Presidente Menem. Han pasado más de 30 años y parece que ya es hora (o al menos yo lo siento así) de que recuperemos a -y nos reencontremos con- quienes nos fueron arrebatados. Creo que es oportuno y necesario permitir que Miguel Hugo (h), hoy en calidad de narrador de historias breves, se encuentre con los ojos extrañados y las mentes sensibles de sus lectores a más de 30 años de su asesinato. Es otra de las maneras en que como sociedad podremos contribuir a hacer justicia y quién dice si tal vez así no logremos verlo sentado a nuestro lado en este tren de la vida esperando que nos lleve por el camino de la libertad.

Prof. Silvina Berti

Honrar la vida

Es motivo de enorme orgullo para mí emitir opinión respecto del trabajo titulado “La última estación”, de Miguel Hugo Vaca Narvaja (h). Al respecto, no puedo ocultar que se mezclan emociones y, debo reconocerlo en este primer párrafo, carezco de la objetividad necesaria, pues la sola mención del autor y su historia me generan sentimientos de admiración y gratitud.

El trabajo comienza con “El Grito Sagrado”, texto de Hernán Vaca Narvaja donde cuenta la historia de su padre. Sus últimas palabras son una señal de lo que guardaba su corazón: “decile a mis hijos que me hubiera encantado subir al tren con ellos”.

Seguramente Miguel Hugo no podía entender que, pese a adentrarse al final de su vida terrenal, en ese momento sus hijos lo acompañarían para siempre, y de la única forma en que se lo puede hacer: con el corazón.

En el alegato de su hijo Miguel Hugo (n), "La zanja de Alsina y los fusilamientos de la UP1", pueden encontrarse ideas que serían perfectamente aplicables a sucesos de la actualidad. *"A partir de la década de 1870 se llevaron adelante los prolegómenos de lo que luego se llamaría la conquista del desierto bajo las presidencias de Nicolás Avellaneda primero y Julio Argentino Roca, después. La Sociedad Rural Argentina financió aquella campaña"*, dice el texto. Sería bueno preguntarse qué ha cambiado respecto de la estructura de poder en la Argentina desde el Siglo XIX hasta la actualidad. La respuesta, probablemente, sería bastante desilusionante.

El análisis de la cárcel como campo de concentración, no puedo negarlo, me llegó particularmente fuerte, máxime cuando uno es profesor de una carrera que prepara para aceptar como natural la realidad que denuncia Miguel Hugo (n).

Qué bueno sería generar un espacio de debate permanente con los estudiantes sobre la verdadera ideología de la otra campaña genocida, la de los generales del "Proceso", cuando encubrieron detrás de la "lucha contra la subversión" la verdadera ideología que los movía: su política económica fratricida.

Carolina Vaca Narvaja escribe "Una Historia Compartida". Pese a que uno sabe que está leyendo a una hija narrar a su padre, es imposible no sentir como propio el orgullo que ella expone al compartir el "conocimiento de la historia de su padre". Dice Carolina que "conociendo la historia de nuestros familiares asesinados terminamos por conocernos también a nosotros mismos". No me tocó esa desgracia, pero cerré los ojos y también me permití recorrer la vida de mi padre y, efectivamente, uno termina encendiendo la luz sobre el camino recorrido. Y, tal cual, esa luz está sostenida por la trayectoria de mi papá.

En relación a los cuentos, "Cándido" narra una historia que nos podría tocar a cualquiera de nosotros y sin embar-

go no deja de impresionar. "Cándido ya conocía la muerte. A su edad, ella toca cerca, aunque más no sea dentro del Ministerio". Pero a diferencia de la gente del Ministerio, Cándido se sentía responsable. Al terminar de leer el cuento, la pregunta aparece como necesaria y peligrosa: ¿estamos en la realidad más cerca de la actitud de Cándido o del Ministerio? De la respuesta depende, en gran medida, el futuro que nos merecemos –o no- como sociedad.

En "Cumbre", los relatos tienen que ver con experiencias reales, de las cuales quienes somos militantes por los Derechos Humanos hemos conocido. ¿Hasta qué punto los Gobiernos, "nuestros Gobiernos", los que tienen en sus manos nuestra felicidad y nuestro futuro, entienden que, más allá de complejas explicaciones, de lo que se trata en definitiva es de procurar que la gente VIVA y lo haga feliz?

Respecto de "Noche de Ánimas"….¿cuántos de nosotros, en tantas ocasiones, disfrazamos la búsqueda de ánimas detrás de cargos, posicionamientos, etc., cuando en realidad de lo que se trata es de otra cosa? Raúl se dio cuenta de que, luego de esa noche, ya no buscaría un espíritu sino un cuerpo. Tal vez varios podríamos decir lo mismo…

"La Verdad". Sencillamente, no puedo decir nada. He derramado muchas lágrimas por otras tantas "verdades", una de las cuales yace en esta Universidad Nacional. Creo que Miguel Hugo (h) nos golpea el alma con ese cuento que, pese a que todos íntimamente lo conocemos, es duro verlo por escrito.

"Aída" es una muy bella narración, que a mi juicio sirve como una preparación para "La Oreja". Recuerdo, simplemente, mi oreja frente a la historia que se narra. Lamento mucho haberla tenido cerrada a los pedidos desesperados.

Sobre "Carta de la Ausente", debo decir que guardo en mi corazón una "Carta de una Ausente", de un gran amor del colegio secundario, amor que no pudo ser a nuestra vuelta del viaje a Bariloche. Leyendo el texto, no puedo

dejar de recordar esa "carta", donde quien me decía cosas muy bellas, poco tiempo después "se ausentó". Hoy, al igual que en el texto, solo me queda "…extender el brazo izquierdo…dedos reconocieron la superficie resbalosa del escritorio…hurgó el interior del cajón y extrajo la carta". Solo me queda de ella, de Susana, su carta.

Finalmente, Hernán Vaca Narvaja comenta lo que él llama –y con lo que coincido totalmente- "El fallo justo de la sagrada familia". Era hora que los amigos del silencio, los jueces federales, así, con minúsculas, se acordaran de los dolores de la Historia. Fueron "justos", pero tardíos. No estuvieron cuando estallaban los gritos desesperados. Pero ahora estuvieron. Y eso debe reconocerse, aunque los "principios y garantías" que no supieron reconocer en la dictadura, ahora dejaron impune una parte de un doloroso homicidio. "Detrás de esa condena ejemplar se esconde una gran injusticia". Firma: Hernán Vaca Narvaja. Y yo.

Sigue el mismo autor con "Sus pequeños héroes". No puedo comentar al respecto. Solamente comprenderlo en silencio.

Marta Platía entrevista a Miguel Hugo Vaca Narvaja (n) en su nota "En el nombre del padre". Y bien vale la entrevista como nota de contexto en la obra presentada.

Párrafo aparte merece "Esa Mujer", donde Hernán Vaca Narvaja se refiere a su abuela. ¿Puedo plagiar al abuelo de Hernán y copiar un párrafo? "Mi gorda, sabes bien que nuestra ausencia es meramente física y que algún día nos encontraremos para reanudar una felicidad que en este doloroso hecho marca simplemente una pausa". Qué increíble definición. ¡Qué homenaje a su compañera!

Una frase anotada por Miguel Hugo Vaca Narvaja (h) en una pequeña hoja de agenda del 15 de diciembre de 1974 dice: "Hay un momento en nuestras vidas en el que es preciso tomar una decisión, sea para olvidar de una vez nuestros sueños resignándonos a la mediocridad, sea para

arriesgar todo en el sentido de realizarlos”. Me apropio de dicha frase. Y mi decisión es pedir, rogar a la Editorial de nuestra Universidad Nacional de Río Cuarto la publicación de esta obra que es un himno al compromiso de vivir, no como permanecer, sino para honrar la vida.

Prof. Pablo M. Wehbe

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

UniRío editora

Lo que se recupera es la vida

Hay una memoria que no sigue la impostura del paso del tiempo. Es la de la ficción, sobre todo la literaria. En los cuentos de Miguel Hugo Vaca Narvaja (h), persisten frescos y a pedir de boca mundos escenificados en una época, pero que se resuelven universales en cada acto de lectura. De todas maneras el lector debe saber que este no es sólo un libro de siete cuentos de un escritor, pensador, y militante cordobés, que fue brutalmente asesinado por la dictadura militar de los años setenta en la Argentina. Es una obra de la biografía de toda una familia y su derrotero por conseguir sobrevivir al dolor, el espanto, la injusticia y la desesperación. La desaparición del abuelo, el fusilamiento del padre. El exilio, la justicia que no llega. Los testimonios de Miguel Hugo (n), Hernán y Carolina son el padre. Su presencia militante, la persistencia de sus luchas, y además los lugares donde habita. Lo que dejó está intacto y se acaricia con los dedos cuidadosos de la admiración, ese gesto

imprescindible para el amor, un amor cuya única condición es seguir en él a fuerza de un lenguaje reparador. Lo que se recupera, al fin, es la vida. Indisoluble en la obra del padre, de su camino como abogado, militante; padre que sonríe en las fotografías para aquella foto y para ahora. Al lado de la grieta enorme de una bomba que inició la violencia, ahuecó un muro. No la alegría de saber donde se está y para qué.

Este es un libro de una parte de la historia argentina, de una familia y de la obra de un hombre que además escribía como quien anticipa el desastre, lo incomprensible y una dimensión de lo inconmensurable, un hueco en el que parecen licuarse las preguntas sin respuesta.

Este es el libro del padre de un amigo. Un padre que no conocí tanto por los relatos de Hernán, sino por las inflexiones emocionadas de su voz, por una mirada que regresaba al agua primera de una infancia donde el padre reía. ¿Quién es un padre? Hernán Miguel Hugo (n), Carolina, y ahora nosotros lo sabremos para siempre, aunque nunca podamos explicarlo.

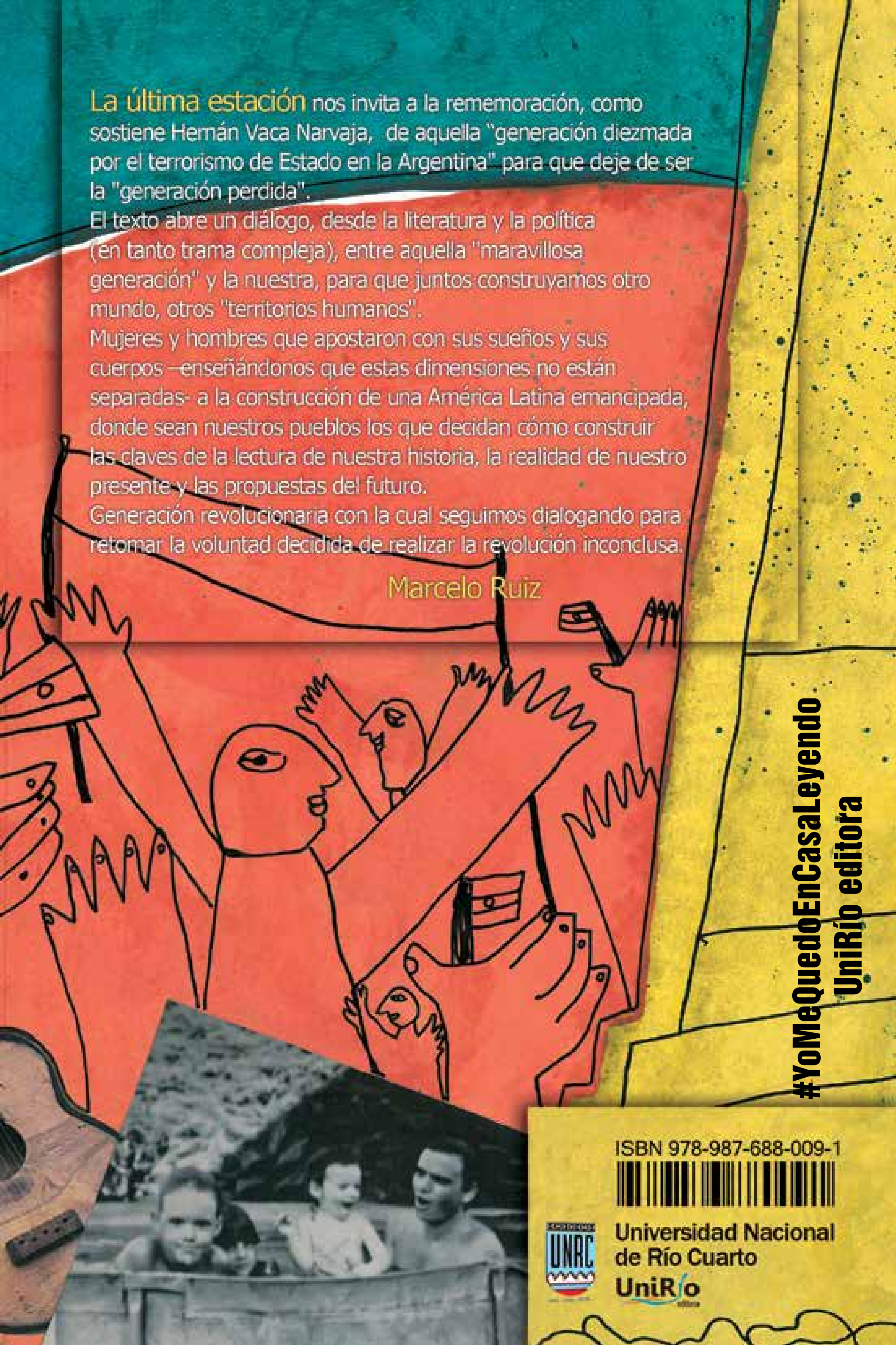
Prof. Claudio Asaad

Agradecimientos

Muchas personas hicieron posible el sueño de publicar "La última estación", la obra póstuma de mi padre, Miguel Hugo Vaca Narvaja (h). Quiero agradecer especialmente a mi madre, Raquel Altamira, por su valentía, tesón y capacidad para blindarnos de la mentira e inculcarnos los valores morales de mi padre; a mi hermano Miguel Hugo (n), por haber tenido la entereza y el coraje de enfrentar a Videla, Menéndez y demás genocidas en los estrados judiciales; a mi hermana Carolina, por mantener siempre encendida la llama de la memoria con su incansable tarea en la Comisión de Homenaje a las víctimas de la Unidad Penitenciaria Nº 1 de Córdoba; a María Elba Martínez, por haber resistido a las políticas de impunidad hasta sentar en el banquillo de los acusados a los asesinos de mi padre y otras tantas víctimas del terrorismo de Estado; a la memoria del ex presidente Néstor Kirchner y a su esposa, la presidenta Cristina Fernández, que desarticularon los perversos mecanismos de la impunidad hasta lograr la reapertura de los juicios en base a una política de Estado sustentada en la memoria, verdad y justicia; a los ex presos de la UP1 que compartieron la prisión con mi padre y aportaron su testimonio durante el histórico juicio a Videla realizado en Córdoba en el año 2010; a Gustavo Vaca Narvaja, implacable y tierno custodio de la historia familiar; a la memoria de mis abuelos Javier Altamira y Laura Escuti, que rescataron y preservaron los objetos y papeles de mi padre -entre ellos los cuentos que

se publican en este libro-, hasta nuestro regreso del exilio en México; a la memoria de Susana Yofre de Vaca Narvaja, la entrañable Tuntu, que llevó el reclamo por el fusilamiento de su hijo y la desaparición de su marido hasta la Organización de las Naciones Unidas (ONU); a los artistas que aportaron su talento para ilustrar los cuentos de mi padre para esta edición; a la periodista Marta Platía, que cedió la entrevista que le hizo a mi hermano Miguel Hugo para la revista Viva; a Claudio Asaad, que impulsó la publicación de estos textos a través de la editorial de la Universidad Nacional de Río Cuarto (UNRC); a Elena Berruti, directora de UniRío Editora, que puso el alma para hacer de este libro algo único y hermoso; a Pablo Whebe y Silvina Berti, que dieron su generoso aval para que fuera posible; al escritor Marcelo Scelso, que me auxilió en la dolorosa tarea de corregir los textos de mi padre; al rector de la UNRC, Marcelo Ruiz, por incluir este libro como un eslabón más de una institución decidida a preservar la memoria colectiva; a mis hijos Milagros, Federico, Catalina y Ulises, y a mis sobrinos Emiliano, Guadalupe, Julia, Nicolás y Agustina, que no pudieron conocer al abuelo que les arrebató la dictadura militar, pero sí podrán leer su cuentos; a mi esposa Nerina, por el amor, el aguante y su decidida colaboración para que este libro fuera posible.

Índice


La última estación nos invita a la rememoración, como sostiene Hernán Vaca Narvaja, de aquella "generación diezmada por el terrorismo de Estado en la Argentina" para que deje de ser la "generación perdida".
El texto abre un diálogo, desde la literatura y la política (en tanto trama compleja), entre aquella "maravillosa generación" y la nuestra, para que juntos construyamos otro mundo, otros "territorios humanos".
Mujeres y hombres que apostaron con sus sueños y sus cuerpos –enseñándonos que estas dimensiones no están separadas- a la construcción de una América Latina emancipada, donde sean nuestros pueblos los que decidan cómo construir las claves de la lectura de nuestra historia, la realidad de nuestro presente y las propuestas del futuro.
Generación revolucionaria con la cual seguimos dialogando para retomar la voluntad decidida de realizar la revolución inconclusa.
Marcelo Ruiz
#YoMeQuedoEnCasaLeyendo
UniRío editora
ISBN 978-987-688-009-1
UNRC
Universidad Nacional de Río Cuarto
UniRío